



LOS GIGANTES

y el misterio
de los orígenes

LOUIS CHARPENTIER

se

Las leyendas de gigantes están presentes en todas las culturas del planeta. Se pueden encontrar gran número de historias mitológicas por parte de los antiguos griegos, nórdicos, germánicos, hindúes, indoeuropeos...

Louis Charpentier cita tradiciones, mitos y leyendas sobre la existencia de una raza de gigantes que pobló la Tierra en el pasado y cuyo legado quedó reflejado en megalitos y construcciones ciclópeas.



Louis Charpentier

Los gigantes y el misterio de los orígenes

Otros Mundos - 24

ePub r1.2

Titivillus 09.12.17

Título original: *Les géants et le mystère des origines*

Louis Charpentier, 1969

Traducción: Manuel Rossell

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



SUMARIO

CAPÍTULO PRIMERO

LA PRIMERA BATALLA DE LA HISTORIA

CAPÍTULO II

LAS HESPÉRIDES

CAPÍTULO III

LA ATLÁNTIDA

CAPÍTULO IV

EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

CAPÍTULO V

LOS LIGURES

CAPÍTULO VI

LUG Y LUSINA

CAPÍTULO VII

LA ESPIRAL DEL DIOS LUG

CAPÍTULO VIII

LA CIVILIZACIÓN

CAPÍTULO IX

LA DIÁSPORA

CAPÍTULO X

1SORE

CAPÍTULO XI

LA LEYENDA DE OSIRIS

CAPÍTULO XII

¿QUIEREN USTEDES JUGAR AL JUEGO DE LA OCA?

CAPÍTULO XIII

GLOZEL

CAPÍTULO XIV

LOS PATANES DE LA PIEDRA

CAPÍTULO XV

LOS LUGARES CON MEGALITOS

CAPÍTULO XVI

LOS MENHIRES

CAPÍTULO XVII

LOS CROMLECHS

CAPÍTULO XVIII

LOS DÓLMENES

CAPÍTULO XIX

LOS DRUIDAS

CAPÍTULO XX

LAS GALIAS

CAPÍTULO XXI

CONCLUSIÓN

CAPÍTULO I LA PRIMERA BATALLA DE LA HISTORIA

Cerca de la ciudad de Tánger hay una colina aislada que domina la bahía con sus seiscientos metros de altura y que lleva el nombre de «Charf».

Charf significa, en árabe, colina. Cada colina de la región tiene un nombre, ya «Charf el-Akab» o el «Charf el-Mediuna». Aquélla en cambio, no posee más cualidad que ella misma. Es, a secas, «La Colina», que nadie puede confundir con ninguna otra.

Al este del Charf, muy próxima, una pequeña prominencia lleva el nombre de *Tanya-Balya*, «Tánger la Vieja», cuyas pendientes están atormentadas como si antiguos muros se hallaran enterrados debajo de las hierbas...

Cuentan las leyendas que antaño, en la cima del Charf, estaba la tumba de Anteo el gigante, inhumado en el lugar mismo en que Hércules lo estranguló entre sus brazos; y dicen también las leyendas que Anteo fundó una ciudad que llevaba el nombre de su mujer, *Tingis*, hija de Atlas, donde se levantaría Tánger la Vieja, *Tanya-Balya*.

Al oeste de Tánger, a algunos kilómetros, sobre la costa atlántica, un promontorio rocoso, formado por duro pedernal y agujereado como un pedazo de gruyere, lleva el nombre de «Grutas de Hércules». Y refiere también la leyenda que, cuando vino Hércules, en los tiempos mitológicos, desde su lejana Argólida, a medir sus fuerzas con el gigante Anteo, hizo de aquellas grutas su morada antes y después del combate...

Este combate legendario era relatado así: Habiéndose enfrentado, los dos adversarios, el campeón de los griegos y el gigante, el griego fue el más fuerte y derribó al gigante; pero cuando Anteo tocó el suelo, como era «hijo de la Tierra», recobró nuevas fuerzas al contacto con ésta y reanudó el combate. Tres veces fue derribado Anteo, y otras tantas la tierra volvió a darle nuevos arrestos, que le permitieron proseguir la pelea...

Entonces Hércules lo separó de la tierra y, levantándolo en vilo, lo estranguló entre sus brazos.

Según los relatos mitológicos, este combate se habría originado porque Anteo le cerraba a Hércules el paso al «Jardín de las Hespérides», adonde se le encargó que fuera a robar las manzanas de oro.

Las Hespérides, como Tingis, eran hijas de Atlas y poseían, en el extremo Occidente, un jardín en que los árboles daban manzanas de oro...

Ahora bien, la tradición sitúa el «Jardín de las Hespérides» a unas quince leguas al sur de Tánger, cerca de la antigua Lixus, en el lugar ocupado actualmente por la pequeña ciudad de Larache que, por otra parte, denomina a su parque municipal *Jardín de las Hespérides*.

Hércules robó las «manzanas de oro», y al volver de realizar aquella proeza — que, en la serie de sus trabajos, lleva el número 11 y que fue el último que hizo en la Tierra—, separó el promontorio de Calpe del de Abila, aislando al mismo tiempo Europa de África y dando origen al estrecho de Gibraltar...

Esto en cuanto a la leyenda, la cual se ajusta asombrosamente a los nombres y a la topografía, aun cuando proviene de Grecia y data de un tiempo en que los griegos jamás habían puesto los pies en este lugar de Occidente...

Por lo que respecta al combate, los latinos lo consideraban como un hecho histórico, y Plinio señala hasta el lugar, así como el de la tumba de Anteo, en Lixus, frente al mítico Jardín de las Hespérides. Precisaba que la tumba de Anteo medía sesenta codos de longitud, lo que equivaldría, aproximadamente, a diecisiete metros... Por su parte, los romanos creían tan firmemente en ello, que, al ocupar Tingitania, hubo un general que mandó excavar la cima del Charf por sus legiones, en busca de la tumba de Anteo, y se dice que descubrieron gran número de huesos.

Es evidente que Plinio, lo mismo que el citado general, no consideraba la leyenda del combate de Hércules y de Anteo como un simple cuento, sino como el relato, más o menos adornado, de una realidad histórica.

En el siglo IV a. J. C. vivía en Grecia un mitógrafo llamado Evémero. Consideraba que toda la mitología era una transposición de acontecimientos históricos, y que los nombres de los dioses representaban pueblos, y sus disputas y coyundas, querellas y fusiones. ¿No ocurre así con la mitología de Hércules, y no fue su leyenda un «medio» de conservar el recuerdo de personajes —o de pueblos— y de hechos reales?

Quizá valga la pena reparar en ello atentamente.

Y, ante todo, en los antagonistas.

Anteo es un gigante, hijo de Poseidón, dios del Mar. Es marino, lo que no puede asombrar a lo largo de las costas atlánticas. Es también hijo de la Tierra, nacido de ésta, es decir, literalmente, un *autóctono*. Se encuentra en su casa en aquella Tingitania. Es su reino, y Píndaro, en su *Cuarta Ístmica*, nos dice que Anteo prohibía a los extranjeros penetrar en su reino so pena de ser condenados a muerte y decapitados. Su cabeza iba entonces a adornar el templo de Poseidón, que dominaba la ciudad de Tingis... Y, sin duda, ésta era la suerte que preparaba para Hércules cuando éste pretendió cruzar lo que a la sazón constituía el *Istmo* de Tingis, entre Europa y África (porque sólo después del desafío se produjo la separación de los continentes).

Su esposa era una hija de Atlas, o sea, Tingis, que significa también *La Blanca* —conviene advertirlo, puesto que todos los calificativos poseen su valor—, y había fundado una ciudad con su nombre. Actualmente es Tánger, Tánger la Blanca.

Heródoto, en el siglo V a. J. C, denominaba atlantes a las gentes que vivían en las proximidades del Atlas. Anteo y su mujer eran, pues, atlantes, y se observará que este nombre guarda realmente cierta relación con Atlas y Anteo.

Desde luego, esto no es suficiente para afirmar que Marruecos se halla emplazado en el lugar de la legendaria Atlántida. Sin embargo, basta para despertar la curiosidad a este respecto... La legendaria historia nos ha legado los nombres de otras tres hijas de Atlas, tres tribus que vivían en el extremo Occidente: una, negra, *Aretusa* ; otra, rojiza, *Hesperia* , y otra, blanca, *Eglé* . Son las Hespérides, las del Poniente, en las que se halla ese famoso jardín en que crecen árboles cuyos frutos son manzanas de oro.

Los frutos que codiciaba Hércules.

Hércules —deformación latina del nombre griego Herakles— era un héroe. No pertenece a la mitología de los dioses, aunque, según la leyenda, fue engendrado por Zeus, dios de los dioses, que, disfrazado de general Anfitríon, abusó de la mujer de éste durante una larga noche —victoriosa para el general, como corresponde.

Herakles-Hércules no era griego, porque Grecia no había nacido aún. No era rey, ni estaba investido de autoridad, antes, por el contrario, se hallaba al servicio de un monarca para el cual realizaría los doce trabajos. Tareas de funcionario que comprendían desde velar por las buenas costumbres, a las obras públicas, pasando por la destrucción de animales dañinos y la guerra.

Una vez hubo transcurrido su maravillosa infancia —pero la infancia de los grandes hombres, ¿no es siempre maravillosa?—, llevó a cabo su impresionante serie de «trabajos».

Mató al león de Nemea, del cual nadie llegaba a librarse. Salvó a Lerna, en Argólida, de una hidra de nueve cabezas. Capturó una «cierva de patas de bronce» y el jabalí de Enmanto.

Desvió el curso de dos ríos en Áulide para «limpiar» las caballerizas del rey Augías. En Arcadia tomó sobre sí la carga de echar de las marismas de Estinfalia unas aves rapaces que causaban verdaderos estragos. Libró a Creta de un toro furioso.

Era cazador, pero también guerrero: triunfó de las Amazonas, mató a Gerión —otro gigante —en una isla atlántica y, en fin, venció a Anteo antes de robar las manzanas de oro de las Hespérides.

Su último trabajo consistió en bajar a los infiernos, lo cual parece tener un significado simbólico. Asimismo, libertó a Prometeo encadenado en la cumbre del Cáucaso, por haber dado a los hombres el fuego del cielo.

En verdad son muchos trabajos para un solo hombre, aunque sea un héroe... Ahora bien, un autor muy docto descubrió que la palabra «herakles» no designaba sólo a un hombre, sino que además, en la Creta arcaica, era el título de un funcionario análogo al «sufete» cartaginés...

Dicho autor afirma que hubo numerosos «herakles». Todos estos trabajos —que tenían por finalidad, salvo la liberación de Prometeo y la bajada a los infiernos, civilizar, sin importar los medios empleados— podrían ser los de una

larga serie de «herakles», nombre que personalizaría epónimamente la función. Entonces el mito se hace verosímil...

Consideremos ahora al «herakles» que va a combatir contra Anteo y a quien, según la costumbre, seguiremos llamando con su nombre latino de Hércules.

Este Hércules quiere —y veremos por qué— robar en el Jardín de las Hespérides.

Para llegar a él hay dos caminos posibles: por el litoral de África o por España.

La leyenda que lo hace pasar por España ha conservado incluso el rastro de su itinerario.

Por el sur de Italia, habría seguido lo que más tarde fue la gran ruta de penetración romana en la Galia: por Monaco, que llevó antaño el nombre de *Porto Herculis*, Cavalaire —*Heraklea Cacabbaria*—, la Crau, donde habría topado con los ligures. Luego llegaría a la Península Ibérica por el collado de Le Perthus, para alcanzar posteriormente Andalucía.

De Iberia a África, el paso era aún, legendariamente, un paso terrestre, ya que el estrecho no se abriría sino *después* del robo en las Hespérides.

Ahora bien, aquel paso del istmo estaba custodiado por Anteo, un guardián muy riguroso, si hemos de creer a Píndaro..., pero fue vencido... Y esto nos lleva a aquel combate de colosos al que tan gustosamente se le da carácter de cuento infantil.

¿Pero de verdad queda la historia tan desfigurada por la leyenda? ¿O será tal vez que quedamos presos de las palabras e imágenes tan pronto como los hechos se alejan hacia un pasado remoto?

Cuando leemos que Napoleón «aplastó» al archiduque Carlos en Wagram, no nos imaginamos de ningún modo qué bella pieza de escultura académica constituiría ese aplastamiento del archiduque exclusivamente por Napoleón.

Cuando leemos que César «estranguló» a Vercingétorix en Alesia, no nos representamos al general romano estrangulando al jefe galo entre sus brazos.

¿No sucederá lo mismo con la pelea que enfrentó a Hércules y Anteo? En vez de la «explicación» entre dos paladines, ¿no se tratará de una batalla entre dos ejércitos o dos «bandos»? Es evidente que Hércules no llegó solo del confín del Mediterráneo Oriental, y no lo es menos que Anteo, cerca de su ciudad, en su territorio, no estaba tampoco solo... Es poco probable que lucharan solos.

En este combate, como en otros muchos —en realidad, la mayor parte— ¿no se designaría a los ejércitos en pugna por el solo nombre de sus jefes?

Entonces, la cosa resulta sencilla: Anteo, tres veces vencido, y otras tantas rechazado hacia su tierra, sacaba de ella nuevas fuerzas, nuevos combatiendes de su retaguardia.

La leyenda no dice más.

Entonces no le quedó a Hércules más solución que la de «aislar» a Anteo, cortarle todo contacto con la retaguardia —*su* tierra— o, dicho de otra forma, de sitiario y ahogarlo.

Esto es exactamente lo que hizo César en Alesia, y podría describirse con los mismos términos. Pero, entonces, ¿no será posible reconstituir esta batalla, por lo menos en sus grandes líneas, sobre el terreno? Por supuesto que sí, y por eso se puede reconstituir el aspecto geográfico del lugar.

Anteo cerró el paso del istmo, y, necesariamente, fue en el istmo donde se desarrollaron los combates.

A partir de indicios geológicos y botánicos puede deducirse, con muchas probabilidades, que el istmo tuviese este aspecto: Al Este, la cadena montañosa que constituye la cima, en forma de herradura, del sistema, aún no roto, Rif-Sierra Nevada, herradura tensa como un muelle por el levantamiento más reciente del Atlas..., y que acabará por romperse en el punto de extrema tensión entre el Gibraltar de nuestros días y la actual Ceuta.

Al Oeste, hacia el Atlántico, tierras más bajas —cuyas extensión y forma no conocemos hoy— que comprendían, por lo menos, desde Cádiz al cabo de Espartel. En ellas había un lago cuya orilla forma aún la bahía de Tánger actual.

Este lago estaba unido al océano Atlántico por una «entalladura» bastante estrecha que moría al pie de «Tánger la Vieja» y que es conocida por los geólogos con el nombre de «Falla de Tánger». Al sur de esta falla se encuentra África, y al norte, Europa... Y aquellos tiempos no se hallan tan lejanos como para que ciertas plantas europeas no hayan llegado a cruzarla de parte a parte. Hay especies europeas, principalmente portuguesas, cuyas plantas se detienen bruscamente al norte de la falla, como me lo ha mostrado mi docto amigo Berthault, insigne micólogo y botánico.

Esta falla constituye la actual planicie de Buhalf, donde se halla el aeródromo de Tánger (queda aún de ella la marisma de Sidi-Kassem). Luego se estrecha para convertirse en una boca angosta de puerto —terraplenada igualmente— hasta el pie de la colina del Charf y de Tanya-Balya, la antigua Tingis.

Ahora bien, la falla y el lago de referencia llegaban hasta los primeros contrafuertes del macizo montañoso del Rif. Por tanto, para ir de Europa a África, si no quería uno perderse en la montaña ni verse obligado a tomar una ruta acuática —y Hércules carecía de flota—, era de todo punto preciso rodear el lago hacia el Este y por los primeros contrafuertes —accesibles, pero peligrosos— del Rif, o si no, hacia el Oeste, lo cual llevaba hacia el obstáculo de la falla de Tánger. Ésta era, evidentemente, la mejor solución. Sea como fuere, había que pasar no lejos de Tánger, y es lógico que la leyenda haya fijado allí el lugar del combate o, más bien, de los combates.

Ahora bien, si se quiere seguir la formación geológica de los alrededores, el conjunto Tingis-Charf forma, en el extremo de la falla de Tánger, sobre el lago,

una península fácilmente defendible, y tanto más cuanto que es probable que en la marea alta dicho conjunto quedara convertido en una isla o, por lo menos, en una península.

El ejército de Hércules debió de seguir la franja rocosa que separa el lago del mar, esto es, efectuar el trayecto de Cádiz al cabo de Espartel, puesto que, según la tradición, acampó al sur de este cabo, en el esperón de las «grutas de Hércules», junto al golfo que inicia la falla de Tánger.

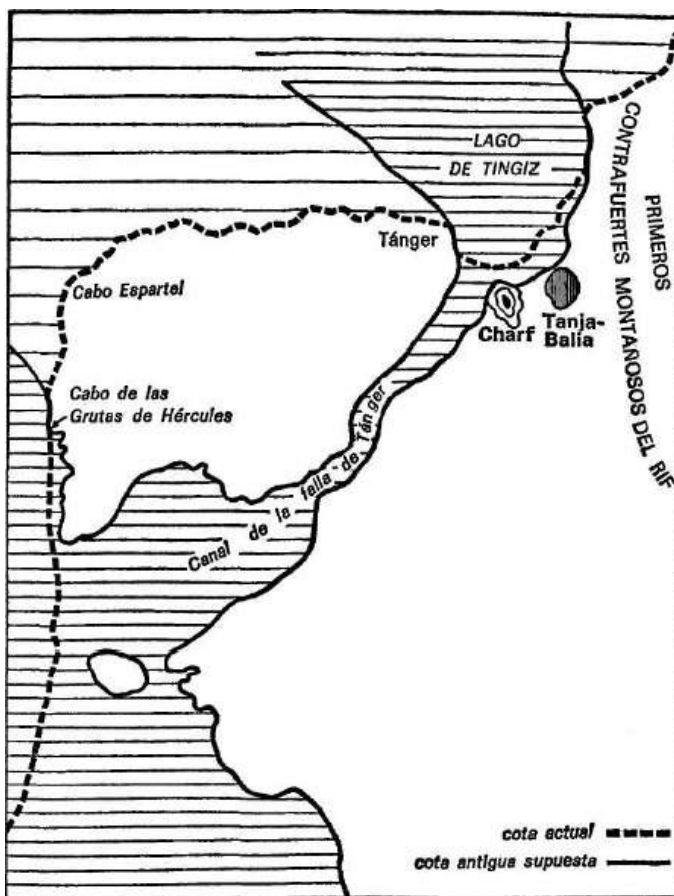
Hércules se encontró en la parte «europea».

La lógica así lo exige, ya que la orilla Este del lago toca la montaña, una montaña bastante abrupta, probablemente sin sendas y, además, muy frondosa —puesto que los antiguos llamaban a aquel lugar «el país de los árboles»— y, por consiguiente, muy apta para toda clase de emboscadas, en especial contra un enemigo que ignoraba la topografía local.

Hércules se encontró, pues, del lado europeo de la falla, y sin duda entre el océano y la actual Tánger fue donde se trabaron los tres combates en que, batido Anteo, fue rechazado por tres veces hacia sus tierras, al otro lado de la falla, donde reorganizó sus fuerzas gracias a la aportación de nuevos combatientes llegados del interior.

La falla está sometida a las mareas, fenómeno que Hércules no conocería muy bien y que impedía el paso al que ignorase los parajes y horas en que se podía transitar. Anteo pudo, pues, despegarse del enemigo sin que a Hércules le fuera posible perseguirlo hasta que hubiera descubierto el modo de pasar; entonces, Hércules lo desconectaría de aquella retaguardia y lo llevaría hacia Tingis y su *oppidum*, el Charf, lugares fácilmente defendibles, sobre todo el Charf, pero cuyo asedio era también fácil, así como «ahogar» a los ocupantes.

Esto apenas es alegórico...



Se imponen algunas observaciones. La primera es la de que, legendariamente, ni Anteo ni Hércules utilizaron armas metálicas: ni las espadas de bronce ni los escudos del mismo metal, de uso corriente en los cuentos griegos. Es una historia anterior a la Edad de Bronce, una historia de los tiempos neolíticos.

Además, y aparte las guerras, todos los «trabajos» de Hércules son civilizadores, pero se trata siempre de caza y destrucción de animales dañinos o de bandidos, nunca de cultivo, ni de cría de ganado, ni de artesanado. Se trata, por tanto, de tiempos que preceden a la cría de ganado y al cultivo en el Próximo Oriente.

En cambio, Hércules emprende una expedición por el Atlántico contra Gerión, para procurarse ganado, y lo que pretende arrebatar a las Hespérides es un jardín, un huerto, una tierra cultivada.

En fin, todo esto ocurrió antes de la apertura del estrecho de Gibraltar... Y probablemente fue el cataclismo con el que se relaciona dicha apertura, el que permitió que se conservara este relato a través de los milenios. Ambas cosas debieron de conservarse al mismo tiempo en la memoria de los hombres.

Además, se trata aquí del último «trabajo» humano de Hércules. Luego bajó a los infiernos y desapareció. Y serán los narradores griegos quienes lo harán revivir en el episodio de la túnica de Nesso y de la hoguera del monte Eta.

¿Pueden encontrarse algunos ecos de esta guerra fuera del relato legendario? Sí, desde luego: en el relato que hace a Solón un sacerdote de Sais en Egipto, y que Platón transcribe en el *Timeo* y el *Critias* ... Se trata de la guerra que desencadenaron los «pregriegos» contra los *atlantes*. Sin duda no tienen nada que ver aquí Hércules y Anteo, y sólo se trata de la narración de un egipcio según las antiguas crónicas de su templo, pues no se cita en él ningún nombre de «jefe de guerra»... Y el egipcio no se preocupa en absoluto de mitología griega.

Ahora bien, he aquí cómo describe aquella región de las «Columnas de Hércules»:

Pues lo que hay de esta parte del estrecho de que hablamos, aseméjase a un puerto natural con la entrada angosta, mientras que del otro lado hay un verdadero mar.^[1]

Nótese que el sacerdote de Sais habla del «estrecho» como si se tratara de un istmo. No hay *puerto natural con la entrada angosta* en el estrecho, pero sí había uno en el istmo: Tingis y la falla de Tánger. El sacerdote habla según sus crónicas. Sabe únicamente que aquello está más allá de las Columnas de Hércules.

Y —siempre según dicho sacerdote— la guerra de referencia terminó con la sumersión de los atlantes y del ejército protogriego en aquella región de las Columnas de Hércules, como consecuencia de unos espantosos seísmos. Y aquí también el hecho citado por el egipcio corresponde a la leyenda de Hércules separando Calpe de Abila y abriendo de ese modo el estrecho de Gibraltar.

Los griegos adscriben al héroe lo que el egipcio atribuye a unos temblores de tierra. Ya volveremos sobre este suceso, que señaló el fin de la «campana».

CAPITULO II LAS HESPÉRIDES

Cuenta la leyenda de Hércules que éste —o, si se quiere, el ejército próximo-oriental— llevó a cabo dos expediciones contra el extremo Occidente, que constituyeron verdaderas *razzias*. El objeto no fue otro, sino el de poder conseguir «productos» que faltaban en Oriente. La primera vez fue ganado, y la segunda, productos agrícolas.

Según la leyenda, frente a España había una isla, en el océano Atlántico: la isla de *Hesperia*, en la que reinaba el gigante Gerión (de nuevo nos encontramos con un gigante). Y criaba bueyes rojos, de los que tenía una magnífica manada, custodiada por otro gigante.

Uno de los trabajos encomendados a Hércules consistió en robar los bueyes de la isla de Hesperia.

Para llegar a ella, parece ser que Hércules siguió un pequeño desfiladero paralelo al de Valcarlos..., donde se encuentra un torreón muy antiguo que, según todos los indicios, data de los tiempos neolíticos. Lleva el nombre de «Fuerte Urucles», y Jacques Coupry ha reconocido en él, muy justamente, un «Fuerte Hércules».

Desde allí alcanzaría el litoral atlántico de la Península Ibérica, probablemente hacia el Sur, en la región de Cádiz, cerca del lugar donde posteriormente florecería la colonia fenicia de Tartesos.

Como Hércules no era marino ni tenía naves, intimó al Sol —sigue diciendo la leyenda— a que le cediera la barca que lo transportaba —a través del océano y de la noche—, hasta Occidente. Habiéndose negado a ello el Sol, el héroe tendió su arco y lo amenazó con dispararle una flecha, lo que hizo capitular al Astro. Entonces, Hércules pudo embarcarse en el esquife solar.

Sin forzar demasiado la leyenda, puede creerse que pediría prestada la nave —con la dotación necesaria— a alguna tribu de la costa más o menos adoradora del Sol y habituada a orientarse según el recorrido de éste, es decir, hacia el Oeste... Barca pedida a préstamo, desde luego, bajo amenaza...

Sea como fuere —y ello prueba plenamente que no era el verdadero barco del Sol— el héroe quedaría, al parecer, trastornado por las olas atlánticas. Es de suponer que se mareó —cosa normal para un hombre o un ejército, pero harto sorprendente para un semidiós.

Llegado a la isla, Hércules dio muerte a los gigantes custodios y se volvió con sus bueyes rojos, que condujo hasta Escitia.

Después del ganado, los productos agrícolas, en relación con los cuales se emprendió la expedición al Jardín de las Hespérides.

Este «jardín» se hallaba ubicado —tanto por los términos de la leyenda griega como por la tradición local— en los alrededores de la pequeña ciudad de Larache o algo más allá.

Cuando se viene de Tánger, esta plaza se encuentra frente a la antigua Lixus, aunque separada de ella por un ensanchamiento del río Lukos, que forma un estero, hoy bastante reducido, pero que debió de ser muy extenso, y que aísla prácticamente toda una parte de la costa Oeste. Debía de alcanzar hasta la actual Alcazarquivir.

Para ir a aquella franja Oeste del litoral era forzoso, pues, cruzar la marisma o embarcarse; pero Hércules carecía de marina, y la marisma debía estar plagada, a la sazón, de reptiles acuáticos y saurios particularmente peligrosos... Y, como es natural, hubo de combatirlos...

Sin embargo, no es esto lo que dice la leyenda, sino que, para llegar al «Jardín», Hércules hubo de luchar contra el dragón *Ladón*, hijo de *Equidna*, dragón de múltiples cabezas que guardaba la entrada de las Hespérides.

La leyenda sigue concordando aquí con la toponimia.

Las Hespérides, como su nombre indica, son las «hijas del Poniente», las hijas del extremo Oeste. Son hijas de Atlas, que es, a la vez, una montaña y un rey atlante. No sería forzar la leyenda ver en ellas a unas epónimas de tribus atlánticas. Después de todo, los bereberes son considerados aún como «hijos del Atlas». Nada hay, pues, aquí que deba sorprendernos.

Son tres: la Negra, la Rojiza y la Blanca. Lógicamente, puede pensarse que se trata del color de su piel, y que la custodia del misterioso —y real— jardín fue confiada por igual a las tres razas que personifican.

Este hecho puede ser tanto menos descartado cuanto que encontraremos los tres citados colores de piel, así como las tres razas.

El Jardín de las Hespérides tenía la particularidad de que los árboles daban frutos especiales: manzanas de oro. Según el *Seudo-Syllax*, éstas eran tres, y los antiguos las consideraban como un talismán que podía abrir el Olimpo y, si no hacer al hombre semejante a los dioses, por lo menos permitirle acercarse a ellos.

Por tanto, se trataba de frutos de iniciación.

No puede descartarse el simbolismo de aquellas tres manzanas, que hace de ellas los tres estados alquímicos de la materia negra de la que han salido las dos piedras con el Blanco y el Rojo.

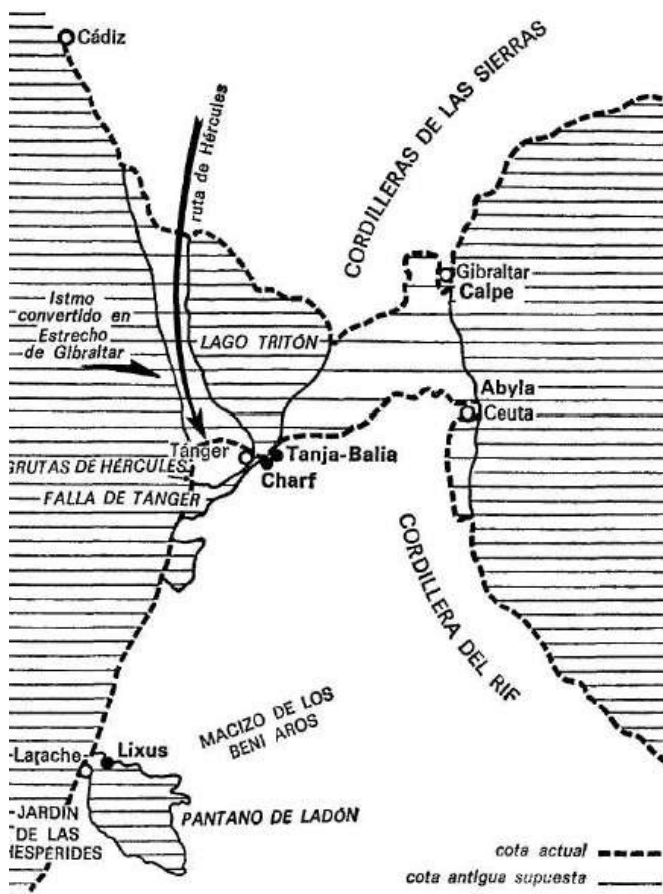
Esto se relaciona también con el simbolismo particular de la manzana, que es tradicionalmente, en el Génesis, el fruto del árbol de la ciencia del Bien y del Mal; el fruto de Apolo; el premio a la belleza ofrecido a las tres diosas por el pastor París y el fruto de la isla afortunada de Avalón, la isla céltica a la que van las almas de los sabios después de la muerte.

Es sorprendente, pues, el constante significado de «saber» atribuido a la manzana, que los antiguos escultores ponían gustosamente en la mano de los iniciados.

Es necesario que ese persistente nexo entre dicho fruto y la idea del «saber» proceda de muy lejos... Y no se ha de olvidar que cada vez que los antiguos empleaban la voz ORO fuera de su acepción metálica material, querían designar ya un objeto de iniciación, ya una idea o una correspondencia generadora de perfección. Así, por ejemplo, el Número de Oro, el Toisón de Oro, la Boca de Oro, la Rodilla de Oro, los Versos de Oro, etcétera.

En consecuencia, el «Jardín de las Hespérides» presenta dos significados: el de «Jardín cultivado» y el de «Lugar del Saber».

...Y los verdaderos símbolos son siempre fijados materialmente.



Se ha preguntado sobre la identidad de estas manzanas. Arrogantes racionalistas han emitido incluso la idea de que pudiera tratarse simplemente

de limones o naranjas. Esto es algo infantil, pero quien dice Jardín, dice Cultivo, y aquel pregriego de Hércules, que lo ignoraba todo respecto al cultivo, pudo muy bien pensar en robar el secreto saqueando el jardín, lo mismo que se procuró ganado con las vacas de Gerión... Y, después de todo, nosotros vivimos actualmente sólo porque hubo iniciados del cultivo que transmitieron una tradición de este arte...

Sea como fuere, se trata, por tanto, para Hércules y sus bárbaros compañeros, de apropiarse de un instrumento de conocimiento, real o alegórico, un instrumento de civilización.

Así se explicarían la expedición y el empeño puesto en apoderarse de aquellos frutos, y, salvadas todas las distancias, se asemejarían mucho al tesón puesto en los tiempos modernos por las naciones para adueñarse de los secretos científicos que pueden condicionar el devenir de los pueblos.

Hemos de admitir, pues, que los «neolíticos» orientales creían en la existencia, en el extremo occidental de Europa y África —y más especialmente en el punto de unión—, de una civilización superior a la suya —lo cual va en contra de los datos admitidos generalmente—; una civilización que conoce ya el cultivo y la ganadería, así como la navegación, cosas todas ignoradas por Hércules y por el Cercano Oriente.

Sería por lo menos sorprendente, si se tratara de una simple fábula griega, que los autóctonos —en este caso los bereberes de la Tingitania— hubieran conservado y transmitido a los conquistadores romanos el recuerdo de los parajes en que Hércules instaló su campamento; en que Anteo cayó y fue sepultado y en que se encontraba el Jardín de las Hespérides. Y no menos sorprendente que coincidiera, como coincide, de forma tan precisa con los datos de un cuento inventado íntegramente por personas que lo ignoraban todo acerca de la región.

Por otra parte, desde tiempo inmemorial, ha existido entre los pueblos la convicción de que este lugar de Marruecos era singularmente sagrado. Ni siquiera los romanos pudieron sustraerse a ese sentimiento, pues llamaron *Freiú* al estrecho y lo consideraron como un paraje santo. Los árabes denominaron a esta parte de África el «Moghreb el-Aksa», el Moghreb feliz...

Pero este Marruecos, cuya parte alta montañosa lleva el nombre de uno de los reyes de la mítica Atlántida, y el nombre de uno de cuyos hijos, Anteo, se encuentra tanto en la cercana Andalucía como en las Antillas y en los Andes, así como en otras partes; este Marruecos, cuyos habitantes se llamaban atlantes cinco siglos antes de Jesucristo, ¿no habría sido una «posición de repliegue» o la última colonia de estos moradores de la Atlántida, de la cual existía aún una isla en tiempo de Hércules?

Gerión, gigante de la isla de Hesperia, y los guardianes gigantes de su grey, ¿no eran los hermanos del gigante Anteo, que guardaba el desfiladero del Jardín de las «Hijas del Poniente»?

Y el cataclismo provocado por Hércules al abrir el estrecho de Gibraltar, ¿no corresponde a la desaparición de la isla de Atlántida, cuyos habitantes eran —

como los atlantes del Atlas— agricultores, ganaderos, marinos y arquitectos?

Tal vez sea interesante, a este respecto, recordar «eveméricamente» la historia de los pueblos de Oriente y Occidente tal como la relata la mitología griega.

Cuando el dios *Cronos* el Anciano Padre, tuvo hijos, los devoró.

Cuando su compañera *Gea*, la Vieja Tierra, creyó oportuno remplazar a sus hijos recién nacidos por piedras, *Cronos* devoró las piedras, con lo que quedaron con vida *Zeus*, *Poseidón* y *Carón* .

No cabe expresar más poéticamente que el tiempo devoró los recuerdos de los primeros hombres, pero que, para quienes nacieron después, subsistió el recuerdo; sólo las piedras —es decir, las obras— fueron absorbidas...

Así, se conservaron en la memoria de los hombres *Zeus*, que recibió el dominio de la Tierra; *Poseidón*, que recibió el de los mares, y *Carón*, el de los infiernos, o sea, una nación continental; otra marítima y una tercera, subterránea. Abandonemos la nación subterránea, pese a los trogloditas y los legendarios gnomos...

Zeus tuvo descendientes, lo mismo que *Poseidón*.

Herakles fue hijo de *Zeus*, y *Anteo*, de *Poseidón*.

El reino de *Zeus* y de sus hijos estaba emplazado en torno al Atlántico; el de *Poseidón* era una isla en medio del Atlántico.

La guerra de los hijos de *Zeus* contra los de *Poseidón* fue narrada por *Platón* de acuerdo con el relato del sacerdote de *Sais* al sabio *Solón*, del que conservamos sólo una parte, aunque suficiente para arrojar un tenue resplandor sobre uno de los más extraordinarios misterios de la Historia: el de la *Atlántida*.

CAPÍTULO III LA ATLÁNTIDA

Conocemos la Atlántida sólo por dos fragmentos de Platón, uno en el *Timeo* y otro en el *Critias*. No son más que recuerdos de infancia de Critias, quien refiere las manifestaciones de su abuelo, el cual oyó la historia a Solón, que, a su vez, la conocía a través de un sacerdote egipcio del templo de Sais.

Ya es decir mucho que pese a la gran circunspección de Platón, la existencia de la Atlántida no se presente como una certeza absoluta. Por eso ha sido muy discutida y muchos no han querido ver en el relato platónico más que un procedimiento literario utilizado por el filósofo para exponer sus propias ideas políticas en forma alegórica y novelada.

Se trata de una explicación ingeniosa y quizá no del todo falsa en sus detalles, pero que adolece del error de omitir el hecho de que Critias se proponía, no exponer las instituciones atlantianas, sino relatar la guerra que habría promovido la antigua Atenas contra los atlantes.

Por tanto, según el relato de Critias, habría existido, unos nueve mil años antes de Platón, o sea, nueve milenios y medio antes de nuestra Era, una isla, situada en medio del océano Atlántico, frente al estrecho de Gibraltar, y cuyos habitantes, «descendientes» del dios Poseidón, habrían creado una civilización particularmente avanzada, puesto que serían ya metalúrgicos, ganaderos y agricultores.

En aquella época —explica Critias—, este mar era navegable. Y había una isla ante el estrecho que vosotros llamáis las Columnas de Hércules, más grande que Libia y Asia juntas. Y los viajeros de aquel tiempo podían pasar fácilmente desde esta isla a las otras, y de éstas, a todo el continente que allende bordea el mar interior; pues lo que hay de esta parte del estrecho de que hablamos, aseméjase a un puerto natural con la entrada angosta, mientras que del otro hay un verdadero mar, y de la tierra que lo rodea podemos decir con razón que es un verdadero continente.

Aquéel imperio —sigue diciendo Critias, según lo que oyó en su juventud— comprendía toda la isla, así como también muchas otras e incluso varias partes del continente. Además, y por esta parte del estrecho, dominaba Libia (nombre genérico para designar la parte de África del Norte situada al oeste de Egipto) y Europa hasta la Tirrenia (Italia Oriental). Pero, habiendo concentrado esta potencia un día todas sus fuerzas, se propuso sojuzgar de una sola vez vuestro país y el nuestro (Grecia y Egipto), así como todos los pueblos situados a este lado del estrecho. Y fue entonces, Solón (es el sacerdote de Sais quien habla), cuando el poderío de vuestra ciudad se mostró a plena luz, y, con él, su heroísmo y valor, puesto que la misma aventajó a las otras en fortaleza de espíritu y en arte militar. Primeramente al mando de las helénicas y sola luego por necesidad, abandonada por las demás y expuesta a los mayores peligros, levantó trofeos, salvó de la esclavitud a los pueblos aún libres y dio completa independencia, sin rencor, a todos cuantos, como nosotros, habitaban más acá

de las Columnas de Hércules. Sin embargo, en los tiempos que siguieron hubo espantosos temblores de tierra y grandes cataclismos. En el breve espacio de un día y una noche fatales, se tragó la tierra a todo vuestro ejército, y la misma Atlántida quedó sumergida y desapareció en el mar.

Este resumen preliminar, contenido en el *Timeo*, será proseguido con todo detalle en el *Critias*, y, puesto que se trata de narrar una guerra, Critias informa acerca de las fuerzas civiles y militares enfrentadas: los «atenienses» y los atlantes... Es posible que Platón se aprovechara de ello para introducir algunos de sus puntos de vista personales sobre la política y la organización ideal de los pueblos... Pero sólo poseemos una parte del *Critias*, ya porque el libro quedara inacabado, ya porque se haya perdido la continuación... Y con ella, naturalmente, los episodios de la guerra.

Se han escrito miles de libros en pro o en contra de la veracidad de la existencia de la Atlántida. Es una cuestión que ha provocado un sinnúmero de polémicas..., lo cual no tiene nada de sorprendente, ya que la existencia de la Atlántida pone en juego la veracidad del Génesis y de su fechado.

Dudar del Génesis significaba poner en entredicho las Sagradas Escrituras, y para las Iglesias cristianas era vital que la historia anterior al cristianismo estuviera elaborada en función de la venida de Cristo, y esto, por medio de las escrituras hebreas y de las fechas que la garantizan desde la creación del mundo y de Adán... Así, pues, todo lo que no entraba en el «marco» de las Sagradas Escrituras, era considerado como fábula y mentira.

En consecuencia, sólo el Cercano Oriente había sido objeto de estudios históricos, puesto que la «Luz» sólo podía venir de allí, (*ex Oriente Lux*), y cuando los seglares tomaron el relevo de los clérigos, no se sustrajeron a tal dogma en mayor medida que sus predecesores. Dudar de que la luz y la civilización proceden de Oriente es siempre un caso de excomunión mayor...

Por tanto, la Atlántida sólo puede ser un mito, y quienes creen en él, unos ilusos. Sin embargo, se ha de admitir que entre los defensores de la existencia de la isla descrita por Platón hay buen número de ilusos, cuya fantasía perjudica a la causa que querían defender.

En realidad, la existencia de la Atlántida como isla del Atlántico es imposible de demostrar documentalmente, pero la probabilidad de que haya existido nos la ofrece un conjunto de «pruebas indirectas» bastante coherentes y numerosas.

Ante todo, las precisiones de Platón:

...Y los viajeros de aquel tiempo podían pasar fácilmente desde esta isla a las otras, y de éstas, a todo el continente que bordea el mar interior...

Es preciso admitir que si Platón deseaba crear una especie de isla utópica, le da aspectos de realidad, ya que sitúa exactamente las Antillas y América, que es *un verdadero continente*.

Ahora bien, Platón —pues en tal caso se habría podido tomar de otros escritos

suyos— no conocía América ni las Antillas, y tampoco Critias, ya que, de lo contrario, lo habría sabido también Platón... Y Solón no debía de saber gran cosa más. Lo único que hacen es repetir lo que dijo el sacerdote de Sais, que lo tomó, a su vez, de los archivos de su templo. Y teniendo en cuenta que éstos son geográficamente exactos por lo que respecta a las Antillas y América, ¿por qué habrían de ser falsos en lo tocante a la Atlántida?

Por otra parte, el sacerdote señala que los atlantes habían fundado colonias tanto en Europa como en América... ¿Acaso los nombres no son reveladores? *Atlantes* y *Anteo*, cerca del Atlas; las islas del Oeste siguen siendo las *Antillas*; en Europa se encuentra *Andalucía*, y el «continente» americano es recorrido por la cordillera de los Andes...

El Atlántico es el mar de los *Atlantes*.

...Y otras denominaciones que hallaremos.

Todo esto no podía salir de la imaginación de Platón.

Cuando Platón transcribe el relato de Critias, no puede afirmarse que soslaye introducir una pequeña dosis de sus propias ideas, en particular en lo que concierne a los deberes de los reyes y de los ciudadanos, a los impuestos de guerra, etcétera; pero una descripción geográfica precisa de la isla no aportaría nada más a sus tesis... Y es muy precisa.

La isla es una especie de cuadrilátero llano, de 2.000 estadios de longitud (370 km) y 1.000 de anchura (185 km), y está rodeado de altas montañas... *y a la vez por la acción de la naturaleza y de gran número de reyes... había sido cavado un foso continuo que rodeaba la llanura. En cuanto a la profundidad, anchura y desarrollo de este foso, lo que se ha dicho de él hace difícil creer que semejante obra hubiera podido ser hecha por mano de hombres, sobre todo cuando se compara con otros trabajos similares. No obstante, conviene repetir lo que a mi vez oí contar. Tenía un pletro (30,826 m) de profundidad y un estadio (184,8 m) de anchura en todos sus puntos, y, como había sido cavado en torno a toda la isla, su longitud era de diez mil estadios (1.850 Km).*

^[2] *En cuanto a agua recibía las corrientes que bajaban de las montañas y, tras describir un círculo alrededor de la llanura, sus dos extremos convergían en la ciudad, de donde iba a verterse en el mar. De la parte alta de este foso salían unos canales de cien pies de anchura (30,80 m) que, cortando la llanura en línea recta, iban a desembocar en el foso inmediato al mar. Estaban separados entre sí por espacios de cien estadios (18,5 km). Para transportar hasta la ciudad la madera de las montañas y, según las estaciones, llevar, por medio de barcos, otros productos del país, se habían abierto, a partir de dichos canales, derivaciones navegables de dirección transversal unas respecto a otras y respecto a la ciudad. Observad que se recogían dos cosechas al año: en invierno, gracias a las lluvias, y en verano, por los riegos que permitían los canales.*

...Canales e irrigación artificial. No se trata aquí, evidentemente, de una civilización mediocre... Y conviene advertir que, en su descripción de la «Atenas» de la misma época, Platón menciona, entre los recursos naturales, árboles y frutos y pasa muy por encima de la «agricultura», que, por lo demás,

no existía a la sazón en Grecia...

En cuanto a los productos de la isla, helos aquí: *Porque si bien, a causa de la extensión de su imperio, necesitaban recibir muchas cosas del exterior, la isla producía por sí misma, sin embargo, la mayor parte de las precisas para la vida, empezando por los metales sólidos y fusibles que se extraen de las minas, entre ellos aquel del que hoy conocemos sólo el nombre, el oricalco^[3], metal que a la sazón era algo más que un simple nombre. Había yacimientos del mismo en varios lugares, y después del oro era el más precioso de los metales de aquel tiempo. Además, todo cuanto un bosque puede suministrar para los trabajos de los obreros de la madera, lo producía la isla en abundancia. Pululaban también en ella los animales domésticos y salvajes, y la especie de los elefantes estaba ampliamente representada entre estos últimos. En efecto, no sólo abundaban los pastos para todas las especies, las que viven en lagos, pantanos y ríos y las de montañas y llanuras, sino que los había en gran cantidad incluso para los elefantes, pese a lo enormes y voraces que son. Producía asimismo cuantas esencias aromáticas da la tierra en los más diversos lugares: raíces, hierbas, árboles resinosos y toda la variedad de jugos odoríferos que brotan de flores y frutos. La tierra suministraba allí y hacía prosperar todo esto. Daba también los frutos cultivados y los granos que han sido creados para alimentarnos y de los cuales sacamos las harinas, es decir, las diversas especies que denominamos cereales...*^[4]

Nótese que el sacerdote de Sais no menciona especialmente el hierro. Quizá no se conocía aún, aunque, por otra parte, durante mucho tiempo hubo un «tabú» sobre el hierro, que era «metal reservado»... Por lo que se refiere al oricalco parece ser que se trataba de una variedad de cobre. El nombre es griego, y la transcripción que da Solón puede ser defectuosa.

En lo que concierne a la descripción de la capital, Poseidón, parece que ningún lugar del Mediterráneo oriental pudo sugerírsela a Platón, y si encontramos ese plano en toda la céltica occidental, Platón lo ignoraba sin duda. Forzoso es, pues, admitir que la descripción del sacerdote de Sais es *verídica*. Fue el propio dios quien trazó su plano cuando se unió a Clito, hija de los hombres:

Ahora bien, transformó la colina en que ella vivía en una verdadera fortaleza y la aisló circularmente. A tal efecto, construyó recintos de agua y de tierra, pequeños y grandes, unos en torno a otros: dos de ésta y tres de aquella. Luego los redondeó, por decirlo así, empezando por el centro de la isla, del que equidistaban todas las partes.

Es el plano del *dunn* céltico o precéltico... En fin —y este detalle concuerda con lo que se conoce acerca de la naturaleza volcánica del suelo submarino del Atlántico—: «hizo brotar dos manantiales, uno de agua caliente y otro de agua fría...»

Gobernaban la isla diez reyes, bajo la dirección del descendiente del primogénito de Poseidón y de Clito: *Atlas*. Se reunían cada año para celebrar una ceremonia religiosa que comprendía, como en Egipto, la «lizada» del toro y su sacrificio a los dioses; pero, después del sacrificio, el ritual de la asamblea de los reyes no tiene correspondencia alguna con el Mediterráneo Oriental... En cambio, parece muy semejante a las «mesas redondas» célticas...

Llegada la noche, cuando el fuego de los sacrificios se había extinguido, cada uno se vestía con un ropaje color azul oscuro de incomparable belleza; se sentaban en el suelo con las luces apagadas, junto a los consumidos restos del sacrificio sacramental, y así, con el santuario a oscuras, se disponían a pronunciar la sentencia, y a someterse a la misma aquel de ellos que había sido acusado de violar las leyes. Una vez administrada justicia, grababan sus juicios, al despuntar el día, sobre una tablilla de oro, que consagraban, junto con sus vestiduras, para que sirviese de documento conmemorativo...

Grababan... ¿Cuál es, entonces, el origen oriental de la escritura?

¿No supone ello reconocer a este pueblo atlante, nueve milenios antes de Jesucristo, una civilización muy avanzada, cuando todos los especialistas en Prehistoria concuerdan en que la Humanidad, por aquel entonces, sólo sabía astillar la piedra o, en el mejor de los casos, pulirla para cortarse bistecs de uro, cuando acaba de expirar el último período glacial...?

Es posible... Y, no obstante, veremos subsistir, incluso en Occidente, considerado como retrasado, cierta ciencia de la tierra, de la naturaleza, de los animales y, sin duda, de los hombres, lo cual parece menos inadmisible...

Y luego sobrevino aquel cataclismo... Aunque no haría falta mucho para destruir todos los medios de una civilización, pues los supervivientes capaces de recrear no tendrían «obreros» a su disposición, y los obreros aislados, apenas podrían ir más allá de su trabajo...

Ciertamente no puede asegurarse, a falta de pruebas absolutas, que haya existido la isla Atlántida, pero los atlantes sí que existieron, y es cierto —como voy a intentar demostrar— que gracias principalmente a ellos, conservamos nuestra tradición occidental, ganadería, cultivo y oficios... Y es probable que, también gracias a ellos, conserven la suya los orientales.

Sin duda son muchas las cosas que hemos heredado de la Atlántida o, por lo menos, de los atlantes, aunque nada más sea ese triple recinto al que me he referido o bien, en el arte galo, esos animales monstruosos, medio caballos, medio serpientes, los cuales nos hacen recordar que el dios Poseidón, armado de un tridente, recorría los mares en un carro tirado por esos monstruos...

Nuestras construcciones ciclópeas —como el recinto de Santa Odilia— tal vez no sean ajenas a esos «cíclopes» de Poseidón —a quienes no hay que confundir con los cíclopes uránicos—, que fueron, a buen seguro, hombres de ojos y rostro redondos, los compañeros constructores de aquella civilización desaparecida...

Anticipo...

Sin embargo, antes de abordar aquel cataclismo que dejó huella en el mundo, desearía detenerme en un pequeño problema geográfico-lingüístico que, según creo, tuvo alguna importancia en el «poscataclismo».

La falla de Tánger, aquella estrecha garganta que iba hasta el océano Atlántico, terminaba en un lago, una de cuyas orillas forma hoy la bahía de

Tánger y su playa.

Este lago debía de ocupar toda la parte Oeste, la más ancha del actual estrecho, entre el cabo de Espartel y Cádiz. Una franja de rocas de gres, cuyo espesor puede ser calculado en unos quince kilómetros, cerraba el lago por el lado del océano.

Ahora bien, la tradición alude varias veces al lago «Tritón», que estaba separado del mar sólo por una estrecha lengua de tierra, y en cuyas márgenes se elevaba el triple recinto de un templo a Poseidón.

Por otra parte, Diodoro de Sicilia pretende que en África del Norte existía antaño un lago muy grande, que los antiguos llamaban lago Tritón y que desapareció como consecuencia de temblores de tierra *que rompieron los diques del lado del Océano* . Del «Océano», término reservado al Atlántico...

Karst y algunos otros sitúan el lago Tritón en la depresión de Gades, oasis tunecino. Habría desaparecido como consecuencia de un levantamiento de tierra y de la consiguiente desecación.

Pero entonces no se trata ya de diques rotos, sino de un lago que se vacía, y no del mar que lo sumerge... Y un mar que no es el Océano.

El propio Karst —lo cual es desconcertante— considera el nombre de Tritonis como una helenización de Terin, Terim o *Tengiz* .

¿No sería acaso el lago de Tingis este lago Tritón en cuyas orillas se levantaba, en un triple recinto, el templo de Poseidón, aquel templo en el que Anteo colgaba las cabezas de los extranjeros que habían pretendido entrar en su reino (costumbre que encontramos también en la Galia)?

Convendría recordar entonces que Neth, el egipcio, al que estaba dedicado el templo de Sais, era asimilado por los griegos a su diosa personal Palas Atenea...

Y que, según una leyenda, Atenea nació a orillas del lago Tritonis...

¿Habrían sido Neth-Athenea los epónimos de una primera invasión hacia el Este de los atlantes, que partirían de las orillas del lago Tritonis y que más adelante se opusieron a una nueva invasión? Pero hemos de tratar del cataclismo.

CAPÍTULO IV EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

El relato de esta guerra que Platón quería contar no ha llegado hasta nosotros. El *Critias* se interrumpe a mitad de una frase. La leyenda «histórica» de Hércules se interrumpe también en la separación de Calpe y de Abila, las dos «Columnas». Luego, el héroe baja a los infiernos. La leyenda se convierte en símbolo.

La Prehistoria concuerda, en cuanto a fechas, con la leyenda y con Platón: es el famoso «hiato» entre el Mesolítico y el Neolítico, hacia el noveno milenio antes de nuestra Era.

La fecha la había dado Platón, pero también la leyenda, y por conducto del Zodíaco, lo cual constituye un valioso medio de fechado que nada tiene que ver con los reyes y sus dinastías ni con algunos sucesos humanos —que, a fin de cuentas, son meros incidentes—, sino con los ritmos solares, mucho más estables.

Y la leyenda de Hércules proporciona todos los elementos de un cálculo.

Se sabe que el punto vernal, es decir, el punto del cielo en el que se encuentra el Sol cuando corta en su carrera el ecuador celeste, en el equinoccio de primavera, varía cada año en unos cincuenta segundos de arco. Así, su desplazamiento en el cielo es, aproximadamente, de un grado de arco cada setenta y dos años. Es el fenómeno conocido con el nombre de «precesión de los equinoccios». Por tanto, al desplazarse este punto vernal con relación a la Tierra en las constelaciones del Zodíaco, se puede medir el tiempo por dicho desplazamiento en las constelaciones...

No puede conocerse la posición de este punto a simple vista, y durante mucho tiempo se creyó que los antiguos no habían tenido noción de semejante fenómeno, descubierto no ha mucho. Pero luego se cayó en la cuenta de que lo conocían perfectamente y que los griegos — y los egipcios y persas antes que ellos— lo habían calculado muy bien.

Este punto vernal da la vuelta al Zodíaco, es decir, retorna a su punto inicial en unos 26.000 años, o sea que al estar dividido el Zodíaco en doce constelaciones reconocidas como iguales, de treinta grados cada una, el punto vernal recorre cada una de ellas en unos 2.150 años.

Al verificarse la precesión de referencia en sentido retrógrado, o sea, en el sentido Piscis, Acuario, Capricornio, Sagitario, Escorpión, Libra, Virgo, Leo, Cáncer, Géminis, Tauro y Aries, el punto vernal que actualmente se encuentra al final del signo de Piscis, se hallaba en el de Aries del 150 al 2.300; en el de Tauro, del 2.300 al 4.450; en el de Géminis, del 4.450 al 6.600; en el de Cáncer, del 6.600 al 8.750, y en el de Leo, de 8.750 a 10.900 (aproximadamente, por supuesto).

Ahora bien, se comprueba —y la explicación rebasa mis conocimientos— que el tiempo durante el que el punto vernal se encuentra en una constelación del Zodíaco, corresponde a una Era religiosa, y que el símbolo de ésta se halla siempre, de una u otra manera, en estrecha correspondencia con la constelación en la que se halla el punto de referencia.

Apenas hay necesidad de recordar que los primeros cristianos dibujaban un pez como jeroglífico de Cristo; que el Graal cristiano era custodiado por un rey-pescador; que el Salmón del saber apareció, en las leyendas célticas, poco antes de la invasión de las Galias por los romanos; que, para los musulmanes, la media luna es, a la vez, luna y pez, y que son siempre peces los que en los cuentos de *Las mil y una noches* remplazaron a los guardianes de las joyas mágicas y que se han de buscar en el fondo de los mares...

Antes de Piscis estaba Aries, cuando los griegos de Jasón fueron en busca del vellocino de oro, en tiempo del Júpiter-Ammón con cuernos de carnero; de Amón-Ra, tocado también con cuernos de carnero en Egipto, con las avenidas de carneros en Karnac...

Antes aún estaba el toro, con el buey Apis, la vaca Athor, el Minotauro en Creta, los toros alados en Babilonia —que se perpetuaron—, el toro de Cualngé, en Irlanda, y el toro Tamos en la Galia.

Lo había precedido Géminis, que dejó las dos columnas fenicias, convertidas en columnas de los templos, en pilones egipcios y, más adelante, en nuestras torres de iglesias gemelas.

Antes aún se hallaba Cáncer, el animal con caparazón que ha quedado como un signo de los tiempos de felicidad en forma de escarabajo.

Y todavía antes, Leo, cuya esfinge es, sin duda, una evocación de significado desconocido hoy para nosotros.

Así, pues, son los signos del Zodíaco los que «rubrican» el ritual y la forma religiosa de una Era, ritual y forma que desaparecen con el signo, aunque no por ello el fechado deja de ser menos cierto y preciso.

Además, el ritual nuevo, a cada cambio de Era y de forma religiosa —y sólo cambian la forma y el ritual—, implica la repulsa del antiguo ritual y de las antiguas formas, es decir, la «sentencia de muerte» para el signo precedente. Ciñéndonos a los tiempos más recientes, a la aurora de Aries, Teseo mata al Minotauro, se da muerte al toro de Irlanda y se dispersan sus miembros. Y la caza submarina empieza a adquirir cierto aspecto ritual...

Ahora bien, los trabajos de Hércules se inician con un trabajo ritual, la matanza del león de

Nemea, lo que suele dar a la era herculeana el signo de Cáncer, y su último trabajo consiste en la formación de dos columnas en el estrecho de Gibraltar, rúbrica de Géminis.

Lógicamente, la era herculeana se sitúa, por tanto, en tiempo de Cáncer, o sea,

entre el 8750 y el 6600 antes de Jesucristo^[5] . Estaba en los muros de un antiquísimo mausoleo, y Braghine la describe así: «Representa la constelación de Cáncer en el momento del solsticio de verano. Bajo el signo de Cáncer se ve a Hércules separando, con un movimiento de sus potentes brazos, los peñascos que cerraban el istmo. Junto al promontorio de Calpe, del lado de Europa, se representó a un gallo y un conejo para caracterizar a España, y junto al promontorio de Abila, a un ibis y un escorpión para representar a Marruecos.» ¿A través de qué tradición perdida conoció el pintor la precisión de que la apertura del istmo se había producido bajo el signo de Cáncer?)

Evidentemente sería decisiva una «comprobación» geológica del tiempo en que se abrió el estrecho de Gibraltar, aunque parece muy difícil, porque la constante erosión debida al flujo y reflujo de las mareas, impide toda determinación válida, y si su ensanchamiento es constante a causa de dicha erosión, la ausencia de medidas exactas en los tiempos antiguos apenas permite llegar a conclusiones interesantes.

En cuanto a la longitud del estrecho, quinientos años antes de Jesucristo se dio una primera cifra muy sospechosa. Al tratarse de una cifra griega, no podía ser tomada en consideración, ya que los cartagineses no permitían que los extranjeros se acercaran a aquel lugar. La anchura sería, a la sazón, de una milla (1.609 m)^[6] .

Piteas de Marsella —que fue uno de los primeros, si no el primer griego, en cruzarlo—, no parece haber dejado ningún dato concreto respecto al mismo, pero, en su tiempo, Eutón lo calculaba en cuatro millas.

Pero he aquí a alguien que es ya más preciso. A comienzos del siglo I de nuestra Era, Tito Livio le atribuía una anchura de siete millas (11.200 m); cuatrocientos años después, se le concedían doce millas (19.300 m).

Actualmente, esta anchura es de quince millas (24.000 m).

Como se ve, resulta difícil sacar de ello una indicación válida.

Sea como fuere, el cataclismo debió de ser espantoso..., y la Ciencia moderna, que no cree en la Atlántida, pero sí en el cataclismo, ha tratado de explicarlo. Parece ser que lo ha conseguido. He aquí, sumariamente, la explicación:

La Tierra, en su movimiento de traslación alrededor del Sol, describe una elipse, uno de cuyos focos es el Sol mismo. A consecuencia de la precesión de los equinoccios, la Tierra no vuelve cada año al punto exacto en que se encontraba el año anterior.

Se infiere de ello que, alternativamente, el polo Norte y el polo Sur se encuentran en el punto más alejado del Sol en el solsticio de invierno, y de aquí el recrudecimiento del frío.

Así, durante unos trece mil años, el polo Norte será más frío que el polo Sur, y durante los trece mil años siguientes, el polo Sur será el más frío.

Esto se demuestra y ha sido demostrado.

Tenemos, pues, que cada hemisferio experimenta, alternativamente, un período glacial y otro cálido. En términos corrientes, cada hemisferio está sometido, en el transcurso del Gran

Año de veintiséis mil años, a una primavera, un verano, un otoño y un invierno.

Ahora bien, durante el invierno de un hemisferio, éste se cubre de glaciares, y los hielos se acumulan y se fijan en el polo. Durante todo ese invierno, la humedad atmosférica se condensará allí en forma de hielos o de bancos de hielo. Hay, pues, un traspaso de peso, en forma de agua helada, a una de las extremidades del globo terrestre (y normalmente debe producirse, a causa de ello, un descenso de las aguas hacia el ecuador y una aceleración de la rotación de la Tierra sobre sí misma).

Al llegar el verano, los hielos se derriten y, en forma de agua, vuelven hacia el ecuador.

Entonces desaparecen los glaciares que cubrían el casquete polar y, según el recalentamiento sea más o menos rápido, las aguas se precipitarán más o menos aprisa, y sus resultados son las marejadas altas y las inundaciones.

A esto se añade un fenómeno mecánico. Las regiones ecuatoriales «dan vueltas» más de prisa que las polares, por lo menos en la superficie. A cien metros del polo, un punto gira en torno al eje de la Tierra a una velocidad de 628 metros por día. En el ecuador, este punto alcanza una velocidad de 40.000 kilómetros en el mismo lapso de tiempo.

Por tanto, es necesario que el agua acumulada en el polo y que llega al ecuador a causa de la fuerza centrífuga, rebase esta velocidad o, por lo menos, la iguale. Sin duda, las aguas que «bajan» son arrastradas en la rotación cada vez más rápidamente; pero, a consecuencia de su inercia, producen una corriente de agua cada vez más impetuosa a medida que se acercan al ecuador, corriente que va de Este a Oeste, en sentido contrario a la rotación, y que choca contra los continentes, los comprime, los inunda y los devasta.

Si el recalentamiento ha sido muy rápido, la catástrofe es enorme. Lo destruye casi todo: hombres, rebaños, cultivos y monumentos y, como explicó a Solón el sacerdote de Sais, *cuando los dioses purifican la Tierra, sumergiéndola bajo las aguas mediante un diluvio, sólo los boyeros y pastores están al abrigo en sus montañas... y las inundaciones torrenciales permiten sobrevivir sólo a los más iletrados y menos instruidos. De modo que, constantemente, volvéis a la infancia, e ignoráis lo que ocurrió antes, entre vosotros o en los demás países...*

Ahora bien, geólogos y especialistas en Prehistoria están de acuerdo en situar el fin del último período glacial boreal en aquel hiato entre el Neolítico y el Mesolítico, es decir, en el IX milenio antes de nuestra Era, convalidando así a Platón y la leyenda. Es probable que, en aquellos tiempos, un fenómeno desconocido hiciera derretir los hielos con extraordinaria rapidez, y de ahí la violencia del fenómeno, que trastornó no sólo las aguas, sino también las tierras, y provocó erupciones volcánicas.

Es evidente que en las proximidades del ecuador fue donde la convulsión debió de ser más brusca, tener mayor amplitud..., lo cual sería causa, antes de que se restableciera el equilibrio perturbado, de un sensible descenso de las aguas del norte del paralelo 45, sobre todo en los mares nórdicos... Esto originaría, tal vez, la tradición de una zona hiperbórea más alejada de los mares y más soleada (y quizás explicaría el famoso mapa de Piri-Reis que señala las costas de Groenlandia, actualmente bajo los hielos e inexplorables...).

Y tal vez explicaría asimismo la tradición según la cual las civilizaciones se reanudaron a partir de las zonas hiperbóreas, evidentemente menos devastadas que las otras.

Luego, una vez restablecido el equilibrio con la nueva velocidad de rotación de la Tierra sobre sí misma, las aguas volverían a tomar posesión de los fondos nórdicos...

(Ocasionalmente, alguien lanzó la idea de hacer derretir los hielos del polo por medio de bombas atómicas, lo cual permitiría, sin duda, verificar lo bien fundamentada que estaba la teoría expuesta...)

Se comprende que, en medio de semejante cataclismo, la ruptura del istmo de Tánger fuera sólo un incidente, si bien presenta un aspecto «mediterráneo» bastante extraordinario.

Hace algunos años, un ingeniero italiano elaboró el plano de un dique destinado a cortar y obturar el estrecho de Gibraltar.

La utilización de este dique se fundaba en los siguientes cálculos:

Es tan grande la evaporación de las aguas en toda la superficie del Mediterráneo, que las aportaciones hídricas de los ríos que en él desembocan, tanto de Europa y del mar Negro como de África, resultan insuficientes para compensar dicha evaporación.

Se sigue de ello que si el nivel del Mediterráneo permanece constante, se debe a que las aguas del Atlántico llegan también al Mediterráneo por el único paso que existe entre estos dos mares: el estrecho de Gibraltar. Efectivamente, en el Estrecho, las mareas atlánticas engendran una corriente Océano-Mediterráneo, que luego disminuye para originar otra de sentido contrario; pero esta corriente de refluo es mucho menos importante que la de flujo.

Dicho de otro modo: el Atlántico envía más agua al Mediterráneo de la que vuelve a él. Esta diferencia es la que restaura el equilibrio de las aguas y anula la pérdida por evaporación.

Dicho ingeniero había calculado que si, gracias a la construcción de un dique en Gibraltar, llegaba a faltar ese concurso, las aguas del Mediterráneo bajarían hasta que la superficie de evaporación fuera tal, que se estableciese el equilibrio entre la pérdida de agua y la aportación fluvial. Y el equilibrio en cuestión, una vez efectuados los cálculos, se instauraría cuando el actual nivel del Mediterráneo hubiera bajado doscientos metros.

Se comprende que, en ese momento, la enorme masa de agua atlántica, al caer de una altura de doscientos metros, representaría una cantidad de kilovatios capaz de suministrar energía a todas las industrias de Europa.

Ignoro si el proyecto es utópico, pero sugiere de inmediato a la mente que, cuando el estrecho no permanecía abierto, el Mediterráneo se encontraba aproximadamente a un nivel inferior a los doscientos metros respecto al que está ahora; sus costas tendrían, pues, una configuración muy distinta de la actual. Por ejemplo, una gran parte del Adriático estaría desecado, y el Mediterráneo Oriental quedaría separado del Occidental por unas aberturas mínimas en la franja de tierra que unía Sicilia con Túnez. El archipiélago griego no estaría tan fragmentado, y las aguas del mar Negro, al abrirse un camino en el Bósforo, tendrían el aspecto de un río de «descenso rápido». El vocablo río, ¿no quedó, por otra parte, vinculado durante muchísimo tiempo a este estrecho?

Por consiguiente, en la época de la ruptura, sobre todo si ésta fue acompañada de una fuerte y alta marejada, enormes trombas de agua debieron de desparramarse, anegando, en cuestión de horas, todo el Mediterráneo Occidental y, con más lentitud, pero, de todas maneras, de forma bastante violenta, toda la cuenca y, seguidamente, las tierras bajas, entre ellas, el Sahara.

Lógicamente, sólo debieron de emerger del África del Norte, del Asia Anterior y de Europa del Sur, el Atlas, Etiopía, el Líbano, el Cáucaso, los Alpes, los Pirineos y las altas sierras de España. A partir de los Pirineos, la Galia debió de ser barrida, mas no sumergida... Pero la vida debió de ser allí precaria durante larguísimo tiempo.

Es cierto que, mecánicamente, los países más afectados fueron América, barrida, quizás hundida y, en todo caso, inundada, durante algún tiempo, hasta los Andes. Los movimientos de tierras fueron allí enormes, ya que se han puesto al descubierto vestigios de construcciones portuarias hasta cerca de los tres mil metros de altitud...

Por tanto, desapareció toda civilización y quedó sumergida para siempre la Atlántida, suerte que correría también el «continente de Mu», enclavado en el Pacífico y cuyas diseminadas islas constituirían los restos... En África, El-Idrissi, historiador árabe dedicado a recopilar tradiciones orales, afirma que, en el momento de la catástrofe, el nivel del mar se habría elevado a once estadios (aproximadamente, 2.000 metros), y varias ciudades habrían sido sumergidas...

Hundióse la Atlántida —sea cual fuere el lugar donde estuviera emplazada— y se dispersaron los atlantes —al menos los que pudieron escapar— de la propia Atlántida o de sus colonias, pero se vieron privados de todo, de la agricultura, de la ganadería, de herramientas y de conocimientos... Los supervivientes se refugiaron en los montes del Atlas, de Andalucía, de los Andes y, sin duda, de Europa, allende el paralelo 45..., y, con ellos, también los marinos que habían sobrevivido a las tempestades y las altas marejadas, y que luego se convirtieron en personajes legendarios: Ut-Napishtim en Sumeria-Babilonia; Dwi-fah, en la leyenda céltica; Yima, en Persia; Tamandua, en Paraguay y

Brasil; Nala y su mujer, en México; Zeu-Ja, entre los patagones; Manibosho, entre los indios del Canadá; Pokawo, entre los delawarenses...

En realidad, una civilización no se salva con sólo algunos individuos dispersos y sin recursos; mas no existe ninguna civilización válida sin una tradición con símbolos que pueden muy bien no ser entendidos por quienes los transmiten, pero que siguen siendo símbolos, fragmentos de aquella lengua universal que pasa por encima de las lenguas, que son legadas algo religiosamente con sus «tabús», los cuales los mantienen en su integridad...

Símbolos que se descubren y pueden rehacer una tradición y, tal vez, incluso una civilización.

Las tradiciones se conservan mucho mejor que las teorías filosóficas...

CAPITULO V LOS LIGURES

Hércules encuentra en Occidente a dos adversarios: gigantes y ligures.

Los informes acerca de los primeros son fragmentarios, mientras que los ligures son conocidos. Jullian los ha descrito como si los tuviera delante. A decir verdad, aquellos a quienes describe son posteriores en algunos milenios a los que combatió Hércules. Son los habitantes de Liguria, o sea, toda aquella parte de tierra que rodea el golfo de León, desde la Provenza hasta Cataluña.

De acuerdo con la leyenda, estaban allí ya antes del cataclismo. Eran, pues, hombres del Neolítico que subsistirán hasta la invasión por los celtas. Esto no es una certeza, sino más bien una hipótesis a la que se puede oponer otra. Por lo demás, tras las violentas conmociones geológicas, debieron de quedar sobre la Tierra muy pocos seres humanos y, desde luego, no hordas suficientes para emprender «invasiones», por lo menos durante mucho tiempo.

Los que describe Jullian parecen ser los restos de las tribus rechazadas por los celtas hacia el Mediodía unos mil quinientos años antes de nuestra Era, pero el territorio primitivo que les asigna es mucho más extenso que dichas provincias meridionales.

Los antiguos exploradores —escribe—, procedentes del Sur o del Este, de Cádiz o de Fócida, nunca utilizaron más que la palabra Liguria para designar a todos los habitantes de la comarca gala. La aplicaron también a las tribus del litoral de la Provenza, a los indígenas de la cuenca del Ródano y a los pueblos de la llanura de Narbona. También eran ligures —se decía—, los que vivían a lo largo del gran golfo del Atlántico. Y aplicóse asimismo este nombre a las tribus más alejadas aún, que andaban errantes por las riberas y los bosques del mar del Norte. Incluso en tiempo de César, se acordaban en el mundo grecorromano de los tiempos remotos en que el nombre de Liguria se había extendido por toda la Galia.

D'Arbois de Jubainville los situaba también en el extremo Oeste, en el lugar de origen del ámbar, el Báltico, y en «Albión», es decir, en las Islas Británicas.

Si aquellos hombres —sigue diciendo Jullian— no se parecían todos, poseían, no obstante, un elemento unitario, que este autor ve especialmente en la lengua. Y aquellos individuos de la misma lengua, que eran o no de la misma estirpe, vivían en Occidente:

En Italia, en España, en las llanuras y montañas de la Germania; en las islas del Mediterráneo y en las del Océano han dejado como vestigios —al igual que en la Galia— nombres de cursos de agua y nombres de montañas. España y Gran Bretaña tienen sus “divos”, homónimos de riachuelos franceses; el “Duero” tiene la misma raíz que las “Doire” italianas; el Sena francés (Sequana), ha significado la misma cosa que el Júcar al sur de los Pirineos. La topografía de Irlanda y la de la gran isla vecina tienen nombres que proceden

de la lengua ligur: ésta era, según tengo entendido, la de los grupos de indígenas “nacidos en la isla” bretona, a quienes los galos rechazaron hacia el interior y César llegó a conocer...

Los antiguos habían conservado la noción, muy precisa, de un período en que los ligures ocuparon todo el Occidente...

Córcega les había pertenecido. Llegarían, al parecer, hasta Sicilia, y sin cesar se hablaba de ellos en España. Sus huellas se encuentran aún no lejos de Cádiz, y las marismas que atravesaban las aguas del Guadalquivir se llamaron antaño “lago Ligur”. Al apoderarse de los territorios de los ligures —continúa diciendo Jullian—, los galos aceptaron, a la vez, las cosechas, las tierras y los dioses. Y, después de ellos, ni los romanos, ni los bárbaros, ni los cristianos arrancarán jamás de sus multiseculares dominios a los genios de las montañas y de las fuentes, a los espíritus protectores de los lugares^[7].

No resulta fácil representarse lo que pudieron ser aquellos ligures en la época pregala, por ejemplo, en el tiempo en que Hércules los desafió a su paso. Acerca de ellos tenemos sólo los testimonios de los antiguos al acercarse la Era cristiana, y, además, sólo sobre los del Mediterráneo, que vivían a orillas de aquel «mar ligur» transformado, aunque conservando su nombre, en el golfo de León. Y entonces hacía ya por lo menos un milenio y medio que los goídel, a los que hoy llamamos galos, los habían invadido y se habían mezclado con ellos.

Siempre, según Jullian —que estudió dichos testimonios—, eran más bien pequeños, pero muy robustos y con miembros de una elasticidad increíble. *La fatiga no agotaba nunca al ligur... Se dice que eran equiparables, en fuerza, a los grandes animales salvajes. Se los consideraba como caminantes invencibles; y tanto en la marcha como en la carrera, en lo que a resistencia y velocidad se refiere, los ligures no tuvieron rivales en los países mediterráneos.*

Fueron —prosigue Jullian— los más hábiles cazadores en la clase de tiro más difícil y que exige en el más alto grado ambas cualidades físicas: el tiro con honda. Sea cual fuere el número de pájaros que pasara ante un grupo de honderos ligures, cada honda elegía su víctima, y ningún disparo fallaba. (Según Timeo, citado por Eustaquio.)

(Observemos que, en su descripción del ejército atlante, Platón reserva mucho espacio a los honderos... Y la honda era un arma totalmente extraña para los griegos.)

Los antiguos los llamaban ladrones y saqueadores, fecundos en invenciones y ardid, bandidos muy crueles y osados, cuatreros, asesinos de extranjeros y, tal vez, antropófagos. (No se ha de olvidar que los autores de estas declaraciones eran latinos...)

Estos ligures eran pueblos que realizaban los más arduos trabajos. Unos, durante todo el día, provistos de pesadas hachas, cortaban los corpulentos árboles de la montaña; otros, inclinados sobre la tierra, rompían las piedras para procurarse algún trozo de terreno de cultivo. (¿No se descubre aquí al

pueblo de los muretes y de las piedras secas?) Otros se dedicaban a la caza de los animales salvajes. Y, en fin, los más intrépidos, a bordo de embarcaciones más sencillas aún que las balsas, hechas acaso de troncos de árboles ahuecados, se hacían a la mar con una ignorancia, tanto del peligro como de la ayuda, y pedían a las aguas lejanas el pescado del que sus costas se mostraban avaras... El principal rasgo que se ha señalado en los ligures del Océano y de épocas remotas es su extraordinaria velocidad como corredores. Los de las costas de la Mancha y del mar del Norte dieron a los mercaderes de Cádiz la impresión de marinos temerarios que manejaban su embarcación, de cuero cosido, en medio de las peores tempestades.

Este arrojo y amor a la independencia se unían a un culto singular hacia el suelo natal. Entre todas las naciones de la Antigüedad, no encuentro ninguna que fuera más sedentaria. Ninguna invasión ni expedición de conquista partió de su país...

Esto es importante, pues si no se trataba de una raza conquistadora, no eran, en el Oeste, los descendientes de un ejército de invasores. Por tanto, serían «autóctonos» y no «llegados de otra parte». Cuando la leyenda habla de la resistencia opuesta a Hércules en los tiempos neolíticos por los ligures, hay en ello apariencia de verdad. Se trata del mismo pueblo del que hablarán los antiguos de los milenios posteriores...

Por lo demás, Jullian añade, siempre según el testimonio de los antiguos:

Cuando buscaban aventuras lejanas, lo hacían sólo a través de las rutas marítimas, y el oficio de pescador y marino no era incompatible con el obstinado amor a las vigas y al umbral de la choza. Expulsado por el enemigo de su tierra, el ligur volvía a ella en cuanto podía . (Según Avienus.)

Y Jullian se interroga, a modo de comentario:

Cuanto más se estudia el mundo ligur, más se ve en él el papel preponderante desempeñado por el mar. Me pregunto si su unidad, su lengua y algunas de sus costumbres no serían instauradas por una nación marinera; y pienso cada día más en los hombres del Mar del Norte y en una población de Europa, en tiempos prehistóricos, análoga a las migraciones de la época de los normandos.

Y, si no por lo que respecta a ellos, al menos para sus «civilizadores» fue realmente así.

No fueron artistas —dice Jullian, que tenía la concepción artística sentimental de su tiempo—, *pero encontraban la seguridad del golpe de vista, la precisión del gesto, la tenacidad del esfuerzo físico cuando se trataba de trabajar la materia...*

Esto tiene una enorme importancia. Se ha preguntado de dónde procedía esa tradición puramente occidental que, en sus realizaciones monumentales, evitaba la imitación de los romanos, pese a la ocupación por parte de éstos durante cinco siglos; la imitación griega, a despecho de Marsella y los viajeros helenos, y que, una vez cristianizada y reducida por los bárbaros visigodos, burgundios o francos, tomó sólo con mucha parsimonia los modelos de Oriente,

para desembocar en aquel primer estallido que fue el Románico, manchado aún por servidumbres de ultramar, y después, en la apoteosis del Gótico, que pareció no salir de nada, de ninguna parte, no tener modelo. No era más que una adaptación de la antigua tradición ligur a los tiempos y ritos...

Pero oigamos de nuevo a Jullian:

A primera vista, los habitantes de la Galia, en los siglos que precedieron al año 600, parecían, sobre todo, trabajadores de la piedra. En efecto, fue ésta la materia escogida para las principales obras que han sobrevivido de aquel tiempo: puntas de flechas o de venablos en sílex tallado, modelos inmemoriales de armas a las que el hombre no sabía renunciar; las construcciones megalíticas en bloques o losas de piedra mal desbastada y, en fin, las hachas de piedra pulida. Estos últimos productos eran los que la industria suministraba como mejor acabados, lo cual denotaba gran cuidado y paciencia. Para llegar a elaborar aquellos formidables instrumentos, capaces de cortar, sin mellarse, recios troncos de árboles..., moles de cuerpo liso como una hoja de cristal, con el filo aguzado como una hoja metálica, había que escoger con cuidado las piedras más finas y duras, más resistentes y más compactas, que pudieran deslizarse y cortar a la vez... Los obreros de entonces tenían, pues, nociones exactas y claras sobre los grados de resistencia de las distintas rocas del país...

Sospecho que si Jullian no hubiese sido del «College de France», habría arriesgado la palabra iniciación... Y, en efecto, se trata en realidad de esto: de una iniciación en las leyes de la materia...

También los enormes menhires y dólmenes revelan prodigios de mecánica. Si la mayor parte de aquellos bloques fueron arrancados del suelo propio del país, hubo, además, que arrastrarlos, levantarlos, erigirlos, colocarlos en su sitio y fijarlos; algunos pesaban doscientos cincuenta mil kilos, otros, quizá más, y algunas piedras, y de las más pesadas, fueron transportadas a siete u ocho leguas. (Para algunos megalitos de Stonehenge, 250 km).

Y para todo ello, hicieron falta, además de brazos, que se supone contaban con ellos, *palancas, rodillos, tornos y cuerdas, de funcionamiento, fuerza de tensión y solidez bien calculados...*

En pocas palabras, hacían falta ingenieros... Pero ¿cómo atreverse a hablar de ingenieros en aquellos tiempos?

No obstante —sigue hablando Jullian, sin que se canse uno de él—, junto a los canteros ligures hemos de pensar en los carpinteros. Aquellas pesadas hachas de piedra estaban destinadas, sobre todo, a cortar y escuadrar enormes piezas. Las moradas de los vivos, “estructuradas” y bien “ajustadas”, abundaban tanto como las cámaras de piedra de los muertos... Aquellos hombres trataban la madera con el mismo interés que la piedra; calculaban la resistencia de una viga, así como la fuerza y duración de su materia. Fueron ellos quienes construyeron los recios pilares de los palafitos de Suiza y de Saboya...

Esto tampoco es trabajo de aprendiz, sino de oficial, de maestro, de calculador, en el cual, el conocimiento de la materia se eleva de la mano al cerebro, y ello

constituye muy exactamente lo que llamamos iniciación.

Fueron también agricultores. Jullian pasa de largo sobre este punto, pero las pruebas siguen bien patentes en esas ingeniosas utilizaciones de las pendientes escalonadas en terrazas sostenidas por muros de piedras secas que dan, a la vez, a las plantas, una humedad normal y el mejor sol para su sazón.

En los países «de piedras» abundan los campos cuidadosamente limpiados y delimitados por muretes, cuya resistencia ha desafiado siglos y milenios. Tales testimonios son también numerosos en los «parcelamientos» de comarcas ricas en prados y bosques, en que todo se utiliza para conservar las tierras fértiles contra la erosión de las aguas y de los vientos.

Pero el cultivo, si se realiza con brazos e instrumentos, exige, al menos, que tales brazos sean aleccionados acerca de su tarea y de la de las herramientas... Y se necesita un iniciador, que ha de ser algo más que un químico de terrenos: un verdadero experto en todas las reacciones telúricas y vegetales, a saber, un agrónomo.

Los antiguos quedaron sorprendidos —y Jullian después de ellos— de que aquellas gentes, aquellos ligures que resistieron a los romanos con una porfía igual o superior a la de los españoles y galos, que consiguieron más de una vez resonantes victorias, no hubieran legado el nombre de ningún caudillo, contrariamente a los otros pueblos, por lo que resulta imposible saber cómo eran mandados.

Es realmente decepcionante para aquellos historiadores —y que por cierto abundan— que consideran la Historia sólo como un conjunto de nombres... Es de creer que aquellos hombres no rendían culto alguno a la personalidad... Pero prohibir al jefe tener un nombre, prohibirle, en cierto modo, que se considerase de naturaleza superior —aun en el caso de que efectivamente lo fuese—, ¡qué sabiduría e integridad a la vez!

Resumamos lo dicho.

Desde el Neolítico o aproximadamente hacia dicho período —pero ¿dónde se sitúa el Neolítico?— hasta la invasión celta y luego la romana, los países fueron ocupados por bárbaros saqueadores e ignorantes que figuraban, sin embargo, entre los mejores obreros de la piedra y de la madera y que tenían conocimientos intelectuales sobre estas materias, así como sobre las formas de servirse de ellas.

Eran bárbaros agricultores con todo lo que ello supone de conocimiento de la naturaleza, de las estaciones y de las plantas.

Bárbaros que se dedicaban a la ganadería, con todo lo que ello implica de conocimiento físico e instintivo de los animales.

Bárbaros que eran marinos, con todo lo que ello supone de conocimientos del genio marítimo, de las maderas, del mar, de la navegación...

Bárbaros, en fin, que «manipulaban» bloques de piedra que nuestros

ingenieros actuales, con todo su material, difícilmente podrían hacerlo...

Existe aquí algo así como una deficiencia en el modo de considerar la Historia...

Sobre todo, hay otras muchas cosas que los historiadores y los especialistas en Prehistoria han evitado cuidadosamente ver...

CAPÍTULO VI LUG Y LUSINA

Los ligures que precedieron a nuestros galos, y que existían ya en los tiempos herculeanos, han dejado huellas de su existencia; y no debían nada a los bituriges, a los atrebates o a los arvernes. Han dejado nombres de lugares, muchos de ellos, nombres precélticos.

Es chocante que Jullian no haya establecido parangón, pese a ser evidente, entre la voz «ligur» y el dios «Lug». Creo que es éste quien, mucho más que la lengua, mantuvo durante mucho tiempo esa unidad occidental de la que habla dicho historiador, ya que si la lengua no resistió a las invasiones celtas, el dios «Lug» absorbió a los recién llegados, los cuales respetaron, junto con su «divinidad», sus lugares, montes, ríos y piedras sagrados.

Una gran parte de nombres de ríos de las Galias nos vienen de él, entre ellos, el de su gran río sagrado: el Loira, que fue el *Ligara* , río de Lug, y el de su «doble», de su compañero de recorrido: el Allier, *Al-Ligara* ... Y también *Loir*, *Loin*, *Loing* , aguas de Lug.

Y henos aquí frente a ese dios *Lug* , tan antiguo, que nos sorprendería verlo perdurar durante tanto tiempo si no supiéramos que los propios ligures han subsistido en las Galias, y aun en Francia, hasta nuestros días.

En tierra gala son innumerables sus lugares, no sólo aquellos en que la radical *Lug* se ha conservado intacta, como el *Lugasson* del Entre-deux-Mers, cerca de Burdeos, o el *Lugrin* de la Alta Saboya, sino también en los *Luc* que, si bien bosques sagrados, no son forzosamente *lucus* ; en los Léon y en los *Lion* (Lyon fue Lugdunum); en ciertos *Lou* , como los de *Louviere* y de *Loundun* , y sin duda, es también la raíz del *Luik* , belga y del *Lokeren* flamenco.

Reina sólo en las Galias. En la Península Ibérica lo encontramos por todas partes en que los árabes no impusieron su toponimia. El «Camino de Santiago» se halla tachonado de puntos *Lug* , desde *Logroño* , hasta *León* y *Lugo* . La costa ligur lleva todavía el nombre de «Costa de la *Luz* », y Portugal sigue siendo *Lusitania* .

En Inglaterra lo tenemos en el León gales y en *Ijondon* , que era *Lugdunum* . Está en *Leiden* , en Holanda, y un autor británico lo ve incluso en *Liéguity* , Silesia.

Ignorado por los clérigos latinizantes de nuestra Era, fue privado a menudo de sus habitats por los toponomistas... Así, Lutecia me parece un más evidente *Lugoticia* que derivado de un blanco *leucos* , demasiado griego para la antigüedad del lugar; y que de *Loups* , que nada deben al *lupus* .

Pero ¿quién era Lug? Y, ante todo, ¿era un dios en el sentido en que lo entendemos actualmente, o sea, en el sentido en que lo entendían los latinos?

Los dioses latinos, tomados de los griegos, eran dioses de «función». Hoy tenemos una manera cristiana de concebir a un dios, pero las concepciones cambian. El Dios de Israel es, sobre todo, un Dios de raza. Lo dice él mismo: «Yo soy el Dios de Israel», y establece alianza con este pueblo y dirige batallas contra otros dioses; e Israel ha de permanecerle fiel. El Ser que es Todo, aun su contrario, tanto materia como espíritu, es algo que está fuera del alcance del pueblo hebreo...

¿No ocurre igual con ese dios «Lug» que tiene el nombre de su pueblo, especie de paladín de raza o de nación, e incluso de un conjunto de la misma lengua?

Siempre resulta difícil hablar de los dioses que no se han conocido. Por fortuna, y gracias a las leyendas irlandesas, no lo ignoramos por completo. «Lug» es el ingenioso, el constructor, el mago. Es «Lug-del-largo-brazo», el activo. Tiene una caldera, en la que cuece a fuego lento unas pócimas que curan a enfermos y heridos y resucitan a los muertos. Es médico y alquimista, así como obrero universal y, como tal, tiene varias personalidades. Es demiurgo e hijo de Cian o Gian (volveremos a encontrarnos con este Gian) el Flamígero. Es hijo de Lir o Leir (y aquí tenemos un aspecto irlandés). Es hijo de Diancecht y, como tal, carpintero, herrero, atleta, arpista, guerrero, poeta, mago, médico, copero, broncista, jugador de ajedrez...

Será el padre espiritual de Cuchulain, el caballero del Ramo Rojo.

En Escandinavia es *Loke*, especie de demonio entre los dioses germanos cuando éstos invadieron la Céltica del Norte. Se convierte entonces en el «astuto», el «ingenioso», el que engaña a los demás dioses. Tal vez personifique una resistencia frente al invasor...

De la misma forma que Atenea posee una lechuza (*Glaucos*), cuyos ojos de adivina tiene y por la cual es representada, «Lug» tiene su animal, su ave, el cuervo, cuyo nombre ligur es *Lug* o *Lu*.

Veamos lo que dice Marcel Moreau de este cuervo: *Es creador y transformador. Es él quien, con el pico, llevó el limo desde el fondo de las aguas a la superficie, y Dios hizo con ese barro la tierra de los hombres. El cuervo es el dios del trueno, de la lluvia y de la tempestad, el que hace brillar la luz y ordena la vida en el más allá; enseñó a los hombres a encender el fuego, cazar y pescar; protege contra los malos espíritus...* ^[8].

Los alquimistas conservaron su símbolo en la «obra del negro», y los constructores de Nuestra Señora de París no lo olvidaron: hicieron de él el indicador del lugar donde se encuentra el escondrijo que contiene la piedra filosofal.

Pero no les gusta a los hombres desde el advenimiento del cristianismo. Lo han convertido en ave de mal agüero, en prenuncio de cataclismos, en devorador de cadáveres... Y creo que ocurrió así, y muy ritualmente, como con los buitres en la India y los cóndores en el Perú.

Aún se encuentran en Francia algunas de esas piedras planas, ni dólmenes ni

menhires, simples losas colocadas en el suelo y que presentan el aspecto de un lecho de piedra con recostadero y, a veces, con una reguera de desagüe. Se consideran a menudo como mesas de sacrificio en las que eran inmoladas las víctimas; pero ¿no serían más bien lechos mortuorios, en los que los grandes personajes, después de su muerte, eran ofrecidos, en su retorno al seno de «Lug», por mediación de su ave, aquel cuervo que era también *ordenador de la vida en él más allá*?

Según César, los galos sentían una especial devoción por Mercurio como inventor de las artes y oficios y patrono de los viajeros. César hacía aquí una identificación aproximada, pero es cierto que, por las artes y los oficios, existe alguna analogía de naturaleza entre Mercurio y Lug, y es, sin duda, la razón por la cual Mercurio fue el único dios latino aceptado por los galos; y estimo que no haría falta escarbar mucho tiempo bajo los franceses «Mercoure», «Mercoire» y «Mercoeur», para encontrar en ellos el nombre del titular primitivo del lugar: «Lug».

Adoptado por los celtas, éstos celebraban una gran fiesta en honor de Lug: la «Lugnasad», con motivo de la siega, cuya fecha correspondía al actual 1.º de agosto en Francia. Se exaltaba en ella a una tríada fecunda: *Tamos, Epona y Artos*.

«Tarnos» es el toro, el Fecundador. Es también el signo Tauro, la constelación en que se encontraba el Sol entre el 4450 y el 2300 antes de Jesucristo. Es la rúbrica del tiempo, y resulta preciosa porque vincula al dios «Lug» con aquel período en que históricamente la Céltica era Liguria.

«Epona» es la diosa del caballo. Dejó su nombre a una localidad de las orillas del Sena, Épone, y a una heroína gala: *Éponine*.

Ignoro si existe alguna relación entre el hecho de que, cuando el punto vernal estaba en la constelación de Tauro el 1.º de agosto, se encontraba el Sol en la de Virgo y de que la virgen Epona era uno de los miembros de la tríada que se recordaban en la *Lugnasad*; pero el caballo al que acompañaba era realmente aquel enigmático corcel que fue la «Gran Yegua», el «Béliard», el «Bayard» de los cuatro hijos Aymon, la cabalgadura de los iniciadores y sabios.

«Artos» es el Oso, que recibía ya culto en las cavernas de la Prehistoria. Es también la constelación en torno a la cual da vueltas el cielo...

Como podemos ver, «Lug» no fue un diosecillo cualquiera, venerado al socaire de supersticiones pasajeras, sino que tenía santuarios y dominios en todo el Occidente.

Si las invasiones del Sur, Este y Norte borraron el recuerdo de tales «dominios» en casi todo el Occidente, éstos son designados aún, en gran parte de Francia, con el nombre mismo del dios.

La primera invasión celta, la de 1700 o 1500 a. de J. C, los respetó —y es probable que los invasores lo conocieran ya—, pero no los latinos, bárbaros y árabes. El nombre de Lug desapareció de todos los lugares en que tuvo suficiente poderío...

Sólo se encuentran raras huellas de él en Provenza, aunque era una intensiva latinización apenas dejó subsistir nombres antiguos, pese al «bosque de los ligures», no lejos de Aix-en-Provence, y del monte del Lubéron.

De la misma forma, en el Este, una profunda germanización barrió todos los nombres pregermánicos, salvo en la región de Belfort, donde se conservan dos «dominios».

Aquellos nombres no se sustrajeron tampoco de las Islas Británicas a la cristianización armoricana por los bretones, expulsados por los sajones en el siglo VI de nuestra Era. Una vez cristianos, ignoraron todo lo referente a Lug y cambiaron radicalmente la toponimia de Bretaña, donde no se encuentran ya casi más que «Plou» y «Lan», parroquias e iglesias... Sin embargo, quedan aún algunos «lug» dispersos.

De la misma forma, si los «lug» abundan en los Pirineos centrales, la llanura de Toulouse, donde se concentraron los visigodos, sólo tiene ya unos pocos.

Respecto a las Landas, se encuentran sólo en la periferia. ¿Hubo allí, en tiempos ligures, algún golfo, colmado luego por los aluviones y las arenas? En lo tocante al macizo de los Alpes, la ausencia de «Lug», salvo cerca de los lagos, se explica por la impenetrabilidad de lo que a la sazón era un glaciar.

He estado buscando en vano —excepto en Cantabria— las huellas toponímicas de los ligures en la Península Ibérica, ya que la toponimia árabe lo sumergió todo, aparte algunas excepciones. Inglaterra es bretona, sajona o normanda, por lo que se interrumpieron prácticamente en ella las tradiciones antiguas. La toponimia irlandesa está fuera de mi alcance...

En la propia Francia, aunque la toponimia haya persistido bastante —como hacía notar Jullian —, no siempre es fácil atribuir el origen de un nombre a Lug, de lo cual son culpables a veces los especialistas.

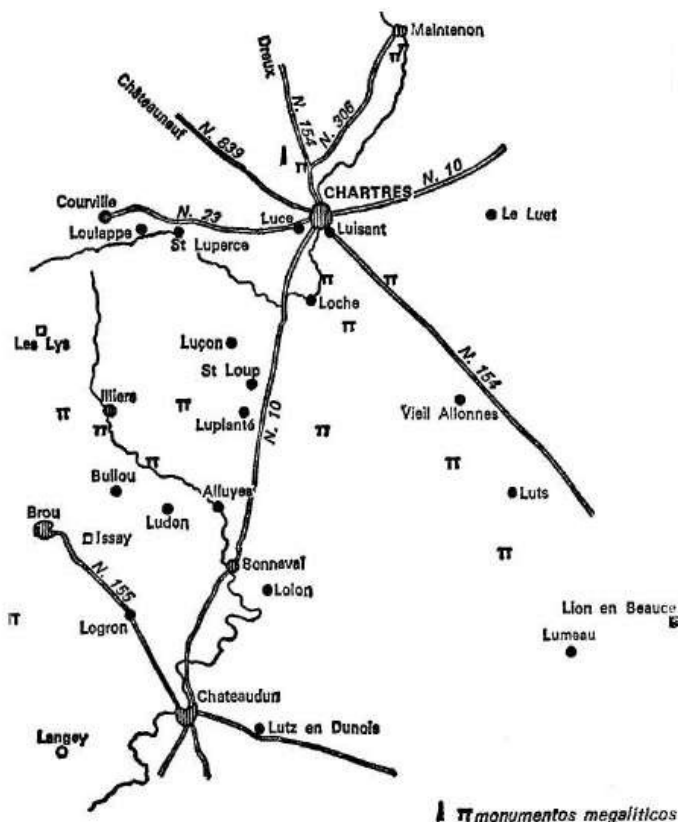
Los clérigos de la Edad Media eran latinistas y escribían no en «francés» ni en «lengua vulgar», sino en latín. Cuando tenían que designar un *lugar* en alguna acta, en vez de tomar el nombre corriente —que se prestaba mal a las adaptaciones—, lo traducían lo mejor que les permitían sus conocimientos, y a menudo se entregaban a auténticas piruetas fonéticas. Éstos son los documentos que se han conservado, y que se consideran demasiado a menudo como «originales».

Por otra parte, Albert Dauzat se limitó a hacer esto cuando tradujo el *Lugdunum*, que se convertiría en Lyon a causa de un *Lucodunum*, la fortaleza brillante. La blancura del *lencos* griego oculta al dios original, cuyo nombre está, empero, claramente indicado.

Sin embargo, hay otros muchos *Lugdunn*, aunque no sea más que *Loudun* o *hondón*. Lo que ocurre es que han sido «cristianizados», como aquel *Lugdunum* convertido en Saint-Bertrand de Comminges, o aquel otro en Saint-Lizier.

¿Y cuántos Saint-Loup no encubren un Lug original?

Por mucho que nos extrañe que *Lugdunn* haya podido dar Lyon, esto es lo que ha ocurrido. De la misma forma, el mar *Ligur* ha llegado a ser el *golfo de León*. No he podido encontrar más etimología que la de Lug para los otros *Lion*, *Lyon* o *Lyons* que abundan en Francia. Los leones eran muy raros para haber podido dejar su nombre... Y los «Léon» no son, en modo alguno, los «Lion».



Los “lugares lug” de la región de Chartres

Lyon y *Loudun* no ofrecen duda, y tampoco la ofrecen los *Lugon*, *Luchon*, *Montlugon* (monte de Lug). Lo mismo cabe decir de *Lugrin*, a orillas del lago Lemán, así como de *Lugasson*, cerca de Burdeos, o, fuera de nuestras fronteras, de las tres ciudades del «camino francés», *Logroño*, *León* y *Lugo*.

¿Y después?

Se necesita cierta cautela en la investigación. Por ejemplo, existe un viejo término, *Lu*, que significa «bosque», según se dice, lo cual no implica que no se trate de *bosque de Lug*... Y existe *Luc*, que se hace derivar del latín *lucus*, bosque sagrado... Pero ¿son latinos todos los *Luc*? Puede muy bien dudarse de ello.

Lo mismo podemos decir de *Loq* y *Loe* , que se consideran como *loci* , lugares... Y, desde luego, esto es cierto en un país latinizado.

Entonces, provisto de mapas detallados, puntué en ellos todo cuanto me pareció que pudiera tener alguna relación con el nombre del dios Lug, incluido *Luz* , que a menudo es una grafía de *Luís* ... Y una cosa parece bastante extraña: todos estos nombres figuran por grupos, como si pertenecieran a un conjunto, como si formaran parte de un dominio...

Además, en todos estos «dominios», donde se amontonan los nombres que pueden derivar de la radical «Lug», o estar emparentados con ella, aparecen monumentos megalíticos, dólmenes o crómlech. (Los menhires se hallan extendidos mucho.)

¿Se quieren algunos ejemplos?

En la zona chartriana, un «conjunto» va de Chartres a las inmediaciones de Châteaundun. En los suburbios de la propia Chartres tenemos un *Luce* y, muy cerca, un *Luisant* . Bajando, luego un *Loches* y, siempre en la misma dirección Sudoeste, tenemos un *Luçon* (con un *Saint-Loup* , no lejos, que tal vez sea una apariencia engañosa) y un *Luplanté* , quizás un «bosque plantado», aunque el verbo plantar es muy reciente para un antiquísimo *Lu* ; vienen después *Buglou*, *Montligeon*, *Bullou*, *Ludon*, *Lolon*, *Logrón* , y, finalmente, cerca de Châteaudun, *Lutzen-Dunois* .

En el centro de este dominio, que se extiende a lo largo de unos cuarenta kilómetros, *Ylliers* y *Alluyes* , situadas sobre el río *Loir* —un *Ligara* —, que cruza el «dominio» de Este a Oeste, mientras que, de Sur a Norte, corre el *Eure* , que es una Yevara, río tan sagrado como el que riega Bourges.

Hacia el Oeste, cierra el dominio *Lugny* , y, hacia el Sudeste, *Lion-en-Beauce* , al que puede añadirse *Voie-aux-Lions* , cerca de Dammarie.

Y, a continuación, ni un solo nombre que pueda emparentarse con Lug, al Oeste, hasta Mamers, donde surge otra concentración; al Norte, salvo un posible *Lahons* , cerca de Dreux, hasta *Louviers* ; al Este, hasta Montargis.

Ahora bien, desde Maintenon —en que todavía existen los que fueron tal vez dos dólmenes, pero más probablemente una alineación de éstos formando una galería—, hasta Brou, hay un trazado en forma de almendra en la que se acumulan dólmenes y piedras megalíticas que no han sido contados aún en su totalidad. Además del dolmen que se encuentra bajo la catedral de Chartres, hay uno, al Sur, en Morancez; otro, en un bosquecillo, entre Berchères y Sours, y, en fin, una «concentración» hacia Ylliers y Alluyes, a lo largo del Loir, donde existirían varias decenas.

Hay, pues, al menos por lo que respecta a este lugar chartriano, una correspondencia entre los monumentos megalíticos y los lugares «Lug».

¿Otro ejemplo?

En el Entre-deux-Mers hay un pueblo, *Lugasson* , que no puede renegar de su origen.

Ahora bien, y asimismo dentro del trazado de una especie de almendra, de la cual dicho pueblo es, poco más o menos, el centro, se encuentran: *Lugon* , cerca de Libourne; *Lussac*, *Loupes*, *Lignan*, *Lugaigac*, *Listrac* , dos bosques *Luc* , al Este y al Oeste, y otros dos, uno al Sur y el otro al Norte, que trazan una cruz inclinada, cuyo centro es *Lugasson*; *Loupiac* y *Langon* con *Léognan* , al Oeste; y, al Este, *Ligueux* , junto a Sainte-Foy-la-Grande...

Y, a continuación el vacío...

En este «dominio», en que Bélen y Bélisama se instalaron luego fraternalmente^[9] , hay, por lo menos dos dólmenes no destruidos, dos alineaciones formando galería... Y los restos de otros muchos dólmenes, rotos por los bienintencionados de nuestra Era, y que han permanecido *in situ* , en el bosque de *Luc* .

Bélen y Bélisama vinieron a unirse a Lug, y luego, tras ellos, Cristo y la Virgen. Como en el dominio de Chartres, que tiene catedral y abadía, el de Lugasson comprende Sauveterre-la-Grande y Blasimon (que conserva el nombre de Bélisama), con peregrinación, como en Chartres, a una Notre-Dame-de-Bonne-Nouvelle, que sería, según creo, una nueva *Bonne-Dame* ...

He tomado estos dos dominios sólo como ejemplos, pero hay otros muchos, que se encuentran fácilmente pese a la antigüedad del nombre del dios. Por tanto, se ha de admitir que aquél ha sido particularmente respetado.

Lo que ocurre es que el nombre está alterado, aunque no mucho; en todo caso, es reconocible. Sólo la vocal es poco estable; así, en general, la U se transforma en A, como en *Lagny* , o en AN, como en *Langon* ; es también OU o I. A veces la G se convierte en S o Z. *Lug* aparece en forma de *Lus* o *Luz* . En cuanto a la desinencia, que indica el lugar, sigue las reglas de los dialectos. *Lussy* o *Lixy* es *Lucquy* hacia el Este; *Luqay* , en Poitou, Touraine y Berry, donde puede ser *Luchy* ; clásicamente se convierte en *Lussac* en el Bajo-Poitou, Limousin, Périgord y la Auvernia, donde a veces degenera en *Luchiat* .



Los “lugares lug” de Entre-deux-Mers

Tiene también otras desinencias, que, sin duda, se refieren a circunstancias, singularidades y cualidades que no comprendemos ya, como esa *Lugotitia*, que parece haber dado lugar a *Lutéce*. Sea como fuere, una cosa es notable: que *nunca* se acopla a una desinencia latina: ni *Locus* ni *Villa* por Lug. Lug es anterior a Roma, y el galorromano no «hace» ya lugares «Lug».

Además, Lug tiene su compañera, su páredra, «Lugina», que casi siempre se convierte en *Lusina*; la vieja «Madre Lusina», que pasó a los cuentos populares con el nombre de *Melusina* y para la cual el pueblo guarda aún cierto afecto, ya que jamás obra mal en sus leyendas.

Lusina es para Lug lo que será Bélisama, en la Era siguiente, para Bélen: la apariencia material del dios, a la que éste puede fecundar.

Todo el poder creador de Lug no es nada sin lo físico, sin la materia para fecundar...

La leyenda, llegada hasta nuestros días, ha hecho de Melusina la gran constructora. Ha sido vinculada —no sé cuándo— a la aventura de los Lusignan...

La leyenda es bonita.

He aquí que un joven de Poitou, llamado Raimondin, se encontró —cuando cazaba y acababa de matar accidentalmente a su tutor, el conde Poitiers— con un «hada» junto a la fuente de Cé (de sed). Se enamoró de la hada y ésta lo amó.

Se casó con ella y, gracias a sus consejos, pidió a su señor, a título de feudo, la extensión de tierra que pudiera abarcar una piel de ciervo, y Melusina, cortando ésta en una delgada tira discontinua, obtuvo una «cuerda» que comprendía, junto con el emplazamiento actual de la ciudad de Lusignan, muchas otras tierras, bosques y prados (cordel geométrico en el que se descubre la «ingeniosidad» de Lug...).

Luego, ella emprendió la construcción de castillos con multitud de obreros, que hizo venir no se sabe de dónde y *los albañiles realizaban tantos trabajos y tan de prisa, que cuantos pasaban por allí quedaban pasmados...*

En un an fit la Dame belle

Le bourc et le château de Melle

Aprés fit Mouvant et Mervent

Et puis la Tour de Saint-Maixent...^[10]

Ahora bien, esta Melusina tenía una sorprendente particularidad. En determinados días había de esconder los pies, porque éstos traicionaban su origen y se transformaban en cola de pescado o serpiente, e incluso, según otras leyendas —pormenor que volveremos a encontrar—, en patas palmeadas como las de una oca, de una *auch*, de una *oue*, de una *ouche*, como se decía en los antiguos lenguajes. Es «pata-de-oca»..., de oca o de cisne, del cisne de cantar armonioso, tan caro a la gesta de Irlanda... Y su nombre tal vez fue *Lugcisne...*

Y cuando Raimondin de Lusignan, con menosprecio de su juramento, descubrió su secreto, ella desapareció para siempre.

Si Lug dejó en la antigua Liguria los nombres de sus lugares más o menos sagrados o consagrados, Lusina nos legó también los suyos, y no sólo en tierras del Lusignan de Poitou, sino en muchos otros lugares...

Sigue estando en *Lusigny*, Champagne; en el Barse, donde no hace mucho se le ofreció un depósito repleto de aguas del Sena cerca del misterioso bosque de Oriente^[11]. Encontramos luego en Haute-Loire, *Lézigneux*; en Poitou, *Lusignan* y *Léznac*; y *Léznac* y *Lusignan*, de nuevo, en Limousin; *Lusigny*, en Touraine; *Luzeray*, en Berry; en Carcassés, *Léznac* y *Lignan*, que es una

contracción; en los Pirineos Orientales, *Lézignan* ; en Albigeois, *Luzièrès* ; y *Lucières* otra vez en el Beauvaisis; en Avignonnais, *Lédignan* ; en Périgord, *Lusignac* ; en Lyonnais, *Luzinay* ; en Auvergne, donde se pronuncian de buen grado la c y la s como ch: *Lignac* ; en Nivernais del Loire, *Luzillé* ...

Sin duda, olvido algunos, pero la constante misma del nombre, apenas deformado, pese a las dialectizaciones y aun a las diferentes lenguas, muestra claramente la unidad de lo que fue una misma creencia —o una misma tradición— y, en todo caso, un mismo culto y un mismo respeto...

Tampoco Melusina está muy lejos de los lugares en que se acumulan los dólmenes, aunque su reino particular parece ser el manantial, como pretende la leyenda...

Lug es de aire y fuego; Lusina, de tierra y agua. Es la Tierra madre, aunque los secretos de su naturaleza y origen permanecen ocultos, excepto para sus servidores, aquellos obreros que van de obra en obra y «trabajan» tan aprisa y bien que, a través de sus manos, han adquirido conocimiento de esa naturaleza...

Detalle legendario y revelador: las construcciones que ella levanta se construyen al son de una música que actúa sobre las piedras, las cuales van a colocarse por sí mismas en el lugar que han de ocupar (transposición de una armonía sonora en geométrica...).

La leyenda es gremial.

En cuanto a Raimondin, que ha conseguido sus favores por su gran amor, cuando quiere sorprender su secreto, no por investigación, sino por espionaje, ella lo abandona junto con su prole, lanzando un imponente clamor...

Pero de Lug o de Lusina, hemos de volver a nuestros Lieudits...

CAPÍTULO VII LA ESPIRAL DEL DIOS LUG

Cuando se observan en un mapa las concentraciones de nombres derivados del de Lug o del de Lusina, se comprueba que su sucesión traza curvas concéntricas en el suelo de Francia; y si se intenta realzar el dibujo de estas curvas, se comprueba que no son en realidad concéntricas, sino que corresponden a una espiral.

Resulta «aberrante», como dicen los tecnócratas, y, sin embargo, es así. Hay una espiral semejante a aquella cuyo dibujo se descubre en los montantes de ciertas galerías cubiertas.

Habría podido hablarse de casualidad o coincidencia si sólo se hubiera tratado de elementos en espiral; pero al haber «faltas» en las comarcas de toponimia reciente, esta espiral se desarrolla —y muy regularmente por cierto— en la mayor parte de Francia.

No es el resultado de accidentes geográficos, pues no acompaña a éstos. Se descubre a través de nombres puestos por seres humanos.

No hay dispersión ni desorden, sino concentración organizada, persistente y, por tanto, tradicional.

Y por el hecho mismo de tratarse de lugares consagrados a Lug, esa tradición es ligur. No gala, desde luego, sino anterior.

Por lo demás, la existencia de monumentos megalíticos en esos parajes demuestra que dicha tradición data de un período más antiguo que el «céltico».

Pero la espiral en cuestión, que enlaza lugares con determinadas particularidades, implica que se trata aquí de un camino que guarda alguna relación con el dios Lug y los monumentos megalíticos.

Un camino se hace para ser recorrido, para ir de un lugar a otro; ahora bien, el camino más corto de un punto a otro no es ciertamente la espiral. No cabe hablar, pues, de una vía utilitaria, por lo menos en sentido material, sino sólo de un camino de iniciación, de un camino de peregrinación.

No me hago ilusiones. Hay, sin duda, una gran cantidad de errores en lo que sigue. Por una parte, no puedo tener la pretensión de conocer todos los lugares consagrados a Lug y, por otra, no me es posible asegurar que no he atribuido a Lug puntos que tienen otro origen.

Así, los *Lignére*, *Ligneux* y *Ligny*, cuyo origen toponímico podría muy razonablemente sostenerse que es el lino; *Lignére*, que podría ser fácilmente una corrupción de *Uniere*, campo de lino... Y, sin duda, a veces ocurre así... Sin embargo, esto no ha logrado detenerme —salvo en casos de evidencia—, ya

que los *Ligny* se hallan a menudo contiguos a los *Logny, Lagny, Leugny* y *Lugny*, totalmente ajenos al lino.

Por otra parte, los sitios «Lug» forman conjuntos coherentes y determinados espacialmente, y no creo que los dobles errores que pueda haber cometido anulen, por algún defecto, el conjunto, el cual no sería entonces más que una obra de imaginación. Los lugares atribuibles a Lug existen, forman grupos y están dispuestos sobre el mapa de Francia según una curva en espiral.

No es posible trasladar a un mapa a pequeña escala como el que permite el formato de un libro, todos los nombres derivados de Lug; sólo cabe indicar el perímetro de los grupos que constituyen. Para facilitar la lectura, he señalado cada «dominio» con un doble nombre, el cual contiene el derivado de Lug que me ha parecido más «elocuente» y el de la vasta aglomeración actual que engloban o de la que se hallan cerca, ya que estos dos nombres son a veces el mismo, como en *Loudun*.

He aquí la enumeración de estos «dominios» partiendo del centro de la espiral, que se desarrolla en el sentido de las agujas de un reloj.

Conviene observar, aunque, sin duda como una coincidencia, que el centro de la espiral engloba, junto con el misterioso bosque del Troncáis, el lugar de *Meillant*, que se traducía en latín por *Mediolanum*, el «medio», y que, aun no teniendo origen latino, significa el «centro». Comprende también este lugar en que un límite geográfico señala el centro de la Francia actual en *Al-lichamp*.

He de dejar a los especialistas la misión de decidir si no se trata del «otro campo de Lug», de igual forma que el Al-Liger es el «otro Liger», el otro Loire...

Pasado este centro, se entra uno en los dominios de Lug por:

1.

Montllugon

, que es, con toda evidencia, un monte Lug, en torno al cual se agrupan:

Lindron, Lubin, Lissieux, Loussédât, Ligondeix, Lézignat

y

Lignerolle

(hay monumentos megalíticos en

Saint-Léon, Arfeuüles, Hyds, Estivareilles, Toulx, Fierres Jaumâtres

y, evidentemente, los conjuntos más o menos destruidos de

Néris-les-Bains

).

2.

Argenton-sur-Creuse: Lourioux, Luchat, Lignat, Lignand, Luzeret, Luzeraye
(dólmenes en los alrededores de Orsennes y de Saint-Benoit-du-Sault).

3.

Bourges

: dominio que parece centrado sobre la

Fierre du Lu

, monumento megalítico cerca de Mehun-sur-Yèvre; pueblos de
Lizeray, Le Luc, Lichy, Lochy, Ligny, Lizeray, Lisson, Liniez
(dolmen),

Lucat-le-Libre

(dolmen), etcétera.

4.

La Charité-sur-Loire

, con

Lugny, Le Lignon, Jalognes, Alligny

, etc., y un lugar:

Deux Lions

.

5.

Nevers

, con

Le Grand Luge, Lutheray, Ligny, Lucy, Alluy, Luzy

y

Luzigny

6.

Vichy

, con

Liernelle, Luneau, Le Louzet, Lourdy, Luzat, Luzillat, Lezoux, Lignat

(centro megalítico de

Pierres Courtines

, cerca del Mayet-de-Montagne),

Ludesse, Lignat, Lugeac, Lübilhac, Le Luguët, Loyes, Lugarde

, etcétera.

7.

Ussél

, con dos

Liginiac, Luc, Loupiac

, etcétera.

8.

Saint-Léonard-de-Noblat

(la voz «Noble» se ve en algunos lugares y parece la transcripción de un término antiguo que tiene, sin duda alguna, relación con una no menos antigua nobleza... Habremos de volver sobre este Saint-Léonard, que comprende en su dominio un

Masléon

), con

Le Luc, Ladina, Bos-Luguët, Lubersac, Leycuras, Ley-Lussac

, etcétera.

9.

Lussac-les-Châteaux

[12]

, con

Alloue, Lessac, Luchapt

(túmulo),

Ligugé, Lauthers, Leignac

, etcétera.

10.

Loches

, con

Lussé, Lurcis, Leignay, Luzé, Lugay, Loche, Lusigny, Logré

, etc. (megalitos muy numerosos y, particularmente, un crómlech cerca de Loches).

11.

Beaugency

, con

Ligny, Le Lude, La Luzière, le Grand Lus, Lorges, Lussay, Loury

, etc. (muchos megalitos).

12.

Montargis

, con

Le Grand Luat, Loincis, Lion-en-Sulias

(cerca del cual se encuentra Saint-Gondon, ex

Nobiliacum

, otro lugar «Noble»; túmulos y numerosos megalitos),

Louesme

, etcétera.

13.

Auxerre

, con

Loucy, Lenguy, Ligny

...

14.

Avallon

(cuyo nombre está ciertamente relacionado con la manzana...), con

Lucy

y dos

Lucenay

... (los vestigios son menos abundantes en tierra burgundia; la invasión burgundia llegaba ya cristiana e ignorante de los ritos precedentes).

15.

Autun

, con

Lusigny, Lugny, Lux

, etcétera.

16.

Charolle

, con dos

Lugny, Luxy

, etcétera.

17.

Le Puy

, con

Lerigueux, Lézigneux, Loussel, Langeac, Loudés, Locassol

, etc. (en esta región, entre el Loire y el Allier, ríos esencialmente ligures, parece que pueden contarse como «lugares Lug» aquellos que, bajo la ocupación romana, fueron consagrados a Mercurio, que los latinos habían asimilado al dios ligur).

18.

Saint-Flour-Aurillac

, con varios

Luc, Loudière, Mercoeur, Ligones, Lez, Leucamp, Ladirihac, Alleuze y Alleuzet

, etc. (muchísimos megalitos).

19.

Fígeae-Brive-la-Gaillarde

, de nuevo con un

Mercoeur, Lignérac, Carlux

(piedra de Lug),

Larpias, Lunegarde

(«cerca»).

20.

Nontron

, con

Lézignac, Ligueux

, etcétera.

21.

Luzignan

, con

Luché, Alligny, Louresse, Loubille, Luzant, Villognon

, etcétera.

22.

Loudun

, que fue, sin duda, un

Lugdunn

, fortaleza de Lug, con

Alligny, Louresse, Lerné, Lonzy, Lizzay, Luchet, Louin

(con —muy cerca— un

Saint-Loup

encargado, a buen seguro, de disimularlo),

Véluchay

, etc. Volveremos sobre este «dominio», que parece haber tenido una importancia muy considerable y en el que abundan los monumentos megalíticos.

23.

La Fleche

, con el

Grand-Lucé, Ludon

(otra vez un

Lugdunn

),

Luble, Lunay

y

La Lugotterie

, que no disimula su nombre, etcétera.

24.

Chartres

, con el centro de las márgenes del Loir, del que ya hemos hablado.

25.

Lutèce

(que, por lo demás, puede formar parte de otra espira), con

Lagny, Lognes, Lugny, Boulogne

, etc. Esta región, singularmente difícil de leer en los mapas, tenía aún en la Edad Media muchos monumentos megalíticos, aunque sólo fuera aquella piedra llamada «Pet au Deable», en torno a la cual François Villon escribió un romance que, por desgracia, se ha perdido. Había también un crómlech en Nanterre, donde está emplazada ahora la nueva universidad.

26.

Provins

, con

Lizy, Luzetaine, Lussin, Lonay, Liours

y, sin duda,

Vauluisant

.

27.

Troyes

, con

Lusigny, Luzére, Lisson, Lirey, Lasson

, etc.

28.

Aignay-le-Duc

, con

Lucey, La Lucine, Locheux, Luxerrois

, etcétera.

29.

Louhans

, con

Loisy, Luvennet

y, sin duda,

Coligny

.

30.

Lyon

, con

Lucey, Lhuis, Loisieux, Lusinay

, etcétera.

31.

Privas

, con

Lussas, Livron, Lyas, Saint-Étienne-de-Lug-darés, Luc

, etcétera.

32.

Rodez

, con

Lugard

(otro cercado de Lug),

Lioujois, Lugans, Loubers

(?),

Lunaguet, Laissac

, etc. Esta región del Aveyron es, sin duda, la más rica de Francia en monumentos megalíticos. Algunos pueblos cuentan con varias decenas de dólmenes.

33.

Cahors

, con

Lugagnac, Lussas, Lauzerte, Lunogne, Loubejac

(?).

34.

Libourne

, con el ya citado dominio de

Lugasson

.

35.

Pons

, con dos

Lonzac

y

Lussac

, etc. Es el único dominio de Lug que parece romper algo la regularidad de la espiral.

36.

La Rochelle

, con

Luisant, Liqueil, Luché

, dos

Loiré, Lanson

, etcétera.

37.

La Roche-sur-Yon

, con

Légé, Léré

y, sin duda,

Loublande

y un

Lion

.

A partir de este punto entramos ya en lo incontrolable, pues la toponimia ha sido muy cambiada por las distintas invasiones. Además, el atormentado perfil de las costas de Francia no permite proseguir el desarrollo regular de la espiral que cabalgaría sobre los mares.

Queda en Bretaña un lugar *Logan* , cerca de Quimperlé; algunos parajes, señalados ya alrededor de la bahía de Douarnenez; un *Logonas* , cerca del Faou, la región del *Léon*; *Loudéac* (?) y *Coétlogon* y un *Lehon* , mucho más cierto, cerca de Diñan.

La Normandía del litoral no sale más favorecida, con sólo *Valogne* , en el Cotentin; *Lison*, *Loucéle* y *Lion-sur-Mer* .

En las inmediaciones de Mamers reaparece una nueva concentración, con *Lucy*, *Louvigny*, *Livet* y *Louzés* , que parece extenderse hasta *Lousé* y *Lignon* , cerca de Argentan.

Hacia las regiones del Norte se encuentran sólo puntos aislados: *Louviers* y *Lucy* , cerca de Neufchâtel-en-Bray; un grupo de tres: *Latieres*, *Lihes* y *Lugny* , al norte de Beauvais; *Lihons* y *Licourt* , cerca de Péronne; *Lucy* y *Boulogne* , al Norte; *Lokeren* , al oeste de Amberes; *Lugny*, *Grand-Lup* y *Logny* , no lejos de *Laon*; *Le Lohan*, *Lucy* y *Loisey* , cerca de Épernay; una pequeña concentración (*Louppy*, *Lissey*), cerca de *Lion-de-des-sous-Dun* (Meuse); *Loisey*, *Louppy* y *Loxéville* , cerca de Bar-le-Duc.

El Este está mejor provisto: además de tres «puntos» *Lussey*, *Lessedy* y *Lubine* , cerca de Saint-Dié, encontramos un importante dominio de Lug en toda la región de *Lwceuil* , otro alrededor del lago Neuchâtel y un tercero en ambas orillas del lago Lemán.

Los Alpes nos dan *Luc-en-Diois*, *Lucet*, *Luz-la-Croix-Haute* , y Provenza, además del «bosque de los Ligures», *Lorges*, *Largues* y *Le Luc* (cuyo origen no es muy seguro...).

Pero volvemos a encontrar nuestra espiral, y claramente dibujada, después del paso del Ródano, en la región de:

a)

Uzés

, con

Lussan, Lézan, Liouc, Lunel, Lirac

...

b)

Béziers

, con

Lunas, Lauras, Lagamas, Lignan, Leigné, Lucan, Linas, Lézignan-Corbières

, etcétera.

c)

Pamiers

, con

Lusac, Ludiés, Lugénac, Lieuc

, etcétera.

d)

Saint-Bertrand-de-Comminges

, que fue un Lugdunum, con

Saint-Lizier

, otro

Lugdunum; Boulogne, Monléon, Loudet

, etcétera, una extraordinaria concentración que es igualada sólo por su vecina.

e)

Bagnères de Luchon

, con

Lézignan, Lourdes, Luz

, etc.

f)

Olotón

, con

Mauléon-Licharre

...

La llanura de Toulouse no rae ha dado más que un *Lugan*, pero la ocupación visigoda, concentrada, sobre todo, en este punto y, como la burgundia, cristiana ya, hizo, sin duda, el vacío.

En fin, algunos nombres diseminados, que podrían emparentarse con Lug, aparecen en el contorno de las Landas, tales como *Luxey*, *Lugaut* y *Luchardez*, que tal vez sean aportaciones ulteriores, pues la región no presenta señales de haber estado habitada en épocas remotas...

Esta espiral o, por lo menos, lo que nos queda de ella, parece de por sí muy extraordinaria, data, como mínimo, de tres milenios antes de nuestra Era y, además, en lo que nos resta se descubren ciertas alineaciones.

Por citar sólo una, si unimos *Lyon-Lugdunn* con *Loudun-Lugdunn* por medio de una línea recta —lo cual no es tan sencillo, ya que los mapas constituyen la proyección de una superficie curva sobre una plana y, a causa de ello, la distancia más corta de un punto en la esfera terrestre se proyecta sobre el mapa siguiendo una curva; por tanto, se ha de calcular...— esta recta *Lyon-Loudun*, convertida en curva, pasa por los siguientes puntos:

Lyon —ligeramente al norte del desfiladero de la Luére; Léré, Monloup —La Pierre encise, no lejos de Glozel—, Vichy y sus antiguos manantiales—, *Lecholle*, *Louroux*, *de-Bouble* —algo por debajo de *Louroux-de-Beaune* (Beaune, por Bélen)—, *Montlugon*, *Lignerolles* —ligeramente al norte de *Limanges*; *Lingé*, cerca de *Lureuil*; *Lézigny*, sobre el Creuse—, *Oyré* con sus alineaciones de dólmenes —*Leigné-sur-Usseau*, *Loudun*, *Le Luc*, *Laigné*, *Lucet* —, sur de *Ligné* ... y, unido directamente al centro de la bahía de Dournenez, allí donde Ys duerme su eterno sueño submarino... cerca de la punta de Luguéné.

La naturaleza, el azar o los hombres han hecho verdaderamente bien las cosas...

Pero esto no es todo...

En algunas de estas regiones consagradas a Lug, la tierra ejerce extrañas influencias sobre los hombres que viven en ella, las cuales no dejan de estar relacionadas con las cualidades que la tradición atribuye al dios-mago.

Lyon, por ejemplo, ha sido considerada siempre como una ciudad singularmente misteriosa. Durante mucho tiempo fue —y es aún, según creo— un centro de estudios esotéricos, y gran número de alquimistas vivieron en ella. Sigue siendo un plantel de hechiceros de todas clases lo mismo que de artistas, escritores y notables artesanos...

No voy a caer tampoco en el ridículo de descubrir el influjo de esa «montaña Sainte-Geneviève», antes una colina de Lug y que fue *Lutèce*, influjo que, ejercido sobre naturalezas fuertes, puede dar grandes hombres, pero que, sobre naturalezas más débiles, puede conducir también a los agitadores de Saint-Marcel...

En *Loudun*, uno de los dominios más característicos de Lug, hubo, entre otras, unas religiosas histéricas que abrumaron con denuncias y acusaciones de brujería a un sacerdote, un tanto atormentado por el «espíritu», llamado Urbain Grandier, que fue quemado con la mayor tranquilidad...

La ciudad de *Louviers* —que debe de tener, aunque sólo sea por el nombre, alguna relación con Lug— conoció en el transcurso de los siglos, sus «poseosos», religiosos o seglares, en tiempos de la *gran brujería*, y en 1591 fue escenario de la extraordinaria historia de aquella «posea», Francoise Fontaine, que tenía comercio carnal con el Diablo —en condiciones, por lo demás, poco agradables— y que, durante sus crisis, y ante testigos, se ponía en estado de levitación tan evidente, que hizo falta, en varias ocasiones, agarrarse a ella para hacerla volver al suelo, y ello en presencia de alguaciles oficiales y magistrados que dieron testimonio acerca del particular en procesos verbales debidamente firmados y legalizados (B. N. Fonds français, n.º 24.122).

En *Luxeuil*, en el Alto Franco Condado, allí donde los relatos antiguos presentan el bosque como un mundo de maravillas^[13] y donde el diablo tentó a san Columbano, los hechiceros celebraban aquelarre en la Pierre du Diable, en Valvert (hay otro Vauvert). Y cada cien años había que empezar de nuevo los procesos de brujería, con sus inevitables torturas, hogueras, etcétera.

En Suiza se celebraron procesos de brujería en la región del lago de Neuchâtel, donde surgió, según dicen, la civilización de La Tène y donde se encuentran lugares señalados: *Lüchertz*, *Lugnorre* ... También en Lausana, en torno a la cual encontramos *Lussery*, *Lulli*, *Lutry*, *Lussy* ...

La gran brujería del Cotentin se centró en *Valogne* y la del Berry, en Sancerrois, donde, cerca de *Deux-Lions*, hay todavía un *Vaullogne* ...

La Pierre du Lu, en la Sologne del Berry, cerca de Mehun-sur-Yèvre, era venerada por los brujos locales, y los «conductores de lobos» acudían allí con su negra manada...

Y muchos otros casos...

A propósito de estas piedras y lugares se nos brinda una alternativa:

O bien las «competencias» dieron antaño esta denominación de Lug a unos

parajes en que el suelo ejercía ciertos influjos sobre los hombres, y éstos «señalaron» dichos lugares con piedras, dólmenes u otros, o bien individuos muy sabios erigieron tales monumentos para originar ese influjo sobre los hombres... Y los primeros cristianos consideraron que esa ciencia no podía ser sino diabólica, y de aquí la empresa de demolición de las «piedras de idolatría».

No es imposible que se conjugaran ambas cosas.

Por nuestra parte, tendemos a atribuir esta espiral geográfica a unos hombres a causa de su aspecto geométrico, pero no podemos por menos de reconocer que la naturaleza obedece a leyes, cuyas apariencias somos capaces de ordenar.

Así, las sales cristalizan siempre de forma idéntica. Cada cuerpo sigue una ley de cristalización, que se comprueba sin poder explicarla. Ello forma parte, en cierto modo, de la naturaleza del cuerpo, de su *personalidad*, podríamos decir. Cada cuerpo tiene su cristal, y estos cristales constituyen «familias» en número de siete.

Cabe, pues, suponer que todo cuerpo sería amorfo y tendría una organización interna, con sus líneas de fuerza, cuyo aspecto es geométrico.

Por tanto, también puede suponerse que la tierra, como «cuerpo» con personalidad propia, responde, en su formación, a una organización interna que tiene sus «líneas de fuerza», corrientes y propiedades, que se estructuran geométricamente.

Vista desde esta faceta, la existencia de figuras geométricas, que pueden ser sensibles y no aparentes por ello, no parece ya de ningún modo absurda, y tales «líneas» pueden desarrollarse en forma de espirales o según otra figura distinta.

De ello se derivarían dos consecuencias: sobre el recorrido de esas «líneas» geométricas, la «esencia» misma de la tierra sería diferente, diferencia que podría ser utilizada, mediante conocimiento instintivo o razonado, por el hombre, las plantas o los animales, y el «monumento» podría ser un «medio de utilización». Existiría, pues, en este caso, una combinación de aportación terrestre (de dádiva de la tierra) y de empleo científico de ésta.

Por otra parte, el símbolo de la espiral trazado sobre gran número de monumentos megalíticos no sería una «construcción» de la mente con significado más o menos confuso, sino una representación de un hecho verificado y una transmisión de su conocimiento.

En nuestro tiempo, en que la Ciencia tiende a ser sólo estadística, sería de gran interés investigar el influjo de estos lugares Lug, tan obsequiosamente señalados por los antiguos, sobre el comportamiento de los hombres y, en especial, de los artistas, artesanos, médicos, curanderos e ingenieros.

Para fijar más precisamente las ideas en un caso típico actual, es indudable que en Lourdes se operan milagros, y lo es también que éstos son realizados

por medio de la Virgen, ya que se producen sólo después de invocaciones dirigidas a Ella... Sin embargo, son milagros que se dan en Lourdes y no en cualquier otra parte. Sea cual fuere la universalidad de la Virgen, ella obra, entre otros lugares, en Lourdes. O sea, que el sitio es partícipe, como en todas las peregrinaciones. La acción es combinada.

Ahora bien, Lourdes es también un lugar Lug, según indica sus nombre. *Ur*, en vasco, significa agua. Lourdes es el *agua de Lug* ... Pero de Mauléon-Licharre a Bagnères-de-Luchon, todos los Altos Pirineos constituyen dominio de Lug.

Si las cualidades reconocidas a Lug son las de ciertos parajes terrestres, es natural no encontrar escultura alguna y ni siquiera grabados que lo representen. Personalizar las fuerzas es arriesgarse a minimizarlas o transcribirlas falsamente, y en este caso es más seguro recurrir a un símbolo animal. Esto es lo que se hizo para personalizar las fuerzas zodiacales y, en lo que atañe a Lug, por el cuervo y la oca.

El cuervo cambió de nombre, por lo que no volveremos a encontrarlo más; pero no ocurre lo mismo con la oca, de la cual tendremos que hablar de nuevo, y ampliamente...

Pero aún no hemos terminado con la espiral de referencia. Nos quedan otras por insertar en la misma: las de los «Lions».

Se desconoce con exactitud el origen de la palabra Lion en nuestro Occidente, lo mismo que el de su grafía «Léon». Todo cuanto se sabe es que la radical de formación es, sin duda, Lug, como indica la transformación de *Lugdunn* en Lyon o la del Mar ligur en «golfo del Lion».

Parece tratarse, en realidad, de la misma voz que encontrábamos bajo las formas *Lihon*, *Louhans* o *Luant* ...

En Francia, estos lugares «Lion», parecen dispersos y sin orden. A veces están aislados y, en ocasiones, incorporados a las concentraciones de Lug...

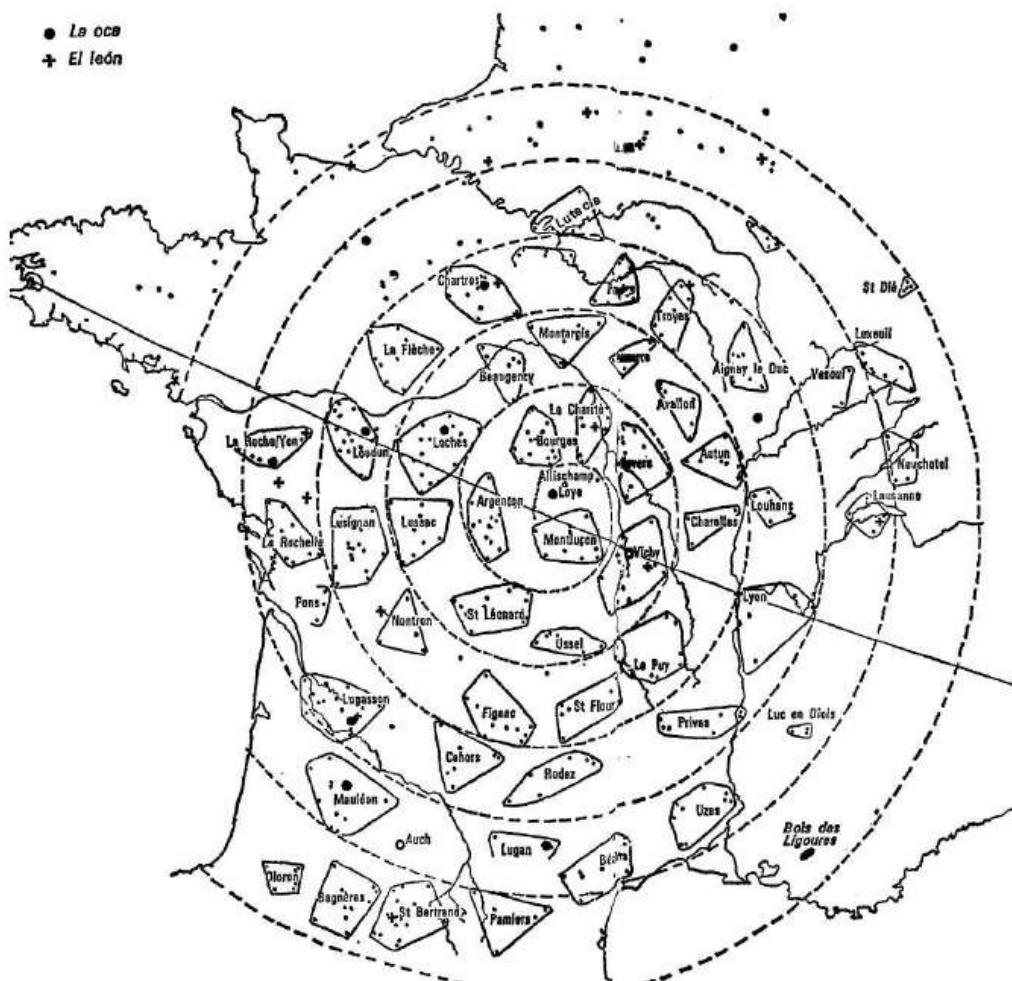
Aunque parecen distribuidos al azar, si, partiendo del centro de nuestra espiral, se intenta unir, por medio de un movimiento que gire en el sentido de las agujas de un reloj, estos lugares «leoninos», se obtiene una nueva espiral bastante regular, si bien de razón superior a 1, es decir, una especie de caracol que se desenvuelve así:

Centro: *Luant*, *Deux-Lions*, *Lyonne*, *Louans*, *Lion-en-Beauce*, *Lyon*, *Lion* (en Charente), *Lion-d'Angers*, *Lyons-la-Fôret*. *Grand-Lup*, cerca de *Laon*, *Lion-devant-Dun* (en el mapa con línea de trazo interrumpido).

Y si de este mismo centro partimos en sentido inverso, o sea, en el sentido contrario a las agujas de un reloj, obtenemos otro caracol que se desenvuelve así:

Centro: *Pierre-du-Lu*, *Luant*, *Lyonne*, *Lion-en-Sulias*, *Louans* (cerca de Loches), *Lyon*, *Louhans*, *Loge-Lyonne* (en la selva de Oriente), *Lahons* (cerca de Dreux), *Lion-d'Angers*, *Lion* (cerca de La Roche-sur-Yon), *Mauléon*, *Saint-Lizier*, que

fue un *Lug-dunum*, *Golfe du Lion* (en el mapa, con línea de trazo continuo.)



La espiral del dios Lug

Y, sin duda, existen otros... Que saque cada cual de ello la enseñanza que pueda... pero, por lo que a mí respecta, me acuerdo de que en Berry, en lenguaje popular, un caracol (limacon en francés) es un *luma* , quizá contracción de *Lumaçon* ...

Evidentemente, Lumacon equivale a «magon de Lug» (albañil de Lug). Por supuesto que ello es ridículo... Aunque se desconozca el origen de la palabra *magon* y a los compañeros de antaño les gustara dejar, a modo de señal, unas *lumas* esculpidas en sus adornos.

Pero ¿cómo concebir que aquellos honderos ligures, por mucha que fuese su habilidad manual, tuvieran tal conocimiento no ya de la naturaleza —que conocían, a buen seguro, mejor que nosotros—, sino de geografía...? Y, sobre todo, de una geografía que postula el conocimiento de la redondez de la Tierra y su medición...

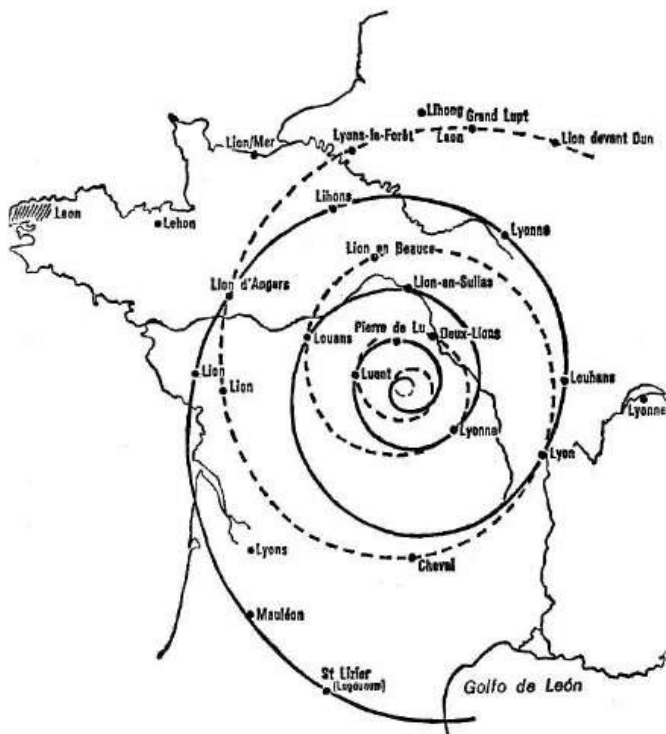
Que postula la posesión de un mínimo de medios científicos, análogos a los nuestros o distintos, pero, a fin de cuentas, científicos.

Ahora bien, todas las personas bien informadas de otro tiempo nos presentan a esos lejanos antepasados como muy atareados en partir piedras para matar al enorme uro...

Y quizá tengan razón...

Pero, entonces, dicha ciencia —no puede uno llamarla de otro modo—, ¿no procedería de otra parte? ¿De otras gentes que, de no tallar el sílex, no dejaron señal alguna de sus industrias, ya que sólo la piedra resiste el paso de los milenios?

Camille Jullian veía en los ligures al «pueblo de los dólmenes». En cierto sentido, tenía razón —para el Occidente—. La prueba de ello nos la dan los montones de megalitos en los «dominios de Lug».



Las espirales en “lumas” de los “lugares Lug” derivan hacia el golfo de León

Pero los dólmenes no constituyen una exclusividad ligur, ya que se encuentran en parajes a los que, sin duda, no llegaron los ligures.

Por tanto, hay dos soluciones: O bien los ligures instalaron a su dios Lug donde había ya dólmenes construidos por un pueblo esparcido por toda la Tierra y anterior a ellos, o bien levantaron los dólmenes de Occidente bajo la dirección y a base de las técnicas de un pueblo diseminado por toda la Tierra y que formaba el «cuerpo de los sabios».

Salvo una desaparición total y anterior a los ligures, las dos soluciones citadas se reducen a la misma: unos sabios y unos ejecutantes... Porque aquéllos, sin éstos, equivalen a un director de orquesta sin músicos.

Por ejemplo, se sabe de manera casi absoluta la hermandad obrera que erigió la catedral de Chartres; pero, según los imperativos del Concilio de Nicea, la «concepción» correspondió a los «Padres»... Y el citado Concilio siguió en esto una tradición antiquísima.

Mas para que los Padres pudieran realizar su concepción, fue necesario preparar las hermandades y hacerlas capaces de construir... Y no debió de ocurrir de otra forma en cuanto a los monumentos megalíticos, los cuales revelan un «saber» que los hombres de ciencia de nuestra época empiezan a reconocer, al igual que las pinturas rupestres ponen de manifiesto un arte que nadie piensa ya en negar.

Ahora bien, el fenómeno «dolménico» no se produjo sólo en Occidente. Se han encontrado dólmenes casi idénticos —en todo caso, partiendo del mismo principio— en muchos lugares del Globo en que los ligures no pusieron jamás los pies. Por tanto, fueron erigidos por otros pueblos; pero como se basaban en principios idénticos, forzoso es que hubiera habido cierta unidad de concepción.

Como los dólmenes no se hallan nunca muy lejos de las costas, quienes los idearon debieron de pertenecer a un pueblo de marinos. Y pudo haber sido cualquier pueblo que hiciera el cabotaje en balsa a lo largo de las costas, puesto que los viajes duraban mucho tiempo (hay una gran distancia entre Corea y Morbihan), aunque un pueblo de navegantes y, forzosamente, de constructores navales.

Pero —y reflexiónese en ello— un primitivo cualquiera puede hacerse un refugio en una selva; pero construir una nave, y una nave de altura, es una realización científica de orden superior que exige sabiduría y, además, herramientas que no sean simples pedazos de sílex...

Concebir y construir una nave de altura no puede ser obra de bárbaros, y tampoco levantar un dolmen. Hacen falta muy buenos ingenieros — independientemente de los trabajos de cantera— para transportar enormes bloques a grandes distancias, a través de landas, bosques, montes y valles...

Tal vez descubramos algún día la amplitud del saber de aquellos marinos y constructores, aunque podemos estar seguros de que no eran simples picapedreros.

¿Y cómo no iban a hacer partícipes de esta ciencia, en su aspecto operativo, a los pueblos entre los cuales vivieron, aunque no fuera más que por simple «necesidad»?

¿Qué eran, pues, aquellos «cerebros» educadores?

Hemos de volver a referirnos a la leyenda de Hércules.

CAPITULO VIII LA CIVILIZACIÓN

Existió en tiempos muy remotos —que, sin embargo, no pertenecen enteramente a la Prehistoria— una civilización de la que desconocemos hasta las bases, pero que fue, sin duda, extraordinaria.

No la conocemos ya, porque lo que había en ella de intelectual ha desaparecido normalmente, y porque en la actualidad consideramos que sólo lo intelectual es «civilizado».

No comprendemos ya las huellas materiales que de la misma permanecen y, a causa de ello, tendemos a juzgarlas como el producto de cierta barbarie y de un pensamiento rudimentario.

En una palabra, somos incapaces de evadirnos de nuestra forma actual de pensamiento, para intentar alcanzar otras formas desaparecidas. No obstante, sin esa civilización, la nuestra no existiría, y nos encontraríamos aún acosando los animales salvajes y, tal vez, devorándonos los unos a los otros.

Tal civilización nos ha legado la ganadería, la agricultura y algunos signos, indudablemente científicos, que no sabemos ya leer en su totalidad y que, por ello, nos inclinamos a cargar en la cuenta de una imaginación infantil originada por los famosos «terrores» supersticiosos del «animal» hombre.

Es preciso que los historiadores y especialistas en Prehistoria tengan cierta ingenuidad, o bien un desconocimiento absoluto de los animales, para creer que la domesticación de rebaños haya podido lograrse por no se sabe apenas qué clase de amansamiento, seguido de hábito.

Un animal, por muy salvaje que sea, se domestica con relativa facilidad. Sólo hace falta un poco de paciencia y amistad. Quizá le sería posible a una sucesión de generaciones, consciente de un fin que se ha de conseguir y partiendo del animal domesticado, crear un «tronco» más o menos amistosamente vinculado al hombre, y eso es lo que se produjo respecto al perro. Pero domesticar una raza e incluso un conjunto de animales constituye un problema muy distinto.

Es un problema de «magia», y no en el sentido charlatanesco del término.

La domesticación de una raza exige una «mutación». Hay que cambiar el «genio» de la raza o, en términos actuales, modificar sus «genes» (por lo demás, es la misma palabra). Y hay que hacerlo sin alterar las cualidades que se desea conservar.

Tal vez no sea imposible —aunque yo no lo creo— llegar a tal resultado a través de generaciones y generaciones de selecciones, si bien esto requeriría una organización «ganadera» que sería ya una prueba de civilización sólidamente establecida y persistente.

No obstante, si se quiere imaginar lo que pudo ser el hogar del hombre o el clan prehistóricos, así como la domesticación de «bovinos» salvajes, se encuentra alguna dificultad en poner de acuerdo la idea de rebaño con el estado del hombre prehistórico tal como nos lo presentan: cazador, pescador y picapedrero... francamente subdesarrollado.

Sea cual fuere el modo en que se actúe sobre el genio de la raza que se ha de domesticar, es evidente que se requiere un conocimiento profundo de ese «genio» y no menos profundo de los medios de acción.

Tenemos aquí una realización hartamente difícil y que exige mucha más ciencia que todas las realizaciones industriales de nuestros ingenieros.

Ahora bien, Gerión, en su isla atlántica, era un ganadero propietario de una vacada, y la expedición de Hércules no tuvo más objeto que apoderarse de ella. Hércules no era un ganadero, sino, a lo sumo, un cazador.

La leyenda sitúa indudablemente el lugar del que proviene la «invención» de la ganadería...

Creo, con alguna razón, que las pinturas rupestres, admirables hasta el punto que parecen haberse reunido en el prototipo pintado todas las cualidades de una especie, figuraron, junto con otras, entre los *medios* utilizados para «trabajar» el genio de las razas. Magias, es decir, acciones, cuyo proceso científico no conocemos ya, puesto que ciertas pinturas no son tanto grafitos gratuitos como manifestaciones estéticas.

Casi todos los especialistas en Prehistoria han visto en las pinturas rupestres actos mágicos relacionados con la caza o la fecundidad. Hubo, ciertamente, magias de caza ensayadas en las cavernas; y algunas veces, hasta en «sobreimpresión» en las pinturas más antiguas, y que no atañían, a buen seguro, a la caza, pero resulta por lo menos sorprendente que dichos especialistas no hayan notado la diferencia, incluso artística, que las separaba de las demás. ¿Cómo asimilar las pinturas de Altamira a los grafitos de las cavernas de cazadores?

Y hay que pensar —y tengo presente Altamira— que las pinturas de la gruta fueron realizadas en un techo que se encontraba a veces a menos de un metro del suelo (éste ha sido, desde entonces, hundido por los turistas), y ello en un recinto muy alejado de la entrada y no sin que las luces artificiales, antorchas o hachones, dejaran huellas de humo. En una palabra, realizadas en la más completa imposibilidad pictórica...

En fin, es bastante extraordinario que los «búfalos», por ejemplo, de Altamira o de Lascaux, fuesen inscritos, de pie o tumbados, en una figura geométrica semejante, como si se hubiera tratado, ante todo, de establecer una acción de forma sobre animales que andaban errantes en el exterior.

¿Por qué procedimiento? Es algo superior a mi entendimiento, mas no por ello constituye una razón suficiente para negar... Además, tales pinturas rupestres, invisibles, no fueron realizadas para formar un museo prehistórico.

Puedo equivocarme en cuanto a la utilización de las pinturas. Sólo se aventura aquí una hipótesis, lo cual no es óbice, sin embargo, para que fueran domesticados animales: ovinos, caprinos, bovinos y équidos. Y para que la mutación fuese estable, ya que dura todavía...

Todavía no se ha explicado el comportamiento de ciertos animales «salvajes». Hay especies que parecen haber experimentado un comienzo de domesticación...

Si no resultara tan romántico, podría pensarse a veces en unos «pactos» de ciertas variedades con la especie humana...

Así, por ejemplo, los elefantes, que sólo raras veces son «salvajes» de verdad y muy fácilmente domesticables, aunque hayan sido capturados en la selva (por otra parte, según Platón, la *Atlántida* «criaba» elefantes, «los más voraces de los animales...»).

Entre los animales terrestres, se supone también que el león es el único de los grandes felinos que experimentó un principio de domesticación. Y es un hecho que ataca al hombre sólo raramente y, sobre todo, para defenderse.

Pero el caso de algunos animales marinos es también desconcertante. Por ejemplo, el de la foca, que no huye del hombre, pese a ser su mayor enemigo, perseguirla a causa de su piel y darle muerte de un modo odioso, como si estuviera bajo el peso de una ley que la pusiera en manos de su adversario más encarnizado.

¿Y qué decir del delfín, ese mamífero marino del que hablaban las leyendas antiguas como de una especie de aliado del hombre, salvador de náufragos, a los cuales conducía hasta la costa sobre su espinazo? Esto se ha empleado largo tiempo en los cuentos infantiles; pero desde que, a causa de necesidades «militares», se empezó a estudiar el comportamiento de estos animales, se advirtió que estaban dispuestos a «colaborar» y hasta a jugar; en una palabra, a proceder como «camaradas» respecto al hombre...

Y esto nos recuerda que los delfines figuraban entre los animales legendarios de la *Atlántida*, que eran los «escultas» de Poseidón cuando éste recorría los mares montado en su carro tirado por caballos marinos.

¿Se habrá establecido una especie de pacto entre el hombre y el delfín? Un pacto que aquél respeta aún, porque pocos serían los marinos que no protestaran si los pescadores atacasen al delfín, animal tabú.

Aún hay hombres que saben establecer este tipo de pactos con las especies animales, y yo personalmente puedo salir fiador de ello. Se encuentran, en especial, en Oriente y África, pero no se halla tan lejano el tiempo en que Sologne tenía aún sus «conductores de lobos», a quienes el miedo, en las comidillas de las veladas, había hecho más nefastos y fuertes de lo que en realidad eran, pero que sabían hacerse obedecer y seguir de los lobos.

Fórmulas, sin duda; pero ¿de qué remota ciencia salieron?

En lo que atañe a la agricultura, el misterio es aún mucho mayor...

Sobre el papel es muy sencillo, y los especialistas la han resuelto sin dificultad por la «roza». He aquí cómo: se quemaba un rincón de bosque; en aquel paraje crecían gramíneas, y se seleccionaban sus simientes, que volvían a plantarse en los años sucesivos en otra «roza»; al mejorarse la calidad del grano de año en año, se acababa por cosechar cereales. Y así tenían, al final, avena, cebada, mijo, trigo, maíz...

No estaría de más pedir a nuestros ingenieros agrónomos que ensayasen tal sistema y, por supuesto, sólo con sus manos y un camión de trozos de sílex, mientras se aseguran su subsistencia por los medios a su alcance.

¿Imposible? Que no quede por eso. Se hacía, pues, fructificar esta selección, a largo plazo, en lugares sin bosques donde la tierra era «limo» a consecuencia de inundaciones anuales, como en Egipto y, sin duda, como en Mesopotamia. Lo cierto es que, cuando se tuvo algo que cultivar, el mayor éxito se consiguió en tales lugares.

En cuanto a pasar de la hierba al cereal, se trata de otra cuestión. Aquí, como con los animales, se ha de conseguir una mutación, hay que cambiar el «genio» de la planta.

Sin duda se ha localizado la mayor parte de las especies silvestres que estuvieron en el origen de tal mutación, pero nadie sabe cómo se produjo. Y estoy convencido de que ningún agrónomo moderno, pese a disponer de campos milenariamente preparados para el cultivo, sabría realizarla. Tenemos la cebada, el maíz y la avena, y es de todo punto imposible que el hombre prehistórico, tal como nos lo describen, fuese capaz de «construirlos»...

Esto no se hace en modo alguno acosando el uro entre las begonias silvestres. Admitiendo que una mutación así haya podido obtenerse a través de una lenta transformación, una lenta selección, habría sido necesario, antes, crear los medios de ésta, o sea, los campos. Así, pues, habría sido preciso que el hombre fuese agricultor antes de tener algo que cultivar, y, a menos que hubiera sido profeta, antes de saber incluso lo que un día tendría que cultivar.

¿Y el trigo? ¿De dónde proviene?

El último hallazgo, en Asia, de un *triticum* llamado silvestre, ha venido a liberar de un gran peso de irracionalismo a los especialistas en Prehistoria. Y si es cierto que este *triticum* es realmente trigo silvestre (¡muy tarde se ha descubierto!) y no trigo degenerado, se pregunta uno por medio de qué operación mental aquellos que acometieron la tarea de convertirlo en «trigo», trigo candeal, sabían, por una parte, lo que obtendrían seleccionándolo y, por otra, cómo lo seleccionarían.

Se olvida con frecuencia que la agricultura es una de las ciencias más «difíciles» del mundo, aun cuando se practica por rutina, y que «hacer el trigo» supuso una labor ímproba, la cual requirió un conocimiento de la naturaleza, del suelo y de las plantas, que sólo podían poseer gentes muy sabias...

Fue necesario, pues, que se les *diera* eso a nuestros antepasados de la Prehistoria o de la Protohistoria, fuesen de Oriente o de Occidente.

Y tanto es así, que *todos* los autores de leyendas, sin importar su origen, dicen que la agricultura fue enseñada a los hombres por los dioses. Decir que la agricultura, el trigo y los cereales, nos han venido de Oriente, no es responder a la cuestión, sino desplazarla geográficamente.

En realidad, es forzoso que en la base de la ganadería y de la agricultura se encuentre una civilización *inteligente*, muy inteligente, creada por seres excepcionales que descubrieron, de una u otra forma, los secretos de la naturaleza y las leyes de ésta.

Buscar quiénes fueron esos creadores es utópico, mas no lo es, en modo alguno, buscar a los «transmisores».

Y éstos son legendarios sólo a medias. Así como Hércules deseaba apoderarse del ganado de Gerión, quería procurarse también productos de la agricultura, y, con tal objeto, se dirigió al Jardín de las Hespérides. En efecto, era un jardín, y no un bosque ni una vasta llanura lo que Anteo custodiaba y las Hespérides poseían...

Por muy protogriego que fuese Hércules, no era aún más que un bárbaro que cazaba con arco y cachiporra y no cultivaba ni criaba animales. Fue a buscar tal iniciación entre los atlantes de Marruecos o de más allá.

Y cuando Platón, según los relatos del sacerdote de Sais, enumera los recursos de los atlantes, señala bien que: *La isla... suministraba alimentos de sobra a todos los animales domésticos y salvajes y daba también los frutos cultivados y las semillas que han sido creadas para alimentarnos, de las cuales sacamos las harinas, es decir, las diversas especies que denominamos cereales*.

Para Dacqué resulta evidente que *los hesperidianos tuvieron que ser una raza de hombres más antigua y de civilización más evolucionada que aquella de la que Hércules salió para ir a ellos. Estaban también en posesión de cosas que eran probablemente la conquista de un vasto saber y de una cantidad considerable de industria. Entre ellas figuraban los cereales y especies mejoradas de frutos*.

El saber de aquellos «hesperidianos» no se limitaba a los animales y a las plantas, lo cual sería ya de por sí sorprendente. Platón los llama marinos, metalúrgicos y constructores.

No se ha descubierto vestigio alguno de su metalurgia o, por lo menos, no se les ha podido atribuir nada de modo seguro, si bien el metal resiste poco al tiempo.

Tampoco se ha descubierto rastro alguno de sus barcos, pese a lo cual encontramos en la Protohistoria muchas «gentes llegadas del mar», *pelasgos* o *morgans*, *chañes* u otros que se salvaron de las aguas, para que pueda negarse que existiera un pueblo mariner. Pero como quiera que éste no era mediterráneo, es preciso admitir que fue atlántico. Y esto implica que dicho

pueblo conociese la técnica del machihembrado, del trabajo de la madera y del ensamblado de ésta. Y hasta me pregunto si no implicaría ello asimismo —y por necesidad— conocimientos metalúrgicos para lograr ensamblados tales como se requieren para los barcos...

En fin, eran constructores, y no sólo en madera —puesto que tenían carpinteros de marina—, sino en piedra, lo cual nos lleva a la forzada existencia de un pueblo que ideaba y construía dólmenes.

En efecto, se comprueba —como veremos más adelante— que no pueden separarse los dólmenes de la marina, por muy chocante que ello pueda parecer a simple vista, ya que los dólmenes se encuentran diseminados por el mundo entero, cual si hubiera habido una «diáspora».

CAPÍTULO IX LA DIÁSPORA

Como todas las cosas, las civilizaciones son mortales, por lo que también murió la que creó la ganadería y la agricultura.

Murió a causa de un cataclismo tan espantoso, terrible y universal, que ha quedado en la memoria de todos los pueblos bajo diversas formas, la más general de las cuales ha sido la sumersión del mundo.

¿Quién puede saber lo que subsistió de los hombres, animales y bienes, así como de las ciencias, después de este cataclismo? La Prehistoria ha conservado su huella en ese famoso *hiato* que separa del Neolítico las edades de la piedra tallada. Fue necesario entonces que quienes habían conservado algún conocimiento superficial de las ciencias antiguas, emprendiesen una reconquista.

Y la iniciaron allí donde se encontraban, allí donde habían sido dispersados, y fue larga, puesto que se cifra en milenios y no pudo ser realizada ciertamente fuera de los primitivos supervivientes de las regiones de dispersión, a quienes hubo, primero, que subyugar más o menos, e instruir luego.

Esta dispersión y esta difícil reconquista la encontramos inscrita en el suelo por los monumentos megalíticos y, más especialmente, por los del tipo «dolmen».

Dichos monumentos, cuya distribución se extiende del extremo Occidente al extremo Oriente, tienen entre sí demasiada similitud para no proceder de una concepción única. Y concepción única implica unidad de origen.

Según Fernand Niel^[14], se encuentran en Asia: en Corea, en la parte oriental, o sea, marítima, así como en la isla de Kang Hoa, al norte de Seúl. Uno de ellos tiene incluso una mesa de seiscientas toneladas de peso, lo cual no podría ser obra de pueblos primitivos. Transportar y erigir una piedra de seiscientas toneladas requiere ingenieros calificados.

Se encuentran en la India y en el Decán, donde habrá unos 2.200; en el Punjab, en Pakistán oriental, en Ceilán y en Assam.

Siempre en Asia, se encuentran asimismo en el Cáucaso, en TransJordania, en la región que se extiende desde Assam al monte Nebo, en Hadramaut...

Pueden verse también en toda el África del Norte: en la parte occidental de Marruecos, por las inmediaciones de los Beni-Snassen; en Ain Sahila, en Marrakech, en el Souss, en Taza, en Argelia y Túnez.

Los hay en Egipto, en el desierto de Edfú, y en Abisinia, en las regiones montañosas del Harrar, así como en el Sudán y en el Senegal (donde un cromlech lleva el nombre de «Tumba del Rey»).

En fin, en Europa, y principalmente en la Europa Occidental, donde son innumerables; en Suecia; a lo largo de una franja marítima que baja de Noruega a Malmö y a todo lo largo del Báltico. No se han encontrado en la Europa Central, pero existen en Crimea, Bulgaria y Tracia (en número de unos cincuenta al norte de Andrinópolis).

Se comprueba en seguida que todos se hallan poco alejados del mar o de los ríos navegables, o bien se encuentran en regiones de altas montañas, pero no distantes del mar. No hay ninguno en el Asia Central, ni en el África Central, ni en la Europa Central.

La «rúbrica» marítima es formal, lo mismo que la unidad de origen. Se trata, pues, de realizaciones de un pueblo de marinos, y, como la probabilidad exige que la mayor densidad corresponda a la mayor proximidad del lugar de origen, al ser aquélla más compacta cerca de las costas atlánticas, el origen es, lógicamente, occidental.

Sin embargo, en dichos lugares de dispersión no se encuentran dólmenes, vestigio de una raza común, lo cual podría parecer sorprendente si la leyenda no diese alguna explicación a semejante hecho.

Hemos de volver a referirnos a las Hespérides.

Éstas eran tres. Tres «hijas de Atlas» que poseían el jardín de las manzanas de oro; una, negra; otra, roja, y la tercera, blanca; tres tribus, personificación de tres razas de color distinto, cuyo «Jardín», el tesoro del saber, les era común.

En el momento del cataclismo que lo arrasó todo hubo forzosamente dispersión (que, por otra parte, quizás había sido ya iniciada en forma de esa colonización de las dos orillas del Atlántico a la que se refiere Platón).



Distribución de megalitos en el mundo antiguo (según Fernand Niel). Su dispersión muestra netamente el influjo de un pueblo de marinos

El hecho de que hubiera tres «hijas» de distinto color, demuestra que, si el tesoro era común, existía cierta segregación, y podemos preguntarnos si la dispersión no se llevó a cabo, por lo menos en sus líneas generales, de acuerdo con un orden preestablecido.

En efecto, encontramos el rastro de atlantes negros, atlantes rojos y atlantes blancos.

Todavía hay en África, en la India y en América del Sur pueblos negros que no son en absoluto negroides, por ejemplo, los *peuhls*, que dejaron huellas en el Senegal, donde hay todavía conjuntos dolménicos; los *haratines*, esparcidos por el Tuat y el Gurara, quienes, según Robert Chauvelot^[15], tienen el rostro más claro que los negros, el cabello liso, la frente recta, los ojos almendrados y separados, la nariz aguileña y no aplastada y los labios delgados, de comisuras finas. Son orfebres y joyeros. Hay otros en Zambeze, donde subsisten aún las ruinas de ciudades misteriosas y, en fin, en Etiopía, donde se encuentran igualmente conjuntos megalíticos y de la que partió tal vez la colonización de Egipto por los «Faraones», cuyo nombre significa, según parece, herreros.

Según Brémont^[16], en el sudoeste del Yemen y en el Hadramaut hay viejas poblaciones emparentadas con los etíopes y que guardan —lo cual es muy curioso— relaciones todavía inexplicadas con las tribus bereberes del Atlas marroquí en lo que respecta a música, cantos y danzas.

Sin esa dispersión sería incomprensible que se encontraran «rojos», tanto en América como en la cuenca oriental mediterránea. Tenemos a los *ghomara* (los rojos) en la región de la ciudad santa de Chauen y en el Rif. La palabra «fenicio» significa *rojo*, y los fenicios ocuparon, además de las orillas del Mar Rojo, todo el litoral del Asia Próximo-oriental y gran número de islas, como Mileto y Creta (los egipcios llamaban *keftiu* a los cretenses y los representaban imberbes y con la piel roja como a los fenicios).

Ése fue un pueblo mariner, y se encuentran asimismo megalitos entre ellos.

La tribu blanca, la que parece más particularmente vinculada a Anteo (su mujer, Tingis, era La blanca), se esparció por Europa hasta el extremo Norte y Siberia. Cubrieron —o hicieron cubrir— de megalitos los territorios en que habitaron. Fueron ellos, sin duda, los que se convirtieron en nuestros «gigantes».

Esta «diáspora», esta dispersión, voluntaria o no, originada por los cataclismos, llevó a las tribus atlantes hacia todos los países del mundo. Y todas las leyendas de los orígenes coinciden con los hechos singulares que conocemos. Y por doquier se encuentra el mismo tema del «hombre salvado de las aguas», o bien expulsado...

El relato más conocido es, sin duda, el del Génesis. Un paraíso —Edén, que se asemeja mucho a Ande— del que fueron expulsados sus habitantes, Adán y Eva, *hacia el Este*, tras haber comido del fruto del Árbol de la Ciencia. Otro relato se superpone a éste: el del hombre salvado de las aguas en el arca que había construido: Noé, *criador de animales*, que salvó su rebaño, y *jardinero*

que plantó la viña.

Paralelamente, en América del Sur, el primer hombre huyó también de un diluvio, pero él lo evitó marchando *hacia el Oeste*, y también era sabio. Se refugió en los *Andes*.

Me he referido a los atlantes blancos y a los «gigantes». En efecto, una cosa es digna de notar. En tierras de Occidente, fuera de las ligures, Hércules sólo encuentra gigantes: a Gerión y su boyero en su isla atlántica; a Caco, a orillas del Tíber, que intenta arrebatarse el rebaño de Gerión, y a Anteo en su Tingitania.

¿Auténticos gigantes? Esto es, sin duda, la hipérbole legendaria. La mitología, que refiere sucesos muy lejanos, dice que, tras su guerra con los dioses, los titanes vencidos fueron confinados a una isla del Océano, lo cual se parece en gran manera a la Atlántida del sacerdote de Sais; pero éste, al hablar de los atlantes, no los presenta como de talla extraordinaria; además, Hércules fue, sin duda, un hombre fuerte que tenía en su haber algunas proezas deportivas. Sin embargo, eso de estrangular a un verdadero gigante es ya otro cantar. El gigantismo debe de ser relativo...

El navarro de escasa estatura que se desplaza a tierras escandinavas, donde un metro noventa de talla es cosa corriente, puede realmente decir, a guisa de metáfora, que se encuentra entre una raza de gigantes. Los latinos de Julio César, relativamente bajos, atribuían una talla gigantesca a los galos y germanos, de estatura mucho más elevada que la de ellos. Y cuando el legionario relataba sus campañas, se puede muy bien creer que no minimizaba en modo alguno a los enemigos vencidos.

Entonces, ¿quiénes eran esos gigantes?

Tal vez gentes de gran estatura, quizás incluso de estatura colosal; pero ¿no sería simplemente Anteo y su pueblo el que fue designado así? La misma palabra «gigante» ¿no tendrá su origen en «Ante», y ello a pesar del Gigas-gigantos griego, o junto con el mismo? Me induce a creer en ello el hecho de que el folclore occidental, que ha conservado muchos gigantes en sus cuentos, no nos los presente, en cierto sentido, como a individuos aislados, sino como una raza gigantesca. No son singularidades de la naturaleza, sino que pertenecen a una etnia.

Había una vez un gigante que... Y el cuento no los describe como singularmente simpáticos. Las relaciones no debieron de ser siempre de las más cordiales; pero eso poco importa, pues hay dólmenes que la tradición señala como tumbas de gigantes; ahora bien, en Portugal, los dólmenes son designados aún con el nombre de *Antas*. ¿Tumba de gigante o construcción de gigante? Lo mismo da; lo que tiene importancia es ver al gigante relacionado con el Ante.

Y aquí tenemos a los dos, Ante y gigante vinculados al dolmen del pueblo disperso...

Si ese Ante apenas aparece, en la Península Ibérica, más que en Andalucía y en

los *Antas* de Portugal, se encuentra mucho más en Francia. Para comenzar, encontramos al menos un lugar Ante, cerca de Chartres, y diría yo que otros muchos en la deformación enteramente clásica del vocablo «gigante» por palatalización: los lugares «Jean».

Este nombre de «Jean» se relaciona a menudo con un patronímico que podría hacer suponer que se trata de una parcela perteneciente al poseedor del mismo, llamado Jean, pero no se descubren parcelas de Pierre ni de Paul... Y entonces el país estaba poblado sólo por personas llamadas Jean y Jacques...

Podría pensarse en una dialectización de la palabra «campo», lo cual sería más aceptable si este nombre no perteneciese igualmente a ríos, como el «Jean-Varenne», cerca de Issoudun.

Además, estos lugares «Jean» se hallan concentrados generalmente —aunque ello no es absoluto— en los dominios de Lug y en torno a los mismos y, por consiguiente, alrededor de las concentraciones megalíticas a las que nos hemos referido anteriormente.

Por lo demás, la grafía puede ser otra, como creo que ocurre, por ejemplo, con «Jensac», que es un lugar Jean.

Nótese también que los pueblos indios de América llamaban «chañes» a sus visitantes barbudos, de piel blanca y ojos azules.

No se me oculta que todo esto es conjetural. Tenía interés, no obstante, en señalar esa particularidad de ciertos nombres de nuestra tierra. Y el Causse Méjean me parece que es un ejemplo de importancia...

Sólo falta que Hércules, al trasladarse hacia Occidente, dé sólo con ligures y gigantes. Aun en el caso de que me equivoque acerca de los «Jean», los «gigantes» subsisten.

Hay dos «gigantes» que campan por sus respetos en las leyendas galas: uno, vivo y «benéfico» (las fricciones son olvidadas): *Gargantúa* ; el otro, muerto y divinizado: *Isoré* .

A Gargantúa lo conocemos sólo a través de ese buen doctor llamado Francois Rabelais, que escribió su novela y presentó a toda su familia: su padre, Grandgousier; su madre, Gargamelle, y sus amigos: el hermano Jean des Entommeures y Panurge.

Pero Rabelais no fue padre de Gargantúa, como tampoco lo fue Grandgousier. Gargantúa es un personaje cuya edad se ignora. Henri Dontenville, que le ha seguido la pista, ha contado muchas cosas de él basándose en dichos y relatos, así como en las huellas que ha dejado en Francia^[17] .

Lo ha presentado como desbrozador de bosques, desecador de riadas, timonel de embarcaciones fluviales e infatigable acarreador de piedras (henos otra vez aquí con nuestros megalitos).

Su mismo nombre está «edificado sobre piedra». El nombre antiguo de la

pedra es «Car», que, en el lenguaje corriente, se transforma con facilidad en «Gar» e incluso en «Jar». Su nombre se compone de «Gar», «Gant» y «Tua».

«Tua» es «él», el «ser», la «unidad». En plural se duplica y hace «Tuatua», «Tuata», o sea, «los», «varios» y, por extensión, la «tribu».

Gargantúa es, pues, «el de la piedra gigante», o bien «el gigante de la piedra». El sentido exacto se nos escapa, puesto que la formación es aglutinante, lo cual sitúa el nombre en una época anterior a la aparición de las lenguas indoeuropeas en Occidente.

Los cuentos populares locales vinculan al gigante con gran número de megalitos, menhires y dólmenes. O bien dejó caer la piedra que acarrea, o bien la lanzó negligentemente cierto día en que se divertía jugando «al tejo», o bien incluso —ya que los galos tomaron de nuevo las leyendas, y las «chirigotas» que mezclan a veces en ellas son de tono mayor y aun escatológico— la depositó en cierta ocasión en que satisfizo en el campo una necesidad corporal.

Los que transmitieron su leyenda en la forma en que la conocemos fueron —y esto es evidente—, muy posteriores a él. Los galos toman las leyendas anteriores a ellos, y, lo mismo que los griegos, les añaden una considerable dosis de taumaturgia. El gigante creció hasta arrancar robles y hayas. Se convirtió incluso en diabólico, con el advenimiento del cristianismo.

Téngase en cuenta que también se transforman las leyendas, con detrimento del personaje de las mismas. Sin embargo, no será posible suprimirlo del todo, ni siquiera en los nombres de sus lugares.

Éstos son los «Gargan», a menudo alturas... Y se trata, efectivamente, de la «Piedra del gigante». A veces, los «Gargan» se convirtieron, por ejemplo, en «Saint-Georges» para jugar con las analogías fonéticas.

En ocasiones, más consideradamente, se le añadió el nombre de un santo o una santa sin cambiarle su designación inicial, como en Ruán, donde el «monte Gargan» se convirtió en parte del collado de Sainte-Catherine, con peregrinación a Notre-Dame-de-Bonsecours, ya que la altura es importante.

Como corresponde a un país de gran densidad megalítica, hay en Francia muchísimos lugares Gargan. Henri Dontenville, además del ya citado en Ruán, encuentra a este «gigante» cerca de Neufchâtel-en-Bray, en Avalon; en la Causse Méjean; en Guérande; en Beauvaisis; en Haudivilliers; en Houdan; en Tarentaise; en el Limousin; en Jargeau, donde *Gar* se trocó en *jar*; en el monte llamado actualmente de Saint-Michel y hasta en Gorgobina y Gergovie, así como en ciertos nombres bretones, en que el Car se transformó en Ker, como en Kergan.

El macizo de la Sainte-Baume —la gruta sagrada— queda encuadrado, en los primeros tiempos de nuestra Era, entre un *Locus Gargarius* y un *Carcarium*; ahora bien —podría ser que ambas cosas estuvieran relacionadas—, el «Tour de France» de los Compañeros de Trabajos termina en el macizo de referencia, donde harán «marcar» sus colores como testimonio de «acabamiento» y según

una práctica muy antigua. Oportunamente volveremos sobre el particular.

Gargan aparece en Inglaterra bajo otra forma, con el nombre del mítico rey *Guegunt* (pero el lugar de su *dunn* se convirtió en Norwich; los invasores sajones lo ignoraban, y los bretones no parecían ya conocerlo).

Las crónicas galesas hablan del «Gurgant», de la horrenda barba...

Pero este nombre no se limita a la céltica. Existe en las Puilles un *monte Gargano*, cuyo lugar fue señalado con un toro arrodillado y que es la tumba legendaria del gran *Kalchas*.

Ahora bien, este Kalchas, según Lycophron, fue muerto de un puñetazo en la cabeza por Hércules (venimos a parar de nuevo a las guerras herculeanas). Y Kalchas —dice Boissac— es una voz «probablemente extraña» al griego.

Hay otro monte Kalcani en Micenas. Y fue quizás ese Gargan el mítico Krakus que fundó Cracovia.

Henri Dontenville, que relaciona muy estrechamente a Gargan con Apolo y Bélen, dice: *En ambos casos, y tanto con Gargan como con Apolo, parece que se trate de una religión que precede a las invasiones griegas, galas y latinas; de una religión que precede, en una palabra, a los indoeuropeos y, por consiguiente, de una religión neolítica*.

A propósito de Gargan o Gargantúa, no creo que se tratara aquí de una religión en el sentido general del término, aun admitiendo que, con el concurso de la superstición, se hubiera «divinizado» un poco al gigante; se trata de leyenda histórica. El ser, el gigante de la piedra, no es un dios, sino un ente superior.

Por otra parte, en los países de antigua lengua gaélica, como Irlanda, este «Gant» no será sólo asociado a las piedras —y, bien mirado, tampoco en Francia—; Irlanda nos brinda «Morgan», el «Gant» del mar, el navegante que ha llegado, el hombre del mar. Es sabio, y su mujer será Morgana, hada o hechicera, a elegir: hada para unos, y hechicera para otros.

Sin embargo, con el «Gant» se palataliza, como se dice en la Sorbona, y Gan se convierte entonces en *Jan*. Y henos aquí de nuevo con nuestros «Jean»..., respecto a los cuales creo cada vez más que fueron primitivamente «grandes Antes».

Platón habló de una colonización atlántica anterior a la catástrofe que sumergió la Atlántida, y, en efecto, puede que fuese muy antigua.

Georges Poisson, al estudiar la Atlántida ante la Ciencia^[18] se muestra partidario del origen atlántico del hombre de Cro-Magnon, *Homo sapiens* del Paleolítico, de alta estatura y extendido, según parece, por España, Francia e Inglaterra.

Esta raza de Cro-Magnon, efectivamente occidental, habría entrado «en comparecencia» con una raza «morena» que se cree oriunda de Asia o África Occidental, derivada del tipo de Combe-Capelle y que habría dado la raza

mediterránea, de la cual derivaría la raza nórdica.

Verneau encuentra esta raza de Cro-Magnon en el Mesolítico: en España, hacia Oviedo, en el litoral cantábrico, y habrían subsistido descendientes de ella hasta la Edad del Bronce. En fin, los esqueletos guanches de las Canarias serían tipos casi puros de la misma. La raza en cuestión se habría localizado, sobre todo, en las orillas atlánticas.

Por lo que atañe a Collignon, cree que Dordogne, el sur de la Charente y el País Vasco, son las regiones en que abundan más en nuestros días los descendientes de la raza de Cro-Magnon.

Cottevieille descubre hoy dicha raza entre los andaluces, bereberes e irlandeses.

Quizá sea cierto todo esto, aunque abrigue alguna desconfianza respecto a las razas demasiado prehistóricas, de las cuales sólo poseemos algunos fragmentos de esqueletos y cuya existencia fechamos de acuerdo con objetos que, por otra parte, podrían haberse encontrado allí algunas decenas de milenios antes.

Sin embargo, conviene retener una cosa: esa persistencia de una raza (Cro-Magnon o no) en Marruecos, Andalucía, País Vasco, Charente e Irlanda, así como su antigüedad.

Y, equivocado o no, veo en estos atlánticos, que procedían tal vez de la Atlántida, a los «Antes», a los «Gigantes» y a los «Jean».

Indicación suplementaria —y valiosa por demás—, la mitología vasca guarda el recuerdo de un señor de la naturaleza salvaje, que inventó la agricultura y la metalurgia sin dejar de ser hombre de los bosques y conservando los cabellos largos: *Baxa-Jaun* .

CAPÍTULO X ISORÉ

Si Gargantúa no se ha desvanecido aún de la memoria francesa, no ocurre lo mismo con el otro gigante que le disputa los lugares de Francia, el gigante «muerto», que sólo parece haber dejado tumbas en tierra gala: el gigante Isoré, al que cita aún Chrétien de Troyes.

Por lo que me consta, su nombre subsiste en estado puro en un solo lugar: un castillo cerca de la confluencia del Vienne y del Loire.

Dicho castillo está dominado por un montículo en el que, hace sólo unos años, entre las viñas, se conservaba una enorme piedra de sílex muy embarazosa que, por no poder reducirla con su herramienta, el propietario del campo la hizo bascular a un hoyo y la enterró. Ahora bien, aquel megalito fue llevado, sin duda, de muy lejos, ya que el suelo de la región es sólo calcáreo.

No obstante, Isoré se encuentra con facilidad en las deformaciones que ha sufrido este nombre en el transcurso de los milenios. Se ha convertido en Issoire, o en Izeure y en otros, pero, sin duda, muchos han desaparecido.

No tiene más leyenda que la que flota en torno a su tumba parisiense, emplazada en el lugar de intersección de la rué de la Tombe-Issoire y de la rué Dareau.

Según la leyenda, este gigante —maléfico, puesto que estamos en tiempos cristianos— habría sido muerto por Guillermo de Orange y enterrado allí. ¿Por qué Guillermo de Orange? Se ignora.

Evidentemente es mucho más antigua, pero su maleficio queda atestiguado por la proximidad de la entrada del infierno, prueba de que era la tumba del diablo.

Por supuesto que Issoire, la ciudad auvernesa de orillas del Allier, debió de ser también una tumba de este gigante Isoré, y no lejos de ella, hacia Brioude, hay todavía un montículo llamado la *Tombe du Bon Dieu*, que podría tener el mismo origen.

Un dolmen de Corrèze o del Cantal lleva también el nombre de *Tombe Issoire*. Presentaba ciertas particularidades, entre ellas, la de ejercer una acción nefasta sobre todos los que se refugiaban bajo su mesa. Al cabo de unos minutos, empezaban a sentir malestar, que podía llegar hasta el síncope y aun a la muerte si no se sustraían rápidamente a su influencia.

Bajo el nombre de *Iseure*, *Izeure* o *Yseure* se encuentra a Isoré en un municipio de las afueras de Moulins, en el Allier; en la confluencia del Vienne con el Gartempe, en un pueblo situado cerca de la abadía de Cîteaux, en Bourgogne.

Sin duda da su nombre a *Gisors* , lugar muy antiguo, cuyo *dunn* de triple recinto sostiene actualmente el castillo; a otro *Gisors* , cerca de Valogne, en el Cotentin; a *Lisors* , junto a Lyons-la-Fôret, y a *Lisores* , no lejos de Livarot.

Ya no es tan seguro que sea él el que apunta a *Uzore* , alta colina cerca de Montbrison, así como a *Isernore* , cerca de Nantua. Después de otros, hubo allí un templo romano.

En fin, *Seyr* , antiguo nombre de La Charité-sur-Loire, las *Serré*, *Seurs*, *Seurre* y *Sours* pueden también ocultar a Isoré.

¿De dónde proviene, pues, este gigante Isoré? Los etimologistas parecen considerarlo como un «Esus-Rex», un rey Esus, divinidad gala emparentada por los romanos con el Marte latino, dios de la guerra. Sin embargo, Isoré es muy anterior a los galos.

Forzoso es buscar en otra parte...

Entonces se presenta una analogía fonética muy digna de ser notada: no es tanta la diferencia entre *Isoré* y *Osiris* .

Pero ¿qué tendrá que ver Egipto en este asunto atlántico? Aparentemente, nada. Y, no obstante...

¿Quién era Osiris?

No lo sabemos con exactitud. Se le tenía por un dios, pero nosotros tenemos un modo «latino» de concebir a un dios, que probablemente no significaba nada para los egipcios. Era él quien acogía a los muertos y les mostraba el camino de las islas bienaventuradas, hacia el Occidente, tras haberlos «pesado». Por otra parte, acompañaba también a ciertos vivos «portadores» del Osiris y asimilados a éste.

En el caso del Faraón, y por ser éste Osiris, o portador del Osiris, estaba «habilitado» para dirigir al pueblo egipcio.

Me gustaría aventurar una hipótesis que es, al propio tiempo, una explicación. ¿No sería el fenómeno «Osiris» una forma superior de gregarismo?

Esto exige algunas aclaraciones. Empecemos por la base.

Un animal solo, solitario, es un individuo que tiene sus cualidades propias, cualesquiera que sean.

Cuando los animales se agrupan y forman una horda, manada o clan, se produce el fenómeno denominado «gregarismo» y que parece puramente instintivo. Se crea una entidad «rebaño», «horda» o «clan» que integra a cada animal como a una célula de esta nueva entidad. La manada reacciona como manada, y no por cada uno de los individuos aislados. No existe ya el miedo de los animales, la cólera de los animales, sino el miedo y la cólera de la manada. El instinto gregario aventaja al individual. Los hindúes dicen que se desarrolla

una «alma-clan», y los ocultistas, un «egregore». La palabra es, desde luego, más erudita, pero equivale a lo mismo y expresa la formación de la entidad «clan».

Ahora bien, y el fenómeno es constante y constantemente observable; ese «egregore», esa «alma-clan», se concentra sobre uno de los individuos de la manada o rebaño, o sea, sobre aquel a quien llamamos su «conductor». Una manada tiene siempre su «conductor». Diríase que converge en él el instinto de la manada, así como el pensamiento de ésta; él suscita los actos de la manada.

El fenómeno es demasiado constante para que no responda a una ley biológica, y está fuera de duda que ese gregarismo se crea sin que se lo proponga cada individuo. El proceso guarda cierta analogía con las leyes de la gravitación; una agrupación de corpúsculos crea un cuerpo que posee una unidad, un centro de gravedad y cualidades distintas de las de los componentes. Asimismo, la manada o rebaño tiene una personalidad, un poder distinto del de sus componentes. Y el «conductor» tiene una personalidad distinta de la que tenía como individuo solitario y que pierde cuando vuelve a encontrarse solo.

El instinto gregario existe tanto en los hombres como en los animales, pero con algunas diferencias sensibles. Puede obrar de manera inconsciente, pero también ser desarrollado voluntariamente, como fue el caso de los concejos en la Edad Media y de las hermandades profesionales. Esto se observa todavía, de modo más fugaz pero no menos fehaciente, en los equipos deportivos. Así, se dice a veces que un equipo de rugby, por ejemplo, está «en estado de gracia» cuando todos los movimientos, sumamente complejos, de este juego, se coordinan de manera armoniosa, como si una inteligencia superior distribuyera las posiciones de los jugadores a fin de obtener la mayor eficacia posible para un «movimiento» que va a venir. Es que el «egregore» ha sido formado, y éste tiene más inteligencia del juego que cada uno de los jugadores (aunque cada cual tenga, sobre todo, la inteligencia de su juego propio). En principio, este egregore «vive» en el capitán o en cualquier otro jugador, que puede muy bien no darse cuenta de ello, pero que «dirige» sin tener ni siquiera que mandar.

Triunfar voluntariamente exige sin duda, a la vez, mucho orgullo y mucha humildad.

Vayamos más lejos. En lugar de una asamblea de hombres corrientes, tomemos una de sabios que *quieren* realizar ese «egregore». Es poco más o menos lo que se llama ahora, según creo, un «equipo científico». Y sabido es que los resultados que alcanzan tales equipos son muy superiores a los conseguidos por la suma de los individuos tomados por separado (en el supuesto de que el equipo haya sido plenamente realizado).

Vayamos más lejos aún. Tomemos una asamblea de «magos» que hayan superado la fase de sabio para alcanzar la de «sabedor», la de conocedor, la de iniciado. En una palabra, de aquel que se encuentra, a título personal y consciente, en «estado de gracia». Tales «magos» se hallarán en condiciones, una vez superada toda vanidad humana, de crear un «egregore» de una cualidad que, como para la manada, superará la suma de las cualidades y posibilidades de cada participante, cualidades y posibilidades que se fijarán en

uno de ellos, el cual será, en sentido propio, «poseído» por ese espíritu y que hará, para el pueblo, el papel de profeta, santo o dios.

¿No fue ese «egregore» creación de un colegio sagrado al que los egipcios llamaban *Osiris* ? ¿Y no fue porque los sacerdotes egipcios creían poder fijar a ese Osiris sobre el «doble», o sea, sobre la esencia-forma de quien lo llevaba, por lo que se preocuparon tanto de conservar, mediante la momificación, no la vida, sino la forma del que llevaba el Osiris?

Si esta hipótesis es exacta —y, por lo que a mí respecta me satisface plenamente— es probable que antes de la invasión del ritual por las supersticiones, los sacerdotes creyeran poder conservar así ese «egregore» superior más allá de los tiempos, mientras durara el «soporte», seguir sus directrices, como los hebreos seguían las de Yavé, y estar en condiciones incluso de reinsertarlo en un «director» viviente, o sea, en el Faraón.

El Faraón se convertía entonces en el hijo de Osiris, es decir, Horus. Se transformaba en el Horus redivivo, en hijo de dios.

Es de notar que el «sistema» tibetano presenta alguna analogía con el egipcio. La diferencia está en que el *Espíritu* que habita en el «director», o sea, en el Dalai Lama, se transporta —o es transferido—, a la muerte del que lo lleva, al feto de un niño que aún ha de nacer, que será, a su vez, *poseído* y al cual se reconoce a través de distintos signos, muy materiales.

Se puede advertir que el ser «poseído» por este Osiris tendrá, además de un extraordinario saber, un no menos extraordinario poder sobre todos los demás «egregores» inferiores, ya sean hombres, animales, vegetales o minerales. Y esto podría muy bien constituir una explicación de las mutaciones que desembocaron en el cultivo de las plantas y la domesticación de ciertas especies animales.

Y ahora —siempre dentro del marco de la hipótesis que emitimos— supongamos que, como consecuencia de un cataclismo, se haya destruido un «Osiris» y que, por ello, el colegio de los «Sabios superiores» se haya visto dispersado. ¿No sería una empresa normal, para los supervivientes que tuvieran alguna sabiduría, intentar reconstituirlo?

Entonces podemos preguntarnos si en tierras occidentales, paralelamente a una empresa similar en otros lugares, los «refugiados» no reconstituyeron un colegio de sabios, recreando, dentro de lo posible, un «Osiris», transformado para nosotros, a través de milenios, en Isoré, y cuando el Ante que lo llevaba moría, su tumba (quizás haya aún cadáveres momificados bajo los montículos) se convertía en la de Isoré, en la Tombe-Issoire...

Es probable que ésta fuera monumental y estuviese defendida contra la profanación sin que sepamos cómo, lo cual quizá tenga relación con el dolmen de la Tombe-Issoire, en Corrèze, que, al parecer, podía causar la muerte de quien se entretuviera demasiado en ella.

Sin duda no había sólo monumento, sino, además, recinto, y me parece que el paraje de Gisors conservó este recinto, que, en ciertos aspectos, prosigue el

plano de triple recinto de la ciudad de Poseidón.

Por otra parte, se trata de un plano que toman muchos *dunns* célticos o precélticos.

En lo que respecta a Gisors, este triple recinto existe aún, por lo menos en parte. Hay un cerro central, un montículo y un recinto circular, sobre el que se levantó el torreón del siglo XII y luego un foso, que fue terraplenado.

Venía luego un segundo recinto, también circular, que sirvió de base al del castillo.

Finalmente, seguían otro foso y un tercer recinto de tierra, en forma de terraplén, que, evidentemente, no fue concebido para el castillo, ya que éste era anterior. El cerro está señalado por dos pequeños montículos (como en Stonehenge).

Es una ordenación que encontramos muy clara en Saint-Gondon, en el Loire, el *Nobiliacum* de la época latina, cerca de Lion-en-Sulias, donde se hallaba, según creo, una tumba Isoré muy antigua, en la que estaba enterrado el «Noble» (opinión sin pruebas científicamente válidas), así como en Luzeret, en el Indre.

Estos lugares Isoré, ¿tienen una importancia «telúrica»? No soy zahori y, por tanto, no puedo responder, pero sí lo bastante buen lector de mapas como para haber notado ciertas particularidades.

Señalados en un mapa de Francia a gran escala los lugares Isoré, parecen distribuidos al azar; pero a pequeña escala se ponen de manifiesto ciertas alineaciones, de las que, por otra parte, no quiero sacar conclusiones, pues me asusta que tengan visos de extravagantes.

Una línea casi completamente Norte-Sur enlaza la *Tombeau du Géant*, en las Ardenas belgas, junto al Sémoi, con *Issur-Tille* (Costa de Oro); *Yzeure*, cerca de Dijon, con *Seurre*, algo más al Sur, y con *Le Grana Serré* (Drôme), para terminar muy cerca de *Istres*.

Desde esta misma *Tombeau du Géant*, otra línea enlaza *Isse* (Marne), *Gisy-les-Nobles* (Yvonne), *Saint-Gondon ex Nobiliacum* (Loiret) y *Sers* (Charente).

Siempre desde la misma *Tombeau du Géant*, otra línea une también *Gisors*, *Lisores* (Calvados), *Dol-de-Bretagne* (Costas del Norte) y los alrededores de la bahía de *Douarnenez*, donde se halla engullida la legendaria *Ys*.

Por otra parte, una línea *Isernore* (Ain), Lutéce (La Tombe-Issoire), toca *Gisors* y parece prolongarse hasta *Stonehenge* o *Amesbury*, que sería una «Tumba de Adán».

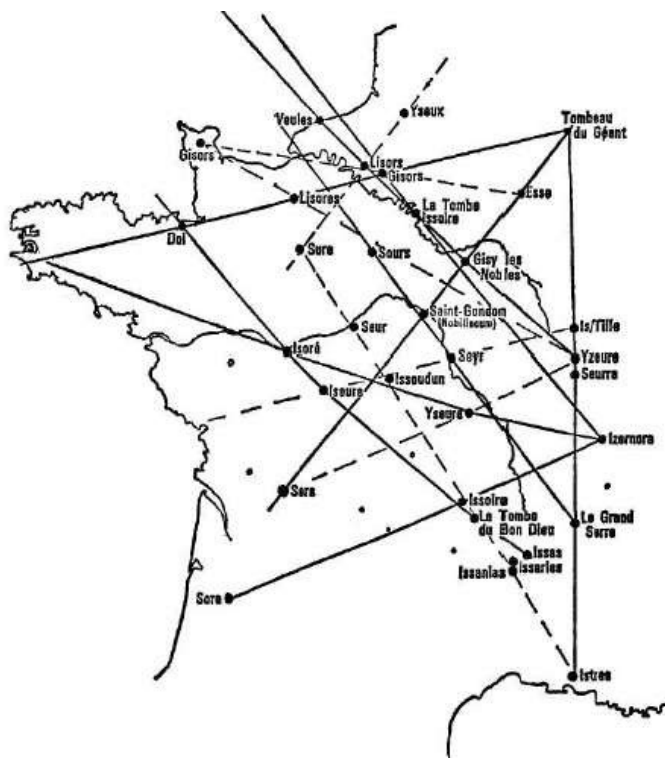
Otra línea, que parte de *Izeure* de Bourgogne, pasa por *Gisy-les-Nobles*, *Lutéce*, *Lisors* (cerca de Lyons-la-Fôret) y *Veules-les-Roses*, donde se encuentra otra *Tombeau du Géant* y parece prolongarse, más allá de la Mancha, hasta *Glastonbury*, en que un montículo muy antiguo (se habla de 2.700 o 4.700 años a. J. C.) está rodeado por una representación de

constelaciones del Zodíaco, de una treintena de kilómetros de diámetro; esto, cerca de la *isla de Avalon* (la isla de las manzanas, la isla bienaventurada) y del *pozo del Graal* (Chalice Wells), pozo cuadrado con gran aparejo, de un trabajo que los técnicos emparentan con los de los egipcios de la Gran Época.

Otra alineación une *Isernore*, *Izeure* (cerca de Moulins), *Isoré* (cerca de Chinon) y, de nuevo, la bahía de Douarnenez.

Otra alineación: *Issas* (Ardèche), *La Tombe du Bon Dieu* (Puy-de-Dôme), *La Serré* (Creuse), *Izeure* (Vienne), *Isoré* (cerca de Chinon) y *Dol-de-Bretagne*.

Otras aún: *Isernore*, *Issoire* y *Sors* (Landas).



Alineamientos de los «lugares Isoré» en Francia

Y, después, *Izeure* (Vienne), *Sure* (Sarthe) y *Lisores* (Calvados), que parece unir *Maidstone* (Piedra de la Doncella), en Inglaterra).

Además: *Seurre* (Costa de Oro), *Sours* (Eure-et-Loire) y *Lisores*.

Y muchas otras... Creo que resultaría interminable.

Tales alineaciones no se deben al azar, sino que tienen un significado. Trazan

algo..., algo con que yo no he dado. Se observan un dibujo y un propósito. Se dejó una indicación, una enseñanza, una pista.

Yo no la he encontrado, pero, según creo, otros la comprendieron, en primer lugar, los druidas. Una tradición, cuyas fuentes se resisten a ser verificadas, refiere que los atlantes dejaron en Occidente y, en especial, en las Galias, signos, letras y jeroglíficos que habrían descubierto los druidas, ya informados acerca de dicha pista, y que permitieron a éstos reorganizar lógicamente en todos los planos la era de Aries en Occidente, y la llamada druídica a las poblaciones célticas se haría para instruirlas *in loco* .

Se non é vero...

Posteriormente se enterarían los templarios. Y antes que ellos, su Casa Madre: Citeaux. Sin embargo, puedo equivocarme... Citeaux fue fundada en el bosque de Izeure, a orillas del Saona. Los templarios acababan de ser instituidos cuando el rey de Portugal les otorgó un territorio en dicho país, y el conde de Blois les hizo donación de *Sours* , cerca de Chartres.

...Y ellos tenían medios de desciframiento, medios cuyos orígenes estaban en Egipto^[19] .

CAPITULO XI LA LEYENDA DE OSIRIS

Existe una leyenda de Osiris, muy conocida, pero extraña en verdad.

Osiris —dice esta leyenda— se hallaba en guerra con su hermano Set por la posesión de la tierra de Egipto. Set mató a Osiris y depositó su cadáver en un cofre, que abandonó a merced de las olas del Mediterráneo.

El cofre anduvo a la deriva y fue a varar a Tiro, en la costa fenicia. Arraigó allí y prendió en las raíces de una acacia, las cuales se desarrollaron de tal manera a su alrededor, que llegaron a incorporárselo por completo y él se convirtió en parte del árbol.

El cadáver permaneció allí intacto en su «sarcófago» durante muchísimo tiempo.

Ésta es la primera parte de la leyenda. Advertirá uno, si le gusta fantasear, que la acacia es la madera con la que se construyó el arca de los hebreos...

Por otra parte, según la leyenda fenicia, el primer fenicio y primer marino, Uonos, llegó por mar sobre un tronco de árbol, a las cercanías de Tiro, en Sidón, de la que hizo su morada y capital.

¿Se trataría de aquella primera colonización atlante de la que habla Platón? Desde luego, no es imposible. Ocurrió antes de la catástrofe que trastornó al mundo y, por otra parte, *Phoinix* quiere decir «rojo».

Recordemos que Osiris, muerto, pero intacto, permaneció muchos años en Fenicia...

Y he aquí la segunda parte de la leyenda, más confusa pero, sin duda, más «elocuente».

Isis, la esposa y hermana de Osiris, que iba en busca del cadáver, acabó por encontrarlo y recuperarlo.

Set logró apoderarse nuevamente del cuerpo y, tras cortarlo en pedazos, lo dispersó por el mundo. Entonces, Isis emprendió la gran búsqueda, es decir, se propuso hallar todos los pedazos del cuerpo de su esposo para reconstituirlo.

Y encontró todo, salvo un trozo particularmente importante: el sexo. Sin él, Osiris era, digámoslo así, inutilizable.

Durante mucho tiempo estuvo buscando aquel órgano esencial y al fin llegó a encontrarlo — por desgracia, la leyenda no señala en qué lugar— y, una vez reconstituido Osiris, Isis se unió a él y fue fecundada. De aquella unión nació un hijo: *Horus*, hijo del dios, que vengaría a su padre del crimen de Set.

Absurdo, evidentemente... A menos que se trate de un relato alegórico, y entonces tendría un significado completamente distinto.

Lo que nos refiere la leyenda de Osiris, ¿no será una «diáspora», la historia de la dispersión, a causa de un cataclismo, ya de unas tribus, ya de un «colegio» de sabios capaces de volver a dar la vida a Osiris, de hacerlo susceptible de «fecundar»?

Y la gran búsqueda de la hermana-esposa, ¿no será un intento de encontrar y reunir, bien las tribus dispersas, bien ese colegio de sabios capaces de volver a la vida a Osiris?

¿Alegórico? Tal vez, pero no en demasía.

¿Quién es Isis? Se comprende más fácilmente la naturaleza de los dioses que las de sus «esposas». Isis es la que puede ser fecundada y dar nacimiento al hijo de dios, pero su naturaleza no se revela *nunca*. No sabemos mucho más sobre Isis que sobre Deméter o sobre las Vírgenes Negras. Son vírgenes, esposas y madres, pero a todos los niveles: desde el más material al más espiritual. A causa de ello, no es posible aprehender su naturaleza al nivel de lo humano.

Por tanto, hemos de atenernos al aspecto «material» de la leyenda y, en este caso, a su aspecto histórico.

Lo que nos indicó los «puntos» de refugio de los atlantes dispersos, fue principalmente la distribución de dólmenes. Era normal que, entre estos diversos puntos, se hiciera un intento de reagrupación o, por lo menos, de reanudación de relaciones.

Parece claro que fueron los refugiados en el Próximo Oriente quienes se encargaron de los enlaces y quienes, sin duda, obtuvieron de ellos el primer beneficio. Por tanto, no es de extrañar que sea en el Próximo Oriente donde se encuentren los primeros procesos de recivilización, y tanto más, cuanto que las condiciones climáticas eran allí, sin duda, más favorables.

Los «rojos» ocupaban el Asia Menor, incluida Arabia y las orillas del Mar Rojo y, probablemente, todas las islas del Mediterráneo Oriental, entre ellas, Creta. Para los egipcios, los cretenses eran «rojos». Europa, madre de Minos, rey epónimo de Creta, era llamada «Hija del país rojo» o «Hija del Poniente».

Sin duda no se trataba ya de «raza pura», puesto que tomaron, al parecer, la lengua de los semitas autóctonos; pero lo importante está menos en la raza que en saber que predominaba aún.

Muy pronto restablecieron el contacto con Occidente, como lo prueba la creación o recreación de Tartesos a orillas de lo que llegó a ser el Guadalquivir, y ello, unos tres mil quinientos años antes de nuestra Era.

Víctor Bérard ha demostrado de manera evidente que el poema homérico (pero HMR, ¿no significa rojo?) de la *Odisea*, cuyos orígenes son fenicios o cretenses, constituía un cuerpo de perfectas «instrucciones náuticas» para la

navegación por el Mediterráneo. Sin embargo, es cierto que no se limitaron a este mar y a Tartesos. Navegaron también por las costas de África y Europa. No creo que fuera necesario ir muy lejos para encontrar sus huellas en el litoral cantábrico. En todo caso, la leyenda irlandesa menciona una invasión de Irlanda por los milesios y, por otra parte, el descubrimiento de grabados de estilo cretense en los trilitos de Stonehenge evidencia que recorrieron también Inglaterra por lo menos dos mil años antes de Jesucristo.

Una civilización había sido reconstituida en el Próximo Oriente y en Creta, con ganadería, agricultura y monumentos. Y desde hace poco se sabe que las bases de esta civilización — probablemente destruida de nuevo por un «diluvio»— datan de unos seis milenios antes de nuestra Era.

Sería interesante saber si se encuentra allí a Osiris, en una u otra forma.

Estamos aún poco informados acerca de la raza negra que «dominaba» y domina aún en Etiopía y, sin duda, en una parte del Sahara. Según Madame Szumlanska^[20], dicha raza habría mantenido contacto con las orillas atlánticas de África por el Hoggar y el Senegal.

Parece que fue en Etiopía donde llegó a «reconstituirse» a Osiris, aunque no sabemos si el Gran Colegio pudo ser reunido de diversas partes del Globo. Luego fue trasladado de nuevo a Egipto.

Según Heródoto y Diodoro de Sicilia, los «etíopes occidentales» —a los que dan el nombre de atlantes— pretendían haber colonizado Egipto en el albor de los tiempos.

Según Heródoto —que viajó por Egipto antes que Solón y al que los sacerdotes aseguraron también que sus archivos tenían más de ocho mil años de antigüedad y que se había conservado el recuerdo de sus muy lejanos orígenes —, *enumeraban, según un libro, los nombres de 350 reyes* (después de Min). *En tan larga sucesión de generaciones había dieciocho etíopes*. Y hoy sabemos casi con certeza que, en efecto, la civilización de los faraones llegó a Egipto a través de Etiopía. Ahora bien, se ha dicho que *faraón* significaba herrero, y Platón considera a los atlantes como metalúrgicos.

«Mucho más tarde, los hebreos conocieron, entre las más antiguas poblaciones de Palestina, a algunos “gigantes” y, por otra parte, a naciones civilizadas y metalúrgicas: los acadios y elamitas»^[21].

En realidad, cuando los faraones llegaron a Egipto fue con una civilización ya creada, y el faraón era el portador del Osiris. Más que una civilización, era un saber, expresado en tres pirámides, que alcanzaron una perfección.

Yo diría que son los libros del saber del Osiris reconstituido. Tumba del Osiris. Tumba realmente singular, aun cuando Keops, Kefrén y Micerino —que, según dicen, fueron faraones—, creyeron conveniente firmarlos. Con razón o sin ella, los considero anteriores a los intentos de «reconstitución» del arquitecto Imhotep en Sakkarah. Imhotep fue un hombre genial. Las tres pirámides de Ghizeh superan el genio de un hombre. No tienen constructor conocido, como tampoco lo tiene, más adelante, Chartres, que está vinculada a ellas por medio

de mil lazos sutiles, algunos de los cuales son legibles^[22] .

Constituyen la enseñanza de Osiris, aquel Osiris que llevaba —digámoslo así— la oca en sus armas.

Y esto nos conduce de la mano a nuestra espiral occidental del dios Lug.

CAPITULO XII ¿QUIEREN USTEDES JUGAR AL JUEGO DE LA OCA?

¿Qué tiene que ver la oca en este asunto?

No soy yo quien la ha llamado, sino ella la que se ha impuesto, y precisamente a lo largo de la espiral que trazan en el suelo de Francia los «dominios de Lug»; la oca, sí, y además, el caballo.

La oca, en la forma en que la conocemos en la actualidad, pero casi siempre en sus formas antiguas o populares francesas de *l'auche*, *l'oue* y *l'ouche*. La encontramos, en el centro de la espiral, en el pueblo de *Loye*, y en gran número de aldeas, como *Laugère*, *L'Auchère*, etc., así como en cada dominio, en casi cada casilla de la espiral y, en ocasiones, varias veces. Recorrer la espiral es hacer un «camino de la oca». Es el «juego de la oca», el noble juego renovado por los griegos...

Según una tradición muy arraigada, el juego de la oca, como el del ajedrez, es algo distinto de un juego o, más bien, algo más que un juego, o sea, un *sistema* de enseñanza, una representación —una fórmula, que diríamos hoy—, quizás un medio mnemotécnico. Y, probablemente, todo ello a un tiempo.

Para Fulcanelli, este juego de la oca era *un laberinto popular del arte sacro y una recopilación de los principales jeroglíficos de la piedra filosofal*^[23].

Recordemos el «jeroglífico».

Y precisamente para Augustin Berger, que se ha dedicado mucho a esta cuestión del juego de la oca^[24], el nombre de GEB, dios egipcio de la Tierra, se expresaba por medio de un jeroglífico derivado del de la oca silvestre.

El dios de la Tierra, es decir, una personificación de la Tierra con todas sus cualidades, tanto materiales como de cualquiera otra índole. Y sobre la tierra está «trazada» nuestra espiral...

Ahora bien, Osiris —al que ya hemos encontrado en esa porción geográfica en su forma Isoré—, es *Herederero de GEB*; y el hijo de Osiris, nacido de la fecundación de Isis, se llama *Herederero del trono de GEB*. En términos legales —puesto que de herencia se trata—, cualquiera que haya conquistado a Osiris, tiene conocimiento de la tierra y poder sobre ella, y su «herederero», Horus, el Osiris redivivo, tiene poder sobre ella. Es el Rey de la tierra, el Amo del mundo.

GEB se representa a menudo con una oca sobre la cabeza. También se representa en forma de un «ganso» cuya hembra, la oca, fecundada, pone el huevo del Sol.

Nos hallamos aquí en el nivel superior, alquímico, del símbolo.

No obstante, conviene recordar que existen conexiones entre el «Ganso» y «Osiris», fecundadores, y entre la «Oca» e «Isis», fecundadas.

¿De dónde pueden provenir esa asimilación y esa analogía? Es imposible responder, a menos que se recurra a la cabala fonética —totalmente distinta de la *qabbalah* hebrea, numeración aplicada a la lectura del sentido oculto de la única escritura hebrea..., de la que no es lícito, por esta razón, cambiar ni una *iota*, lo cual haría la lectura inteligente tan imposible como la de una fórmula algebraica cuyos términos se hubiesen cambiado.

En cambio, la cabala fonética juega con analogías de sonidos relacionados con imágenes-símbolos. Estas imágenes, solas, son inmutables, igual que sus símbolos. Las similitudes fonéticas se «plasman» en estos símbolos, en que se desarrollan imágenes según los tiempos y la eterna y constante transformación.

El ejemplo más típico lo tenemos en el vocablo «druida», que, por asimilación fonética, es designado, ora por el roble «dru»; ora por el jabalí, «truth» o el salmón, «truit», lo cual permite, en el cuento maravilloso, disimular al druida en el roble, el jabalí o el salmón.

Esto puede parecer superficial, pero también adquirir una profundidad inesperada. El «dru», que es druida y roble, es también fuerte. El «truh», jabalí, es solitario y está separado del «egregore» de raza o clan. El «truit», salmón, fue en la Era de los peces, el símbolo del conocimiento de dicha Era —el famoso «Salmón del Saber» de los cuentos del comienzo de nuestra Era (150 a. J. C.)—. Se infiere de ello que el druida era poderoso y fuerte como el roble, solitario e insumiso al espíritu de clan como el jabalí, y sabio como los peces celestes.

Según parece, aún hay druidas más o menos herederos de los antiguos; pero el roble no es ya «dru», ni el jabalí el «truth», y el salmón sólo está emparentado con la trucha. En consecuencia, y lógicamente, el druida actual no es ya «fuerte» ni solitario, ni está separado del espíritu de clan, y sólo posee una pequeña sabiduría de agua dulce...

Esta historia de la cabala (el lenguaje alquímico es totalmente cabalístico) atañe a uno de los grandes misterios de los orígenes, que es el del verbo y la acción de éste. Puede suponerse que al principio, cuando el *Homo* se hizo *sapiens*, el lenguaje fue para él no sólo un medio de comunicación, sino también de acción y poder. Y esto es poco más o menos lo que dice el Génesis, según el cual, Adán, primer *sabio*, puso nombre a todos los animales, y, por tanto, adquirió poder sobre ellos.

Los «verbos», los lenguajes, cambian con los tiempos y lugares; pero las imágenes-símbolos permanecen intangibles, sea cual fuere el lenguaje, y éste se «plasma» o no, en ellas, según las peculiaridades de los pueblos que las poseen; las «adivinanzas» cabalísticas más antiguas pueden así aún leerse, y su enseñanza permanece íntegra para quien está instruido en la ciencia cabalística.

¿Qué es, pues, la oca? Evidentemente, un animal acuático, terrestre y aéreo.

¿Qué representa como tal?

En la mitología griega, Zeus, metamorfoseado en cisne, fecunda a *Leda*, transformada en oca. De sus huevos nacen la Belleza, *Helena*, y los Dióscuros, *Castor* y *Pólux*. Castor poseía el arte de domar los caballos; Pólux era un boxeador invencible; en suma, la belleza, la fuerza y el don de utilizar la yegua, la cabala, inteligencia de las cosas ocultas.

Buscar estas tres cosas es una tarea digna de ser emprendida, aunque sea jugando al juego de la oca...

Aunque menos helénicamente —desde el punto de vista fonético—, es indudable que existe una relación directa entre la oca, *l'auche* y las *aases*. Las *aases* son personificaciones de fuerzas naturales, y se ha de pronunciar oses, como se hace aún hoy en Escandinavia. *L'auche* se asimila a *l'aase*, y su simbolismo es idéntico. Son las propiedades de las fuerzas del agua, de la tierra y del aire^[25].

Es un simbolismo para gente que transforma la materia y saca de ella inteligencia, fuerza y belleza.

Y he aquí la famosa oca del dios de la tierra GEB, oca que va acompañada, en el jeroglífico del dios, de una pata, lo cual puede dar una idea de la marcha hacia la oca. En todo caso, hay una relación de movimiento entre la oca y la pata, el pie... El pie de oca. En francés antiguo —pero ¿es tan antiguo como eso?—, el *pé-d'oue* y el *pedzouille* en lengua más moderna, marcado con el pie palmeado, secuaz —ahora inconsciente— del ser de pie palmeado, la Madre Lusina o «Reine Pédaue».

Y si hemos de creer a Dauzat, *ouche* podría significar también cultivo, tierra cultivada. Y he aquí, pues, a nuestros primeros iniciados en el juego de la oca, los «pedzouilles», los campesinos.

Son ellos los que ocupan las «casillas» del juego, los hogareños, productores de alimentos arrancados a la Tierra-Madre. Pero el «juego de la oca», que se presenta como pasatiempo sobre el papel o en forma de espiral en el suelo, es un juego de movimiento. Hay que recorrerlo. Hay una *marcha a la oca* que, como camino de iniciación, implica el paso de una «fuerza» terrestre a otra; el aprendizaje de las *aases*...

Es tradicional y se pierde en los milenios. Aún ahora, los Compañeros de Trabajos, herederos de los constructores de catedrales, han de hacer su aprendizaje en el curso de un viaje de iniciación: el «Tour de France», que, como la espiral, se desarrolla sobre el suelo de este país. Desde luego, no siguen ya la espiral, pero la tradición del viaje ha permanecido intacta.

Los niños de los pueblos franceses practican aún este juego del desplazamiento en la espiral: es su «coxcojilla», en la que, en una espiral de casillas, hay que desplazar a la pata coja un tejo de piedra hasta el centro: tierra de promisión. Y la espiral se desenvuelve en el mismo sentido que la inscrita en el suelo de Francia.

El juego debe de ser muy antiguo, y la Iglesia puso en él su granito de sal, que dio una nueva «coxcojilla» por recorrer: la que tiene forma de iglesia en crucero; una cruz que va de la entrada, llamada siempre «tierra», al «cielo», que se encuentra en el santuario.

Mas no por ello ha desaparecido el juego de la espiral. Ambos se juegan conjuntamente, y siempre es la *pedra* la que se empuja hacia la meta.

Si esos compañeros de los tiempos antiguos seguían ese camino de la oca, es cosa que ignoro, pero es digno de nota que los constructores meridionales, los *cagots*, llevarán todavía como distintivo el pie palmeado de la oca, el *pedauque*.

La leyenda pretende que el juego de la oca, igual que el del ajedrez, fue inventado para distraer a los combatientes de la guerra de Troya, por un rey de Eubea llamado *Palantedes* (en cierto sentido, el «palmeado»...).

El «palmeado» es el que ha hecho su «juego de la oca», el que ha efectuado «son tour», el que *sabe* lo que tenía que aprender. *Para él es la palma*.

Y la palma es también la *palma de la mano*. Y las manos de hombres prehistóricos, dibujadas o grabadas, tal vez no sean sólo simples distracciones gráficas.

La oca se muestra, pues, como el símbolo de los dones de la tierra, a la que hay que saber «fecundar»; una aase benéfica o maléfica, si hemos de creer en el juego de la oca. El destino, personificado por los dados —no me atrevo a decir las piedras cúbicas—, lleva al hombre, según su suerte personal, hacia las «casillas» benéficas o maléficas. Y el resultado de la iniciación que pone fin al viaje es la posibilidad de extraer de la materia inteligencia, fuerza y belleza.

Los individuos que llegaron a tal estadio fueron aquellos a quienes los griegos llamaron «demiurgos», los correspondientes a nuestros oficiales eficientes, los maestros de la Edad Media.

Y fueron ellos, y *sólo ellos*, los que pudieron transmitirnos una tradición por medio de las imágenes-símbolos que grabaron.

Hemos de advertir asimismo, más materialmente, que el juego de la oca en espiral sobre el suelo es una lección de geografía, un medio mnemotécnico de conocimiento de los lugares donde se revelan ciertas propiedades de la tierra, donde se construyen los templos, dólmenes u otros megalitos, medios de acción sobre el hombre para alcanzar una mayor perfección humana.

Pero son precisamente las personas del viaje las que edifican los templos...

¿Sería posible «jugar» aún a este juego de la oca que se desarrolla en el suelo de Francia? Sólo un poco, ya que una parte de la espiral ha desaparecido.

Así, imaginándonos que tenemos un verdadero juego de la oca, podemos jugar a numerar las «casillas» en sentido inverso a como yo lo he hecho, y, en vez de

dar el número 1 a la «puerta» central, asignarle el 63^[26], como en el juego «renovado por los griegos», y numerar luego retrocediendo tan lejos como sea posible.

Sigamos, pues —¿y por qué no?—, estas reglas del juego y divirtámonos.

La primera indicación es la de que si lanzando los dos dados se saca 9 por 4 y 5, va uno de golpe a situarse en la casilla 53, es decir, la de *Loches*.

Si se saca 9 por 6 y 3, pasa uno a la casilla 26. Por desgracia, la casilla está actualmente vacía, y la toponimia no me ha indicado ningún lugar Lug. Sin embargo, una cosa es digna de notar: que debería encontrarse en la misma línea (la que une Lyon con Is) que la casilla 53.

Y entre ambas está la casilla 42, la de Loudun. La del laberinto en el juego habitual.

Es ya muy extraordinario que, con ayuda del 9, pueda empezarse el camino a una y otra partes de este laberinto. En todo caso, la posición de las casillas me parece más racional que en los juegos que se encuentran en el comercio y en los que estas casillas están situadas en cualquier lugar, según la magnitud y el desarrollo dado a la espiral por el fabricante.

Pero ¿y el laberinto? Desde luego, se sabe bien que se trata de una construcción de Dédalo en Creta, pero ya no es tan sabido que se encuentra, mucho antes de la civilización cretense, en el Neolítico, en algunos monumentos megalíticos. Hay un notable espécimen en la entrada del museo de Dublín.

Se lo encuentra un poco por doquiera y desde muy antiguo. Lo vemos en nuestras catedrales, en los almocárabes de Leonardo de Vinci, así como en Chef-Boutonne^[27]. Y los Compañeros de Trabajos no ocultaban que tenía para ellos un valor de enseñanza, si bien no revelaban cuál.

La región valía la pena ser examinada. Sólo he podido hacerlo sobre los mapas del «Institut National de Géographie», a la escala de cincuenta milésimas, y no he descubierto gran cosa; pero temo que se haya debido a deficiencia. Se ve allí *Loudun*, que es, indiscutiblemente, un *Lugdunum*, como también el león y la oca. Ésta, incluso dos veces: en *Oiron*, y en el lugar denominado *La patte d'Oie*, que nada debe —como la de Gonesse— a un cruce de caminos, ya que no los hay.

Sin embargo, estos dos lugares van acompañados de dólmenes. Hay allí dos concentraciones, a las cuales se unen «mogotes» y «túmulos».

A guisa de conjetura, pienso que el «laberinto» está oculto y que el camino subterráneo sigue vestigios de corrientes telúricas en forma de galerías cubiertas.

Hay que salir de este laberinto. La actual —y antigua— regla del juego indica que todo el que llega al laberinto ha de volver al número 30. Es un juego. Sin embargo, este número 30 debe de hallarse —a mi modo de ver, desde luego,

aunque puedo equivocarme, puesto que la espiral está incompleta— en la actual Entre-Deus-Mers, centrada sobre *Lugasson* y que parece haber tenido una extraordinaria importancia megalítica.

Ahora bien, según Franc de Ferrière, que estudia esta región, no lejos de *Lugasson* se yergue la colina de *Casevert*, cuyos 121 metros de altura dominan todo el departamento de la Gironda. En una cueva abovedada de una casa próxima a la cima hay un pozo que en ciertos días rebosa e inunda la misma pese a la elevación del lugar, muy superior a todas las capas de agua existentes en varios kilómetros a la redonda.

¿Se trata de una coincidencia? Se ha de advertir, empero, que *Casevert* podría significar muy bien la *verdadera gruta* o la *gruta sagrada* —de *chaize*, hoyo y ver, verdadero (*veré* y *voire*, también en francés antiguo)—, pero en el sentido de sagrado.

Para volver sobre esta región del laberinto, región de *Loudun*, se halla rodeada, en gran parte, de «feudos» de Melusina: Lusignan, Saint-Maixent, Mervent, Vouvant, Tiffauges..., castillos de la Edad Media construidos por el «Hada», pero lugares mucho más antiguos.

(Se habrá reparado en el insólito número de desinencias en *ant*.)

Prosigamos nuestro juego. Si se pierde una partida de la espiral, su origen es bastante legible aún al pie de los Pirineos Occidentales. El juego demuestra que si saca uno un 6, va a parar a un puente, y es ya bien extraordinario que ello nos lleve precisamente a la región de Aviñón.

Sur le pont d'Avignon,

On y danse, on y danse...

¿No había puente en aquellos tiempos? ¿Qué sabemos nosotros? Los «pontífices» tal vez sean más antiguos de lo que uno cree...

La cárcel lleva el número 52, y correspondería a la región del Grand Lugeue.

Respecto al 58, la muerte —que obliga a volver al principio cuando no se puede salvar—, es bastante asombroso que «caiga» en el Bourbonnais y comprenda el paraje de *Glozel*.

Pero antes de abordar este tema, muy importante, he de evocar el caballo.

Prácticamente no se sabe nada acerca del origen del caballo.

No conocemos caballos verdaderamente salvajes, pero existe un *lazo* entre el caballo y el hombre, *su más noble conquista*, y todas estas palabras tienen su importancia.

Simbólicamente, el origen es, sin duda, atlántico. Poseidón, el dios de la Atlántida, haría surgir los caballos al tocar el mar con su tridente.

Y casi podría decirse que el caballero nació con el caballo. El caballo blanco y, al propio tiempo, la «yegua». El símbolo del caballo es inseparable de la iniciación.

Jacques Duchaussoy, en *Le Bestiaire divin* ^[28], observa que sólo dos animales del bestiario tienen melena: el león y el caballo, lo cual los «clasifica» entre los animales de luz, o sea, los animales «solares». A este nivel, el símbolo se convierte en alquímico.

Tanto en la realidad como en el símbolo, el caballo es un animal transportador, y la yegua, el medio de transporte del hombre en las llamadas ciencias ocultas. Y mientras el caballo desempeñe ese papel en la realidad, subsistirá el símbolo, ya lleve al «caballero» errante o bien —bajo las apariencias de Pegaso—, al poeta.

En ciertas provincias, los montones de piedras —*cairns o murgers*— son llamados «Grand-Chyron»; ahora bien, Quirón el centauro era amigo y educador de Hércules. En efecto, Quirón, centauro, es siempre gran iniciador.

Se ignora el origen de la palabra «caballo». El *cabalas* latino que designa al caballo de labor proviene, tal vez, del galo, como el *paraveedra* que ha quedado en «palafren». Sin embargo, el símbolo no era menos válido entre los latinos, en que el *equites* tenía más el sentido de caballero que de jinete. En cambio, parece desconocido en Germania, en donde el *Reiter* es sólo un jinete.

Ahora bien, nuestro «juego de la oca» está lleno de lugares concernientes al caballo. Puede tratarse de posadas o mesones. ¡Cuántas hosterías aún del «caballo blanco», que no tenían nada que ver primitivamente con las cuadras...! Se ha conservado el recuerdo de caballos legendarios.

Todavía encontramos en la bahía de Douarnenez, frente a la desaparecida Is, una «Pointe de la Jument» (Punta de la Yegua). Y fue un caballo blanco el que llevó al rey Gradlon cuando éste huía de su país invadido por las aguas.

El caballero del blanco caballo surgió en medio de la catástrofe, cuando los diques se rompieron y, habiendo perdido el mar su contención irrumpió en los cultivos y las moradas de los hombres. Primitivamente, lejos de personificarlo, debía de evitar el cataclismo.

Piensa uno aquí, involuntariamente, en aquellas estatuas esparcidas por las “villas” y granjas de la Gália del Nordeste, en la época romana, y que representaban a un jinete sagrado; su caballo, para lanzarse, se apoya sobre los fuertes hombros de un gigante anguipedo, de un gigante tendido en tierra, que empieza con cola de serpiente y yergue por encima del suelo su cabeza humana^[29].

Y he aquí lo que podría proporcionarnos alguna luz sobre aquellos «Contes de ma Mere l'Oye», cuentos infantiles en relación con los cuales queda uno asombrado de que los alquimistas —los anales prosiguen el estudio de la esencia de la materia— hagan tanto caso.

¿No serán estos cuentos, pese a las desviaciones introducidas en ellos por los proyectos literarios directrices transmitidas, en forma anecdótica, a los «Estudiantes de la Naturaleza», a los «Hijos de la Viuda» (ya sea ésta Selva o Virgen Negra separada de su fecundador), en su búsqueda de la esencia suprema?

¿Qué pensar ahora de ese Pulgarcito que calza las botas del gigante, de ese «gato» con botas que consigue poder para su amo, el marqués de *Carabas* (padre o servidor de la Piedra)?, de esa piel de asno que cubre la radiante hermosura de la Bella —¿creéis, decía san Bernardo, que no es posible sacar miel de la Piedra?—, y de esa Bella que se duerme en su retiro de espinos hasta que la besa el Príncipe encantador, que posee el «encanto»?

Y tantos otros...

En verdad, nos los hayan transmitido Perrault o Madame D'Aulnois, son cuentos que vienen ya de lejos, que se pierden en los milenios.

...Cuentos de iniciación de la «Mere l'Oye», de la Reina de pata de oca, de los que cada cual toma, según sus alcances, lo que buenamente puede...

Y que bastan también para distraer a los niños, al igual que la coxcojilla o el juego de la oca.

El caballo está en la leyenda con pleno derecho y al mismo nivel, y, como tal, sus movimientos tienen un valor de símbolo o alegoría.

Es la Gran Yegua, montada por Gargantúa, la que, con gesto civilizador, desbroza la llanura de Beauce donde será sembrado el trigo. Es el caballo Bayard —cuyo nombre se conserva desde los tiempos de Bélen—, el que permite a los cuatro hijos Aymon escapar de Carlomagno, los cuatro hijos «en yegua», que no tienen más protección que a ella... A ella y a todos los versados en la cabala, entre los que figura Maugis, el mago. Cuando se intenta ahogar al animal precipitándolo en el Mosa con una piedra de molino atada al cuello, la rompe con el casco y escapa, ajeno a todos los poderes.

Pueden también mezclarse todas las leyendas del caballo en todos los tiempos, porque es el mismo, y su tradición, que yo sepa, apenas ha decaído, al igual que el significado que se le atribuye.

Casi podría decirse que, doquiera se encuentre el caballo, bien sea en la más remota prehistoria, bien en los tiempos más modernos, se descubre el mismo símbolo invariable, emblema de los mismos conocimientos y de las mismas gentes...

CAPÍTULO XIII GLOZEL

Este caballo, este juego de la oca, esta espiral geográfica, estas alineaciones de lugares, parecen, como mínimo, asombrosos. El modo en que se nos han presentado hasta aquí nuestros lejanos antepasados, especie de homínidos, más o menos disminuidos mentalmente, llevando una penosa vida agrupados en cuadrillas, no concuerda mucho, que digamos, con ése su conocimiento preciso de la Geografía y de la tierra y con ésa su habilidad para utilizar símbolos demasiado inteligentes para ser intelectuales.

Pero ¿se acomodaría mejor en el caso de que hiciéramos de ellos superhombres, siendo así que fueron también talladores de sílex y cazadores de uros?

Entonces, ¿qué?

Pues que, según la buena lógica, se ha de admitir que en aquellos períodos, como en todos, hubo personas que idearon, otras que realizaron, etc. Y esto es cierto para cada período de la Historia o la Prehistoria. El error radica en querer «juzgar» una «civilización» por una punta de flecha, lo cual no tiene más valor que pretender juzgar, por ejemplo, la Edad Media por un viejo arco o una vieja saeta, olvidando Chartres y Amiens.

Y si Chartres y Amiens hubieran desaparecido, el error no sería menos mayúsculo.

Además, tenemos la lamentable tendencia a enjuiciar los tiempos pasados según nuestro concepto actual de civilización, lo cual conduce, naturalmente, al error. Así —para poner un ejemplo—, llegamos a afirmar que cuantas más necesidades siente el hombre, más civilizado es, lo que no deja de ser una concepción infantil, pues, por lo común, el que siente menos necesidades es precisamente el más evolucionado. Y aquel que recorre el mundo en automóvil o avión, lo conoce, sin duda, menos profundamente que el que lo recorre a pie.

Después del próximo cataclismo —y quizás aun antes— no quedará nada de todas las filosofías, salvo si éstas han participado en la concepción de los monumentos duraderos. Entonces serán resueltas —en dimensiones, proporciones, acciones y símbolos—, en esos monumentos en que los constructores las hayan inscrito y que habrá que descifrar.

De aquí que sean los constructores los grandes transmisores del saber. Gracias a ellos han persistido tradiciones y símbolos, y convendría estudiar, sobre todo, sus trabajos, para tener cierta idea sobre las épocas pretéritas, evitando considerarlas *a priori* como bárbaras porque, en el mismo tiempo, los pucheros no estaban muy bien cocidos.

Veamos la bellísima historia de Glozel. Resulta instructiva para más de un jefe.

En 1924, un labrador del Bourbonnais, Fradin —de la aldea de Glozel, no lejos de Vichy—, descubrió uno de sus campos unos restos prehistóricos que presentaban, según las normas admitidas, todas las características del Neolítico. La cosa en sí no tenía nada de extraordinario. Tales restos abundan en toda la región; no obstante, existía allí una concentración muy notable.

Pero había algo más que los objetos habituales: había ladrillos que tenían unos signos alfabéticos, lo cual puso a los especialistas en Prehistoria en estado de alerta. Tenían sus motivos para ello, pues casi todos declararon solemnemente que la escritura procedía de Oriente y que había sido inventada —al menos, en su forma alfabética— por los fenicios en época bastante cercana (en todo caso, muy posterior a los comienzos del Neolítico).

El descubrimiento de un alfabeto anterior hacía pasar todas sus teorías a la categoría de ensueños. Y esto raramente complace a los «pontífices», que toman de buen grado sus opiniones por dogmas establecidos.

Los «pontífices» partieron, pues, para la guerra. En primer lugar, tratando de apropiarse del descubrimiento de Fradin y de su consejero, el insigne arqueólogo doctor Morlet. Frente a la negativa de éste a inclinarse ante su superioridad, los «pontífices» resolvieron —la mayoría, aun antes de haber visto nada— que Glozel era una superchería.

Dicho de otra manera, Fradin fue acusado de haber «hecho» las piezas encontradas. A los geólogos —los únicos técnicos del suelo—, no se les hizo el menor caso, por más que afirmaron que el terreno de las excavaciones no había sido tocado. Los «pontífices» habían decidido que las piezas eran falsas y lo hicieron proclamar por una comisión.

Poco les importaba saber cómo Fradin —campesino de aquel rincón serrano—, pudo reproducir los «caracteres» de un alfabeto ibérico, cuyo origen se ignora, lo mismo que los caracteres del sarcófago de Hiram, rey de Tiro descubierto después de Glozel. Poco les importaba saber cómo aquel aldeano pudo grabar sobre guijarros y huesos de reno figuras a veces muy bonitas. Era preciso que los «pontífices» tuvieran razón.

El profesor Capitán y —entre otros— el abate Breuil consiguieron aquí una gloria inmortal. Y, al mismo tiempo, demostraron a todo ser sensato que la «ciencia» de la Prehistoria se hallaba aún en mantillas, ya que si un campesino puede en nuestros días «hacer» de prehistórico, cualquier otro pudo actuar durante años en un plan totalmente falso, y entonces, ¿qué valor tendrían todas las piezas de museo, cuidadosamente etiquetadas, y todas las lecciones dadas a propósito de ellas?

Para quienes «seguían» el asunto hubo momentos de gran alborozo cuando los «pontífices», perdiendo todo comedimiento, recurrieron, para injuriarse, al vocabulario de palabras gruesas utilizado en el transcurso de sus recreos de infancia. Robert Charroux ha referido esto en *Cent Mille Ans de l'histoire des hommes* ^[30]. Por tanto, me reprocharía a mí mismo volver sobre ello.

Por otra parte, poco importa la ciencia oficial y sus batallas, sus murmullos de descontento y sus desdenes. Glozel está allí y es válido, puesto que el suelo de

las excavaciones se hallaba intacto, Fradin era incapaz de grabar guijarros, ladrillos y huesos de reno y Glozel es sólo una parcela de una región en la que abundan los objetos similares (acerca de los cuales los campesinos que los encuentran prefieren ahora guardar silencio, a fin de evitarse complicaciones).

En Glozel hay gran número de objetos diversos y de épocas, sin duda, distintas, que no «cuadran» siempre en el marco de las ideas en boga.

En primer lugar tenemos esos ladrillos, bastante mal cocidos, grabados con signos alfabéticos.

Hay ladrillos en los cuales fueron impuestas manos humanas.

Hay pucheros, llamados «ídolos», cuyas representaciones sexuales son evidentes.

Hay pucheros, llamados funerarios, con representación de una cabeza humana sin boca.

Hay guijarros, también grabados con signos alfabéticos idénticos a los de los ladrillos, y representaciones animales, entre las cuales figura el reno, lo que, al parecer, es una falta de sentido.

Hay anillas grabadas con signos alfabéticos, pero cuya pequeñez impide que hayan podido ser utilizadas como brazaletes.

Hay otras anillas grabadas que pudieron ser brazaletes.

Hay huesos de renos grabados con animales y signos.

Hay utensilios de piedra y otros objetos utilitarios de piedra astillada, de piedra tallada y de piedra pulida.

Hay cerámica, arpones de pesca y curiosos falos pequeños.

En suma, hay objetos que pueden ser mesolíticos o neolíticos... o más recientes.

Y, además, las tumbas. Es indudable que el emplazamiento de Glozel fue una necrópolis.

En fin —y esto es una comprobación personal—, Glozel se halla situado en la quinta casilla del juego de la oca, o sea, la 58 sobre el camino centrípeto, es decir, la casilla de la muerte.

¿Qué conclusiones podemos sacar de todo esto?

El simple buen sentido exigiría que, tratándose de un cementerio, se hubiesen enterrado allí —sea cual fuere el ceremonial— cuerpos con sus objetos personales que —forzoso es creerlo así— habían tenido una significación para el vivo, significación conocida y aceptada por aquellos que los inhumaron.

Ello hace que el conjunto de objetos pueda parecer totalmente dispar e ilógico, como podría parecerlo si se encontrara la tumba de una mujer del siglo XV enterrada con alhajas egipcias..., o una cratera griega en la tumba de Vix.

Yo diría que no es posible dar a Glozel una fecha precisa, y, probablemente, ni con algunos milenios de error. El hecho de haber encontrado astas de renos grabadas, no autoriza a fechar la necrópolis en el tiempo en que el reno estaba en esas regiones, a saber, durante el período glacial. Ello prueba, simplemente, que uno o varios de los enterrados tenían astas de renos grabadas, las cuales podían muy bien haber sido traídas de las regiones nórdicas.

El que cierta alfarería se asemeje a la del prehistórico cretense no quiere decir que se trate de una necrópolis cretense; significa sólo que en Glozel se hizo alfarería como la cretense.

Prácticamente hay una sola indicación de edad *mínima* : no existe ningún vestigio de bronce, y aunque éste acabe por descomponerse en diversos óxidos, como todos los metales, suele durar bastante tiempo. Existe, pues, casi la certeza de que la necrópolis data de *antes* de la Edad del Bronce, tal como ésta se define actualmente.

No importa. Lo que tiene un gran interés son los signos alfabetiformes, sobre los cuales precisamente se llevó a cabo la «gran guerra» de los sabios.

Tales signos son, sin duda, alfabetiformes. Entiéndase por esto que se parecen a un alfabeto; al menos lo bastante para que Jullian creyera descifrar en ellos unas plaquitas mágicas de la baja época galorromana. Pero ¿son alfabéticos por eso? Quiero decir: ¿hay en ellos, con seguridad, signos de un lenguaje que correspondan a sonidos, de forma que una disposición de los mismos permita una lectura, y otra disposición, una lectura distinta?

Al parecer, todos los que se han «ocupado» de Glozel, defensores de la realidad del paraje o adversarios, han quedado obnubilados ante este «alfabeto» y ante la posibilidad de la existencia, en Occidente, de una escritura ya en el Neolítico e incluso anteriormente.

Ahora bien, en el tiempo en que dichos signos fueron publicados, un Compañero de los Trabajos, un carpintero de armar, escribió a Salomón Reinach —uno de los pocos sabios que creía en Glozel—, que algunos de los signos publicados se asemejaban extrañamente a signos gremiales.

Salomón Reinach incluyó la citada carta en el diario de la historia de Glozel, donde anotó fielmente los episodios de la batalla de los especialistas en Prehistoria, en la que tomó parte^[31]. Aquí es donde la he encontrado. Sin embargo, para Salomón Reinach no podía significar nada aquello y glosó, como a propósito de otras explicaciones: *Deliramento*.

Sin embargo, la predisposición al delirio no es el defecto principal de las gentes cuyo oficio consiste en ensamblar vigas entre cielo y tierra. Y quizás habría valido la pena que se prestara alguna atención al informe de referencia.

Cuando Salomón —dice la Biblia— quiso erigir el Templo para el que su padre, David, había reunido los materiales, comprobó que Israel carecía de obreros cualificados. Entiéndase obreros cualificados para la construcción de templos, es decir, que poseyeran los datos esotéricos de las proporciones, dimensiones y demás. Recurrió, pues, a su vecino Hiram, rey de Tiro, quien contaba, en su pueblo, con «constructores».

El rey de Tiro nombró, para dirigir los trabajos, a su homónimo *Hiram* o *Abhiram*^[32], quien recurrió, a su vez, a constructores de distintos países. Y la leyenda cuenta que, como no todos aquellos hombres hablaban la misma lengua, Salomón compuso para ellos un diagrama de signos dispuestos en círculo, por medio del cual, aunque sin entenderse oralmente, aquellos obreros, utilizando racionalmente los «signos», podían realizar todos los trabajos.

Este diagrama constituye lo que los Compañeros denominan «Péndulo de Salomón»^[33], que los maestros también utilizarían.

Pero es sorprendente encontrar algunos de estos signos no sólo en el «alfabeto» de Glozel, sino, además, en el de Alvao en Portugal, que es conocido por el alfabeto ibero, también neolítico, según parece, y —lo que es más extraño— en los signos grabados en el sarcófago de Hiram, rey de Tiro, descubierto —por otra parte— después del emplazamiento de Glozel.

Fradin había sido acusado de copiar signos del «alfabeto ibero», pero, sin duda, no podía conocer los del sarcófago de Hiram, que no se había descubierto aún...

No todos los signos son idénticos entre estos diversos alfabetos; sin embargo, algunos se encuentran en las tres fuentes; pero el hecho de que haya no uno, sino varios idénticos, descarta la «solución» de la casualidad o coincidencia.

Y todo esto se extiende a través de milenios...

Los fechados prehistóricos son, por lo general, bastante caprichosos, porque los procedimientos de fechado científico, por ejemplo, mediante la radiactividad, raramente son utilizables, si bien parece ser que los signos de Glozel son los más antiguos que poseemos actualmente. Luego vendrían los de Alváo, que se remontarían al cuarto o tercer milenio y, por fin, los del sarcófago de Hiram, de comienzos del primer milenio, que sería también la legendaria fecha del «Péndulo de Salomón».

Si se tratara de un alfabeto fonético, habría que admitir, pues, que fue inventado en Occidente hace muchísimo tiempo: tal vez a principios del Neolítico...

Sin embargo, todos los sabios sostienen que este alfabeto se inventó en Fenicia y en una época no muy lejana. Se comprende, por tanto, esa protesta general contra los hallazgos de Glozel, que echaban por tierra las teorías sobre las cuales habían edificado aquéllos su renombre.

Lo divertido es que, pese a todas esas disputas, cabe muy bien que los sabios

tengan razón y que el alfabeto fonético fuese una invención de los fenicios. Un signo, un dibujo, aunque tenga alguna similitud con una letra, no es forzoso que sea por ello una letra. Los signos del «Péndulo de Salomón» no son —que yo sepa— las letras de un alfabeto de «escritura» como nosotros lo entendemos, sino signos técnicos, cuyo empleo, por otra parte, mantenían rigurosamente en secreto las «hermandades» gremiales.

Y si se tratara simplemente de «signos técnicos», tanto en Glozel, como en Alváo, o en Tiro... y en otros muchos lugares, ¿dónde se encontrarían signos idénticos o similares?

Nadie duda —creo yo— de que los constructores de dólmenes poseyeran una «técnica» y de que la disposición de tales monumentos respondiera a unas «normas», que se habían de conocer para erigir un dolmen, y los expertos en esta materia formaban lo que podría llamarse un «cuerpo de oficio».

Sin importar el «nivel» que hubiesen alcanzado, se trataba, necesariamente, de técnicos «operativos», que habían hecho su aprendizaje bajo la guía de maestros.

Era preciso que las gentes instruidas en este arte, mucho más sutil de lo que se supone —y volveremos sobre el particular—, tuvieran «fórmulas» de construcción. Hay demasiadas identidades profundas entre los dólmenes para que tales fórmulas no sean expresadas con los mismos signos o parecidos, tanto en Oriente como en Occidente.

Glozel	Iberia	Estela de Hiram	Alfabeto fenicio	Péndulo compaños de Salomón	Signos lapidarios															
					Griegos	Romanos	Románicos	Góticos												

Y existió un pueblo que «difundió» el dolmen por el mundo entero, y que normalmente ofreció a sus aprendices pueblos, entre los cuales se encuentran las «fórmulas» reducidas a signos, los cuales subsistirán como el «lenguaje» técnico de quienes aprendieron a construir según ciertas normas, y estos signos podrán recorrer los espacios y los milenios...

Conviene advertir que hoy no ocurre de otro modo.

En sus *Éphémérides* de Glozel, Salomón Reinach recuerda la mayor parte de los descubrimientos de «escrituras» prehistóricas realizados en el mundo. Se encuentran allí: *Hissarlik* (Tróade), *Abidos* y *Negadah* (Egipto), *Cnosos* (Creta) y *Alvao* (Portugal). «La Sierra de Alváo es una región montañosa, cerca del pueblo de Pouca de Aguiar, donde hay numerosos dólmenes de tipo muy

antiguo» (Salomón Reinach); en Francia: *La Dordogne*, *Montcombrous* (Allier), *Le Mas d'Azil* (Ariège), *Saint-Marcel* (Indre), *Canneville* (Oise), *Glozel y su región* (Allier) y, en fin, en Escocia...

No tengo la menor duda de que una investigación constante y minuciosa conduce al hallazgo de semejantes signos en todos los territorios con dólmenes.

Pero cuanto antecede nos lleva a considerar desde un aspecto muy distinto el emplazamiento de Glozel y los objetos que allí fueron hallados: el de una necrópolis de «compañeros».

¿Cementerio de «gentes de oficio», «errantes», «trashumantes», como dicen aún los «devoirants»? ¿Por qué no? ¿No fue el profesor Rougier, director del «Institut d'Art Préhistorique» de la Universidad de Toulouse, quien, en una *Histoire du syndicalisme*, evocó a los artesanos paleolíticos, que efectuaban su «Tour de France» y tomaban bosquejos de la naturaleza, los cuales les servían luego de modelos en el fondo de las cavernas...?

Si es así, ¿qué tiene de particular que en ciertos objetos hayan aparecido cabezas de renos, aunque el reno hubiese abandonado la región hacía ya mucho tiempo? ¿No habría ido el «compañero» a realizar algún trabajo a una región en que pacían aún manadas de estos animales?

Muchos objetos de Glozel estaban destinados a llevarlos encima; aquellos guijarros grabados, en los que se había hecho un agujero de suspensión; aquellas pequeñas anillas de esquisto, ¿no serían, para los «glozelianos», lo que los Compañeros actuales llaman su «caballo», es decir, el pergamino que llevan consigo y en el cual se menciona su calificación, tanto en la técnica del oficio como en su esoterismo?

Antaño, antes de la invención del pergamino, del papel o de la seda, su «caballo», su diploma —en cierto modo— de calificación, ¿no estaría constituido por esos objetos grabados?

¿Marfil, hueso o guijarro liso con orificio de suspensión? Y las cabezas de animal que los adornan, ¿no pueden ser un tótem personal o, tal vez, un tótem de fraternidad o clan?

Actualmente, cuando muere un compañero, su «caballo», su pergamino, es quemado de acuerdo con cierto ceremonial; pero ¿no fue práctica corriente, en tiempos más antiguos, enterrarlo con? Es enorme la cantidad de objetos de esta índole hallados en Glozel —y, sin duda, no han terminado aún—, y la «falta de similitud» causó gran contrariedad a los sabios; pero ¿qué tenía de extraño, si se trataba allí de objetos de distintas procedencias?

Y, si se reflexiona sobre ello, se comprueba que es la única explicación lógica de esa disparidad.

¡Y tan gran cantidad de «objetos» para tan pocas armas! En efecto, hay escasas armas de piedra en el campo de Glozel, y, además, son bastante toscas. Aquello no es una necrópolis de cazadores.

Si muchos objetos de Glozel eran para ser llevados encima, los ladrillos con inscripciones no lo serían en modo alguno. Pero éstos —grabados con signos idénticos a los recogidos de encima de los objetos y dispersos en aquel «campo de muertos»—, ¿no serían una especie de estelas funerarias que llevaban inscritos, en signos «gremiales», los «honores» del muerto enterrado allí?

Tenemos también los «pucheros», esas vasijas, bastante especiales, semejantes a las prehistóricas de Creta y Asia Menor. Representan cabezas de ojos redondos —cyclopos, en griego— (¿nos hallamos ante una raza de ojos redondos que habría dejado para los griegos el nombre de ciclópeos a sus trabajos?) y desprovistas de bocas, de donde se ha inferido que se trataba de vasos mortuorios, lo cual es lógico en un cementerio, y que la ausencia de boca significaba la privación del hálito...

¿Boca sin aliento, o boca cerrada? ¿Se han preservado siempre cuidadosamente ciertos secretos? Y esa ausencia de boca, ¿no significaría el secreto?

Ese secreto que permite retener y conservar las tradiciones. Y sabemos bien que, nunca explícitamente, pero de una manera continua, ciertas tradiciones se han mantenido a despecho de los regímenes, las guerras, las revoluciones y los cataclismos. Se han mantenido ocultas, veladas guardianas de una ciencia que ya se muestra a la luz del día, ya da la impresión de desaparecer, y cuyos resplandores quedan señalados por la erección de monumentos que contienen los datos de la misma: dólmenes, pirámides de Egipto o de América, templos griegos, templos hindúes, catedrales, templos khmers...

Siempre con ayuda de la piedra —único soporte duradero—, salido directamente de la tierra, que lleva en ella toda la historia y toda la vida del Globo, a la vez que constituye el balance de todas las fuerzas de la naturaleza. Fecundable.

Y siempre por el trabajo y la Ciencia y el arte de los «manuales», ritualmente enseñados, traductores admirables de la piedra filosofal del Universo, orgullosamente anónimos, salvo para sus afines e iguales.

¿Qué importancia tenían esos reyes y obispos sepultados en las criptas de las iglesias, en comparación con los que hicieron éstas?

Antes de referirnos a aquéllos, digamos una palabra más sobre Glozel.

Una altura que domina el campo de las excavaciones de Glozel se denomina Cheval-Rigond.

Como ya he dicho anteriormente, en el juego de la oca que se desarrolla en Francia, Glozel está en la casilla 58, la de la muerte.

Simple curiosidad...

Simple curiosidad también: el laberinto de la catedral de Chartres está rodeado de motivos decorativos en el enlosado.

Éstos delimitan unas «casillas», las cuales, si no he contado mal, se elevan a 58. De esto a afirmar que era preciso —una vez dada la vuelta al laberinto—, «salvar» la casilla de la muerte antes de penetrar en el laberinto propiamente dicho, no hay más que un paso...

Deliramento , que diría Salomón Reinach.

Es muy posible.

CAPÍTULO XIV LOS PATANES DE LA PIEDRA

Intentemos ahora, tomando de nuevo las piezas del *puzzle* , poner algún orden en el mismo. Resumamos.

Una raza o razas, o bien un pueblo que tienen conocimientos superiores al resto de la Humanidad, se ve, a causa de un cataclismo, dispersado por el mundo, y deja su huella, en ciertas formas megalíticas, en distintas partes del mundo.

Coloniza, sin duda —por lo menos de una manera adaptada a la época—, pero al mismo tiempo aporta una civilización y, de acuerdo con unos métodos propios, enseña unos conocimientos a los pueblos, entre los que se encuentra ya los que «ocupa» o subyuga: ganadería, agricultura, construcción.

Respecto a la tradición de esta enseñanza de la ganadería y agricultura, ha subsistido en las leyendas, las cuales la atribuyen a «visitantes», gigantes y dioses.

En lo tocante a la construcción y a las herramientas, la tradición ha perdurado en unos símbolos y en una modalidad de aprendizaje de distintos grados, que tenían sus secretos de oficio transmitidos por medio de signos y que siempre tenían en su origen un maestro iniciador.

Entre dichas tradiciones figuran los viajes de iniciación, que hacía necesaria la distinta naturaleza de los lugares terrestres, ya que toda realización está vinculada al carácter de tales lugares.

Por tanto, es normal que en todos los países inicialmente enseñados por este pueblo disperso, se descubra una identidad de tradición, que persistirá más allá de las diferencias de raza, lengua y forma religiosa.

Así, pues, mientras persista esa tradición en las hermandades de oficios enseñados tradicionalmente, habrá una base común, principios comunes aplicados a la erección de los monumentos sagrados, al «arte sacro». Por consiguiente, no es extraño que a primera vista existan relaciones, especialmente en cuanto a las proporciones y dimensiones de estos monumentos, sea cual fuere el lugar de erección, como las que hay entre los monumentos egipcios y góticos, según indiqué en el análisis del plano de la catedral de Chartres.

Este pueblo iniciador, que sobresalía por su saber y que constituyó la primera aristocracia, era, sin duda, de gran estatura. Fueron los «gigantes» que en Occidente, por lo menos en Francia, se convirtieron en los «Jean».

Más adelante, sin duda, se mezclaron las razas, pero, si no el saber, por lo menos subsistieron las tradiciones sabias, cualesquiera hubieren sido las luchas y antagonismos primitivos.

Y al principio, frente a esta aristocracia docta se encontraban los pueblos autóctonos que trabajaban con sus manos y que en Occidente debieron de llevar el nombre de Jacques.

Desde luego, no puede pretenderse que el nombre date de aquellos lejanos tiempos y que haya llegado a nosotros sin haber sufrido transformaciones, pero sin duda es muy antiguo, lo mismo que la contraposición Jean y Jacques.

El campesino ha seguido siendo durante largo tiempo Jacques-Bonhomme, y se lo ha reconocido así en la «Jacquerie». En los cuentos es Jacques —o Jack en Inglaterra—, el matador de gigantes. Por antítesis, el término Jean-Jean designa al plebeyo que quiere jugar al aristócrata, o bien es «Gros-Jean».

En cuanto a los palurdos constructores, el nombre más antiguo que conservamos de los mismos es «Los hijos de Maitre Jacques».

Y el nombre es más antiguo, porque está vinculado a la piedra. Son los hombres de la piedra. Son canteros, acarreadores, picapedreros y levantadores de piedras.

Kar, la piedra, se convierte, según los lugares y las lenguas vulgares, en *char* o *jar* ... Así, el *caillou*, guijarro, se trueca en *chaillou*, *chaillot* y hasta —como en el Bas-Berry— en *chaille*. Los chicos llaman allí todavía al tirador *tire-chaille*. *Charlieu* —formación latinizada que significa *lieu de la pierre*—, tiene su pareja en *Carnac* y *Jarnac*, ambos con el mismo sentido. Los lugares *Gargan* son lugares de la piedra gigante o del gigante de la piedra; y, eventualmente, esto se transforma en *Jar-jeau*.

La «Pierre de Lu», piedra de Lug, en Sologne, tiene su correspondencia perigordina en *Carlux*.

Esta radical *car* la encontramos no sólo en el *carrier*, la *corriere* y en el *charbon*, piedra negra, sino también en los utensilios para transportar la piedra, que llevan la *charge*, el *char*, la *charette*, el *carrose*; y el que fabrica estos utensilios es un *charron*, a quien los latinos llamaban *carpentarius*, que dará origen a *charpentier*.

Los trabajadores de la piedra eran los *gars*, los *jars* o los *cagots*, los *iago*, los *jacques*.

Estas gentes hablaban una lengua de oficio. *Jargonnet* como el ganso y la oca. Hablaban la lengua de su nombre, el *jargón* o el *jargot*.

Hasta los tiempos modernos existió en los Pirineos un clan de constructores, casi una etnia, más o menos separados de la población, que sentía por ellos poca simpatía y los mantenía aislados. Se llamaban los *cagots* o los *cagous*, que pueden emparentarse, a discreción, con el *iago* de España o el *Jacques* de Francia. Llevaban, como distintivo, una pata de oca^[34].

Es interesante advertir que los animales con carapacho (otra vez el *car* ..., que debe o no su origen al córtex latino) deben a menudo su nombre a ese *car*

antiguo y, entre ellos, el escarabajo y el caracol, ese caracol que encontramos con su trazado particular en la espiral lugiana que se desarrolla en el suelo de Francia y que tenía, sin duda, su homotético en España.

En efecto, esta espiral de Francia, a partir de los Pirineos, desde la región de Mauléon y más allá del Somport, se prolonga en una recta más o menos ondulada que sigue una línea de lugares Lug —igual que la espiral francesa— y que, desde *Jaca* (Jaca, en español, significa caballo de labor), alcanza *Logroño*, *León*, *Lugo* y, por fin, *Santiago de Compostela*.

Quizás estaba allí el principio de una espiral inversa que recorría el suelo de España, pero cuya arabización borró las huellas toponímicas.

Se conoce la leyenda de Santiago el Menor, «hermano» de Cristo, que evangelizaría España a principios del cristianismo y que, vuelto a Palestina, sería martirizado y condenado a muerte. Su cuerpo habría sido depositado, junto con los de algunos discípulos, en una barca, que atravesó milagrosamente, sin piloto, el Mediterráneo y el estrecho de Gibraltar, bordeó las costas lusitanas y fue a encallar en Galicia, en el lugar conocido con el nombre de *Padrón*, desde donde fue trasladado a *Compostela*, que es a la vez, *Campusstella*, Campo de la Estrella, y *Compostum*, cementerio.

Tras su muerte, este Santiago se convirtió en caballero más allá de la tumba y ayudó a los españoles a reconquistar España, a la sazón en poder de los moros.

Y ahora intentaremos seguir los sutiles rodeos del laberinto histórico que puede llevarnos desde los comienzos del Neolítico hasta los albores de los tiempos modernos...

Así, pues, en el Neolítico se trazó en el suelo de Occidente, por lo menos, un juego de la oca, espiral que une «casillas» de lugares en que se ponen de manifiesto «fuerzas» terrestres.

Dichas fuerzas comportan la fecundidad, mas para que ésta se haga patente, es preciso que la tierra sea fecundada. Es el trabajo de los «jars» (palabra que no tiene origen latino, griego ni germánico, y que ni siquiera parece indoeuropea).

Sólo el trabajo del hombre hace las fuerzas fecundas, es decir, utilizables para ese hombre. La agricultura, para el sustento terrestre; el «monumento», para el sustento espiritual.

El «jars» es, pues, el palurdo, el «gars», el «Jacques». Y el de la tierra y de la piedra tienen el mismo signo cuando están «iniciados», o sea, cuando «saben» lo que hacen; el campesino es «pedzouille», el hombre de la piedra lleva la pata de oca. Uno es sedentario, y el otro, «trashumante». La «hermandad» del primero es local y permanente; la del segundo, «de oficio».

Ambos tienen sus secretos, sus colegios, primitivamente instruidos por los «Jean» y luego abandonados a la tradición y ciencia tradicional.

Transcurren los siglos y ellos viven, ni bien ni mal en esta tradición. Por lo

menos la tradición, en lo que concierne al cultivo y a la ganadería, ha sustentado a la Humanidad durante siglos y milenios.

El arte de la construcción evoluciona con las herramientas y los cambios de Era, pero subsiste una base tradicional, que se transmite por medio del aprendizaje ritual. No más antaño que ahora, podía uno convertirse en hombre de la piedra, u hombre del bosque sin un aprendizaje. Se nace hábil, pero se llega a ser albañil o carpintero de armar. Hacen falta — hicieron falta—, pues, para erigir dólmenes o conjuntos del tipo de Stonehenge, profesionales de cierta cualificación.

Es indudable que nos encontramos, ante esos constructores de megalitos —sea cual fuere su aspecto «bárbaro»—, como ante los de las catedrales, en presencia de lo que debía de ser un «clan» aparte, con sus ritos y secretos de oficio, así como con su saber exclusivo.

Con razón o sin ella, creo que en Occidente fueron ellos los «Jacques». En todo caso, los encontramos en la leyenda —que data, por lo menos, de un milenio antes de Jesucristo— llamada *Enfants de Maître Jacques* .

La tradición dada por los «iniciadores», «gigantes», «atlantes» o «antes», fue originariamente la misma; no ignoramos que las hermandades de constructores de los diversos países mantuvieron relaciones entre sí, y es incuestionable que éstas se desarrollaron, en gran parte por medio de los fenicios, que fueron los grandes marinos y mercaderes de la Antigüedad.

Ahora bien, si fueron las mismas las «bases» de partida de la civilización occidental y las de la oriental, por razones debidas al clima o a causas que ignoro, el desarrollo oriental fue mucho más rápido que el de Occidente y, en consecuencia, los fenicios desempeñaron el papel de «transmisores» de civilización de Oriente a Occidente. Sin embargo, como quiera que la tradición era una, pudieron transmitir los nuevos progresos según las normas tradicionales.

Las señales de esos «pasos» se encuentran, ante todo, en la llegada a Irlanda de los milesios, que tomaron parte activa en la dirección de esta isla, porque fue más una «participación» que una invasión. En el dominio monumental se descubre su huella en el pozo de Chalice Wells —el pozo del Graal—, en Glastonbury, donde un pozo sagrado —rectangular, como la mayor parte de los pozos dolménicos— está construido con gran aparejo y de tal forma que se ha llegado a preguntar si no habrían participado en él obreros egipcios; los arqueólogos fijan la edad de este pozo (que se halla rodeado por una representación del Zodíaco sobre el terreno) entre los 1.700 y los 2.700 años antes de Jesucristo.

Además, se descubre la huella de su participación en uno de los grandes trilitos de Stonehenge, en forma de un puñal específicamente cretense grabado en la piedra.

Es indudable que estuvieron también relacionados con los hombres de la piedra de Liguria e Iberia. Y podemos preguntarnos si no organizaron, por un lado, en las extremidades del litoral cantábrico, y por otro, en Provenza, unos

colegios de iniciación destinados a los constructores del continente —los Jacques—, ya que hay muchas cosas desconcertantes en torno a estas dos provincias.

Hay buenas razones para creer que mucho antes del cristianismo existía ya la «peregrinación» a Santiago de Compostela y que seguía la línea de lugares Lug a la que nos hemos referido, línea paralela a la costa cantábrica, donde hay varias cuevas con pinturas rupestres, entre ellas, la justamente famosa de Altamira.

¿No habrá sido este camino de Santiago un camino de los *Jacques* ? La cosa no parece tan extraña si se tiene en cuenta que dicho camino ha sido tradicionalmente una ruta de peregrinaciones tanto gremiales como alquímicas. Éste fue el camino de Nicolás Flamel...

La barca que lleva el cuerpo del Santo, ¿no sería, tomada por el cristianismo, la primitiva de los fenicios que, en efecto, partían de las costas del Asia Menor, remontaban el estrecho de Gibraltar e iban hasta las islas Casitéridas, actualmente Británicas? ¿No era la barca del Maestro encargada de *mantener* , según su papel de *magister* , la tradición en Occidente, o sea, de ese maestro que desembarca en el lugar conocido con el nombre de *Padrón* ? (¿Padre o patrón?)

Si fuera así, sería un camino de «caballeros», caballeros de trabajo, sin duda, pero caballeros al fin, cabalgadores de la cabala. ¿Y qué tiene entonces de particular que, volviendo a tomar ese aspecto de la tradición antigua, el dulce discípulo de Jesús, su «hermano», se haya transformado en caballero, aunque en caballero combatiente?

Finalmente, no debe olvidarse que estos constructores pirenaicos, llamados cagots, segregados por las poblaciones, llevaban, como los judíos su rueda, una pata de oca en su vestido. Una pata de oca como la de la Reina Pie de Oca, como la de la Melusina, de la oca del juego en espiral, una especie de estrella radiante, aunque palmeada.

Ahora bien, ¿qué encontramos como distintivo de Santiago de Compostela? La llamada concha del peregrino, una especie también de estrella radiante que muestra desconcertantes semejanzas con la pata de oca. Como si se hubiera querido borrar el sentido de un signo con una imitación aproximada.

¿No es también un lugar análogo de «encuentro» el denominado en Provenza la Sainte-Baume? Allí también hay una barca que procede de la costa del Próximo Oriente y trae a Lázaro, portador del Graal —acompañado de tres mujeres, cuyo símbolo no he hallado—, y allí se encuentra asimismo un lugar de peregrinación de los Compañeros de Trabajos, al que iban éstos a hacer marcar sus colores. Y —cosa extraordinaria—, una de las santas mujeres, Magdalena, es trasladada, en sus reliquias, a la basílica de Vézelay —la de la Magdalena—, cuya peregrinación se halla estrechamente relacionada con la de Santiago de Compostela...

En fin, en el compendio de leyendas de los Compañeros se dice que cuando Hiram — fenicio— fue encargado por Salomón de edificar el Templo de

Jerusalén, mandó llamar a obreros de diversos países, entre los cuales figuraba el *Maitre Jacques*, oriundo de los Pirineos, y que éste se trasladó allí con algunos Compañeros para tomar parte en la construcción. Habría levantado una de las columnas del Templo: la denominada *Jaquin*.

Las poblaciones pirenaicas admitían —reminiscencias de la Antigüedad, se afirma— que los *cagots* habían participado en la construcción del Templo de Jerusalén, pero los acusaban de haber realizado allí un mal trabajo, razón por la cual habían contraído la lepra como castigo. Y uno de los motivos aducidos para justificar la segregación a la que los tenían sometidos era precisamente el de padecer esa enfermedad.

Esto quizá sea también el substrato de un recuerdo, pues algunos de los constructores pudieron, en efecto, haber caído enfermos.

Aquellos *Enfants de Maitre Jacques* fueron los que, en la leyenda de los Compañeros, bucearon más profundamente en el pasado. Son considerados como el origen de las demás hermandades, a las que «reformaron» e instruyeron los monjes del Románico.

No parece que los «Jean» instruyeran a los «Jacques» de la metalurgia —o éstos la conservaron en secreto—, pero sí que debemos a ellos y a su profundo conocimiento de las materias naturales la aparición del hacha de piedra pulida, tan cortante como un instrumento de acero y apta para partir en trozos los más corpulentos árboles.

Por otra parte, conviene advertir que esta hacha siguió siendo, en cierta manera, un objeto sagrado, al que atribuía la superstición diversos poderes, entre ellos, el de desviar el rayo.

Es evidente que los carpinteros de armar aparecieron al mismo tiempo que el hacha que nos ocupa. Ellos fueron quienes edificaron las ciudades lacustres. Tenían *loges* (chozas) en los bosques (¡cuánta afinidad existe entre esta palabra y Lug!). Eran hijos de la «Viuda», de la selva (la selva de Orleáns llevó este nombre durante mucho tiempo).

Está bien claro que las tradiciones perduran...

Parece bastante probable que los atlantes no enseñaron en ninguna parte la metalurgia del hierro, por más que debieron de conocerla. En efecto, una especie de «tabú» gravitó durante mucho tiempo sobre el hierro y los herreros, a los que se apartaba de la sociedad y que tuvieron siempre un cierto matiz de «diabolismo».

¿Arma secreta y reservada? No se puede excluir. A partir de una determinada época — histórica —, las guerras serán ganadas siempre por el hierro...

Puede uno preguntarse si los «romanes», «gipsios» y otros «gitanos», a los que parece perseguir una especie de maldición, no fueron aquellos a quienes se les asignó la tarea de forjar. Fueron siempre herreros expertos, y «Faraón» es un nombre que, en ciertas tribus, se da aún gustosamente a los niños.

Son itinerantes desde hace siglos y acaso milenios, como lo fueron la mayor parte de las hermandades gremiales: trashumantes. Son, además, depositarios de ciencias y músicas mágicas y de otras consideradas como diabólicas, así como de un conocimiento muy singular del caballo, animal al que con tanta facilidad se diviniza...

CAPÍTULO XV LOS LUGARES CON MEGALITOS

Si la ciencia tradicional ha podido —de una manera relativa— trasponer los siglos, ha sido porque reposaba sobre bases seguras y porque sus resultados eran buenos. Si sus bases hubieran sido falsas, nada habría sobrevivido de la tradición.

Actualmente se transmiten «leyes» de maestro a alumno, ya que el Universo, todo el Universo, obedece a unas leyes, que buscamos a través de la medida, lo cual, sin duda, es un excelente sistema, si bien no concierne más que al fenómeno al que aplicamos la medición y sólo llegamos a enunciados de leyes epifenomenales.

Pero todas las leyes y, de consiguiente, todos los fenómenos, persisten. Un manzano que crece es el resultado de todas las leyes del Universo. No puede escapar a ninguna, lo cual viene determinado en el Espacio y en el Tiempo.

Esto es cierto para el árbol, la piedra, la tierra, el animal, el hombre...

Se comprende, pues, que el conocimiento de la piedra, del árbol o del hombre, pueda dar un conocimiento de las grandes leyes universales y del propio Universo, a condición de alcanzar la esencia misma de las cosas, y no sólo su aspecto como fenómeno.

Al no ser material la esencia de las cosas en el sentido en que la entendemos nosotros, la Ciencia tradicional parece haber tenido por objeto su conocimiento, más que el de la materialidad que se deriva de ellas, considerando que el conocimiento de la esencia llevaba al de la materialidad.

Ello originó, sin duda, un sistema de exploración de la materia, que desemboca en el conocimiento de su esencia, a través del aprendizaje de un ritual de trabajo, o sea, una «puesta en relación» del hombre con la esencia de la materia que éste trabaja, y por analogía, con todas las esencias, hasta la relación con la Esencia inicial, lo que engendra conocimiento de las materialidades, expresiones sensibles de tales esencias.

En cierto modo, una ciencia inversa de la nuestra, que pretende ir de la materia a la esencia..., aunque, por lo regular, fracasa en ello.

El resultado de esta ciencia tradicional es que el hombre ha podido llegar a un extraordinario conocimiento, en profundidad, de las materias, así como de sus formas y ritmos.

Por tanto, puede admitirse que la espiral del juego de la oca en el suelo de Francia es la materialización de una forma esencial de nuestro hexágono y, en el orden práctico, de su utilización con fines humanos.

Los conocimientos de los hombres de la Prehistoria sobre la naturaleza de la

tierra no resultan ya tan asombrosos vistos desde este ángulo. Y, por ejemplo, los de las virtudes de los lugares, de las tierras y las aguas.

Se ha dicho muy a menudo que los galos —que las utilizaban ya— comunicaron a los romanos la noticia de las propiedades curativas de ciertas fuentes de las Galias. Pero es notorio que los galos del período galorromano conservaban tal conocimiento de gentes muy anteriores a ellos, puesto que algunos monumentos megalíticos mucho más antiguos que los galos señalan ya también ciertas fuentes «activas».

Podría creerse que fue el resultado del simple azar lo que llevó a descubrir las propiedades de dichas fuentes; pero la explicación es muy poco satisfactoria cuando se trata de aguas subterráneas para llegar a las cuales hubo que excavar. Pienso en los manantiales salados, cerca de Saint-Père-sous-Vézelay, en donde los restos galos de su explotación ponen de manifiesto que fue necesario excavar profundos pozos para alcanzar la capa de agua activa. Pienso en el pozo de Chartres, en Chalice Wells, en los pozos del Graal en Glastonbury, y en muchos otros...

En lo que atañe a los manantiales salados, como quiera que la acción se obtiene por inmersión, a algunos metros del río de *La Cure*, fue menester que los reumáticos de la época conocieran las propiedades de aquella agua antes de excavar para utilizarla, y no, desde luego, para beberla, pues es salada; y si la hubieran sondado en busca de la sal, nunca se habrían bañado en ella...

Hemos de convenir en que la Ciencia moderna no sabe encontrar estas fuentes o aguas curativas, ya que, en lo tocante a los manantiales que utilizamos actualmente, conocemos su emplazamiento gracias a tradiciones y a señales antiguas.

Que el camino que seguían nuestros antepasados no haya sido análogo al que intentamos seguir nosotros por las vías de la Ciencia moderna, no implica que el conocimiento fuese menos profundo; y aun cuando la revelación primera fuese instintiva, hizo falta, para organizar la explotación, que tal saber se transfiriese a la consciencia y fuese reflexionado.

Sólo hay aguas, y tierras...

He advertido ya esta particularidad que señala ciertos lugares Lug, como Loudun, Louviers y Luxeuil. Tal vez habría que añadir a ello la elección hecha, milenios más tarde, por los Templarios para instalar sus Encomiendas de iniciación (por lo menos la leyenda las da como tales) de Luz-la-Croix-Haute y Luz-Saint-Sauveur. Quizás ellos sabían más.

Sea como fuere, es digno de nota que todos los lugares de viñedos que producen los llamados «grandes caldos» (que los antiguos tomaban de buen grado como medicina) se encuentran en regiones que pueden considerarse como sagradas, señaladas, ya por su nombre mismo, ya por monumentos megalíticos.

Así, conviene mencionar, en el camino de Santiago de Compostela, la excelencia del vino que sigue la «línea de los Lug»: Logroño, León y Lugo; y no

es menos extraordinario comprobar que se encuentran sin gran esfuerzo los restos de los cultos antiguos —e incluso muy antiguos— en los parajes de los grandes caldos franceses.

El más evocador es, sin duda, *Beaune*, «donde todos los vinos son buenos», como decía la letra de una marcha militar de la Guerra de los Cien Años; aquel Beaune que fue, sin lugar a dudas, un *Bélen*, del nombre del Gran Dios Universal de la Era del Carnero (Bélier). Pero también abundan los otros ejemplos: las piedras sagradas de Montrachet; la existencia antigua de un dolmen en la cumbre del cercado de Vougeot; la atribución a Mercurio de un antiguo lugar sagrado que hoy llamamos Mercurey; la atribución a Pomona de otro antiguo lugar sagrado, actualmente Pomard; y muchos otros, como los Morgón, lugar de culto al Sol naciente, y Julianas, donde Juliano sustituyó a otra divinidad. En realidad, todos, si se buscan bien... Y no sólo en Borgoña y Beaujolais, sino también a todo lo largo de este río Loire, río ligur jalonado todavía por un camino de dólmenes; y Loir, otro Ligara, donde se cosecharon, entre los monumentos megalíticos, renombrados vinos, algunos de los cuales sobrevivieron a la filoxera.

Ya he citado, entre Garonne y Dordogne, este dominio de Lug que parece haber tenido por centro Lugasson, en donde, después de Lug, vinieron a instalarse Bélen y su páredra Belisama, antes de Notre-Dame de Blasimon. Ahora bien, dicho dominio abarca todo el «Entre-deux-Mers», donde los vinos son no sólo exquisitos, sino muy buenos para la salud. Evidentemente, este Entre-deux-Mers habría que leerlo «Entre-deux-Méres», las dos «Matronas», son el Garonne y el Dordogne.

No se conoce muy bien la antigüedad de la vid, por lo menos de su cultivo. Se introduciría, sin duda, muy pronto, ya que el primer acto de Noé al salir del arca —según la Biblia— fue plantarla..., y coger una borrachera, de la cual quedó memoria en las Sagradas Escrituras. Mas, al parecer, ciertos vinos han sido considerados siempre, si no como sagrados, por lo menos vinculados a las cosas sagradas. Hay algún eco de esto en Hornero. Y Rabelais no ocultaba que reconocía en el vino y en la embriaguez una importancia de iniciación.

También se sabe que los druidas habían prohibido el cultivo de la vid, aunque, según los antiguos, tal prohibición no afectaba a ciertos lugares consagrados a las divinidades, lo cual no era sino pura sabiduría, ya que hay sitios en los que pueden elaborarse verdaderos vinos, y otros, en cambio, en que sólo es posible obtener un mal brebaje alcohólico.

Es probable que en los tiempos megalíticos no se obtuviera vino por falta de recipientes aptos para esa sutil alquimia que sólo puede desarrollarse en cavas, o sea, en el mismo seno de la tierra. Sin embargo, no cabe duda de que conocían la importancia de los lugares que veneraban —y utilizaban tal vez de otro modo—. Ello demuestra un admirable conocimiento de la naturaleza del suelo en todas sus propiedades —y no sólo las químicas—; en una palabra, de su «esencia».

¿Y en qué habría de ser inferior el conocimiento instintivo al analítico? Lo que interesa es el conocimiento y no sus medios.

Sin embargo, no me gustaría generalizar demasiado. Los períodos civilizados suelen ser cortos y alternan con ciclos de decadencia. La tradición no es la Ciencia, sino el vehículo. Todas las pinturas rupestres no son las de Altamira, ni todas las pirámides son las de Ghizeh, y no conviene confundir Chartres con Saint-Sulpice, ni Amiens con el Sacré-Coeur.

También hay que distinguir entre los dólmenes, y después de tantos siglos no estamos muy en condiciones de evitar una confusión entre lo que fue un monumento y lo que fue una construcción *ersatz*. Se erigieron, además, dólmenes con carácter de túmulos hacia la época galorromana y, después de todo, las losas de nuestros cementerios son todavía imitaciones de dólmenes.

Pero ¿qué eran estos monumentos? Ninguna de las explicaciones dadas resulta satisfactoria. La más difundida es la de que se trataría de monumentos funerarios, y algunos tal vez lo fueron; pero ¿fueron sólo eso?

El hecho de que con frecuencia se hayan encontrado esqueletos debajo de las piedras, no creo que permita afirmar que su destino primitivo fuera el de dar cobijo a los mismos. De lo contrario, podría sostenerse también lo mismo por lo que respecta a todas las iglesias de Francia, excepto Chartres. Ahora bien, no parece que los templos fuesen construidos para utilizarlos como mausoleos, salvo las pequeñas capillas de los cementerios. Saint-Denis no fue edificado para enterrar a reyes, ni los Inválidos para conservar los restos mortales de Napoleón, ni, probablemente, las tres pirámides para guardar los de Keops, Kefrén y Micerino.

Sin embargo, me guardaré muy bien de afirmar que los dólmenes no fueron túmulos; pero ciertas particularidades me inducen a creer que si lo fueron algunos, lo serían «por añadidura», ya que su utilidad primordial era diferente. Éste es un punto sobre el que trataré de extenderme más adelante.

Los monumentos megalíticos no comprenden sólo dólmenes, sino, además, galerías cubiertas, que tienen a veces un aspecto muy similar a los mismos. Se ven allí también menhires o piedras clavadas en el suelo, que por lo menos en Francia fueron demolidos en gran número, ya con la idea de desarraigar una veneración popular, ya con la de desembarazar un campo de una piedra engorrosa, ya, finalmente, para darles un nuevo empleo. Así, en el Cotentin se ven menhires pequeños aprovechados como sólidos largueros de barrera en los campos. Otros figuran en las puertas de las iglesias, y otros sirvieron para hacer escalinatas de casas. Tampoco es insólito encontrar sarcófagos utilizados como pilones para el ganado.

Tenemos también los cromlechs, recintos de piedras verticales, a menudo de dimensiones modestas, que señalaban el cercado de un terreno, casi siempre de forma circular, y, en algunos casos, rectangular.

Quedan, por fin, las alineaciones respecto a las cuales hemos de advertir que la razón de ser de algunas de ellas es obvia, como la «avenida» que conduce al vasto recinto de Avesbury, cerca de Stonehenge, en Inglaterra; pero hay otros, como los de Karnak, que no son avenidas y plantean un problema muy complejo.

Desde el punto de vista monumental, estas piedras verticales constituyen la primera manifestación de aquel pueblo disperso que, sin lugar a dudas, enseñó a los demás. Salvo los menhires, diseminados un poco por doquier, las encontramos especialmente en los «dominios de Lug» que constituyen la espiral del juego de la oca en el suelo de Francia.

No es posible, pues, enlazadas como están con disposiciones geográficas muy sabias, considerarlas, como se hace demasiado a menudo, cual manifestaciones bárbaras. Este punto de vista ha caducado especialmente desde que los calculadores electrónicos revelaron que algunos de dichos monumentos eran instrumentos de cálculo astronómico muy perfeccionados, como los de Stonehenge.

Esto merece, pues, intentar descubrir el posible uso que se dio a estos monumentos, en el bien entendido de que todas las ideas que puedan aventurarse a este propósito son conjeturales.

...Como lo son, por otra parte, todas las opiniones precedentes.

CAPITULO XVI LOS MENHIRES

El pequeño *Larousse illustrado* da la siguiente definición del menhir: Menhir, n. m. (del céltico *men* , piedra, e *ihir* , largo. Piedra vertical, monumento megalítico llamado también *Piedra levantada*).

El nombre de menhir, que viene de un bretón bastante reciente, se emplea ahora en toda Francia^[35] . Este megalito se llamaba antes, simplemente, *la piedra* ; a veces, la piedra levantada, o la piedra erguida. Cuando tales piedras presentaban ciertas particularidades, se llamaban, de acuerdo con éstas; *la piedra larga*, *la piedra horadada*, *la piedra puntiaguda*, *la piedra cortada...*

Se encuentran en gran cantidad en todo el mundo. En Francia abundaron mucho si hemos de juzgar no sólo por las que quedan, sino también por el número de lugares a los que dieron su nombre: *Pierrefite*, *Pierrelate*, *Pierrefeu*, *Pérelongue* , etc. Hallamos estos mismos nombres en otros idiomas y en el *patois* : en Provenza, *Per* ; en Italia, *Pietra* ; en Inglaterra, *Stone* ; en Alemania, *Stein* .

El nombre original se ha perdido, si bien parece que se encuentra en ciertos nombres, como *Carlux*, *Carmeaux* y *Carmel* . A menudo, los menhires llevan un nombre personal, que puede proporcionar valiosas indicaciones, como esa «compuerta» normanda a la que volveré a referirme.

Aunque la mayor parte de estas piedras no tuviera ningún carácter sagrado, era inevitable que, en cuanto se olvidara su sentido, se vinculase a ellas cierta superstición, reliquias del pasado, cuyo peso y dimensiones parecían rebasar, a veces, las posibilidades humanas. En los tiempos cristianos fueron atribuidas gustosamente a una intervención diabólica o «gigantesca». Como los menhires tenían a veces el aspecto de esas piedras con las que los guadañeros afilan sus guadañas u hoces, fueron llamadas «afiladores del Diablo», «afiladores de Gargantúa», de la misma forma que ciertas mesas dolménicas se convirtieron en «tejos del Diablo», y «tejos de Gargantúa».

Pero a la vez se mezclaron con ello algunos sobrentendidos escatológicos, que parecían constituir la delicia de los pueblos galos. Y por poco que dichas piedras tuvieran cierta forma redondeada, era inevitable la denominación «cagarrutas del Diablo», «arveja del Diablo», «pedo del Diablo»...

Más interesante es la superstición vinculada a ciertas piedras —aún en nuestros días—, que les atribuye poder de dar fecundidad a las mujeres estériles, las cuales iban a frotarse contra estas piedras las partes supuestamente interesadas. No es extraño, pues, su extraordinario lustre después de siglos de utilización.

Hubo un tiempo —no muy lejano— en que ninguna cualidad parecía ser superior a la de la fecundidad, ya se tratase de campos, animales o personas. Y es un hecho que gran número de «piedras verticales» están relacionadas con la

idea de la fecundidad. Y no sólo las que pudieran presentar cierta forma fálica, sino también las que tienen forma redonda.

En todo caso, se ha de descartar la opinión de que tales piedras verticales no servían para nada.

No se transportan ni se ponen verticales —¡y con qué esfuerzo!— piedras que pesan algunas toneladas, cuando no varias decenas, simplemente para adornar un paisaje, de la misma forma que en cierta época se cubrieron de falsas ruinas los jardines llamados «a la inglesa».

Podría pensarse, sin duda, en monumentos funerarios del tipo de los «obeliscos» votivos, y en la historia de las religiones es frecuente admitir la posibilidad de transmisión de las virtudes de un difunto a la piedra que señala su tumba. No podemos descartar *a priori* esa posibilidad, y pudo hacerse de forma que piedras verticales tuvieran carácter de túmulo, pero no puede tratarse de piedras de fecundidad, a menos que tratase de algún personaje de la categoría del «Bon Fouterre», de Francois Villon, el cual, según se sabe, «*A Saint-Satur gist, sous Sancerre*».

También es posible que en una época relativamente reciente se pusieran verticales algunas piedras largas como límites entre dos territorios; pero ni leyendas ni supersticiones podrían asociarse a tales límites, y tampoco ninguna idea de fecundidad.

Cabe también que fuesen erigidas, en cierto modo, como testigos de un acontecimiento, o sea, algo parecido a lo que nos cuenta Platón de los reyes atlantes, *que erigían una estela* e inscribían en ella las resoluciones tomadas en sus asambleas.

Todo ello es plausible y probable que ocurriera. Por eso se excluye *admitir una única* utilización de las piedras verticales.

No hay ninguna explicación adecuada para todas.

Sin embargo...

En los tiempos en que recorría yo Marruecos en busca de datos para un reportaje sobre la economía marroquí, una tarde, cuando me hallaba entre Xixauen —donde hay tan bonitas alfombras— y Marrakech, trabé conversación con un *fellah*, el cual arañaba su campo con un arado primitivo tirado por una yunta bastante estrafalaria, compuesta por una vaca algo más escuálida y un camello que no tenía muchas más carnes que su pareja.

Allí se extiende el «Bled sec», aunque no totalmente árido.

En el campo que araba aquel individuo había bloques de piedra bastante gruesos, aunque no lo suficientemente grandes como para no poder ser removidos por la mano del hombre con un poco de esfuerzo.

Estaba yo sentado al borde del camino y contemplaba la extraña yunta, asombrado del trabajo que se estaba tomando aquel hombre para conducir su

instrumento por entre los bloques.

Se acercó a mí y nos hicimos los saludos de ritual.

Con la circunspección y gentil cortesía beréber, me preguntó si era yo *labes* y si todo me iba bien. Yo era *labes*. A mi vez, le pregunté si también él lo era. En efecto, lo era, y también mi familia y la suya. Acordamos que había que dar gracias a Alá y se las dimos.

Entonces sentóse a mi lado y hablamos de la tierra, de las cosechas y de lo que hablan todos los campesinos del mundo, con los gestos necesarios para llegar a comprenderse. Y recurriendo a la jerga, nos entendimos perfectamente sobre la cuestión de las langostas, del rendimiento de la tierra y del tractor que le habría gustado tener.

Le pregunté por qué no quitaba las piedras del campo. Me miró como si Alá me hubiera negado toda lucidez, y no pude menos de darme cuenta de que así era, en efecto.

¿Es que ignoraba yo que cuando Alá enviaba agua, del cielo o de la luna (el rocío), eran las piedras las que la retenían, y que sin éstas su campo habría sido semejante al camino?

Archivé aquello en mi memoria.

Así que Alá había puesto allí aquellas piedras para que fueran buenas la tierra y las cosechas... Él no era un *fqih*, un hombre instruido, pero sabía ver la verdad de las cosas. Había piedras que alejaban el mal, y aquéllas tenían tal virtud... *Amdulillah!*

—*Amdulilláh!* Pero, siendo así, ¿por qué no poner otras piedras?

Quizá lo sabría un santo, pero él ignoraba qué clase de piedras había que poner ni dónde. Eso era todo. Y me deseó buen viaje. *Slamah!*

Ahora bien, cuando se trata de la tierra de los campesinos, nunca conviene tomar a la ligera sus palabras. Reconocí que ciertas piedras podrían ser beneficiosas en un campo.

Y luego me acordé de un labriego del Berry que tenía también una piedra en uno de sus prados, piedra que era un soberbio menhir colocado en posición vertical, de casi cuatro metros de altura. Y oí decir a aquel labriego:

—No sé si es por la piedra; sea como fuere, lo cierto es que constituye mi mejor prado, y los que más se benefician de él son los animales. Si yo supiera hacerlo, colocaría también piedras en los demás prados. A despecho de lo que se diga, los que pusieron ahí esa piedra, tuvieron una idea original. Quizás eran más listos de lo que creemos...

Los dos hombres, el beréber y el francés, que sabían de qué hablaban cuando se trataba de su tierra y oficio, estaban de acuerdo acerca de este punto: las piedras de Alá y las de los antiguos eran agronómicamente benéficas.

Y esto da que pensar.

Hace unos cinco o seis mil años, los chinos descubrieron —y quizá no sólo ellos— que el cuerpo humano es la sede de unas corrientes distintas de los influjos nerviosos, cuyos recorridos se hallan fuera de todos los conductos anatómicos conocidos.

En el hombre sano, estas corrientes —que son dos y de naturaleza opuesta— se equilibran; pero si, por una u otra razón, exterior o interior, llegan a desequilibrarse, se instaura la enfermedad y, con ella, uno u otro microbio.

Pero, los médicos chinos de aquel tiempo descubrieron también que era posible actuar sobre dichas corrientes puncionando algunos puntos de sus recorridos por medio de agujas de sílex —actualmente son metálicas—, al objeto de restablecer el equilibrio necesario, o bien crear voluntariamente ciertos trastornos. Es la terapéutica china conocida con el nombre de *acupuntura*.

Lo mismo que el cuerpo humano o animal, la tierra es recorrida por corrientes distintas de las magnéticas y cuya naturaleza no se conoce muy bien, pero que ejercen su acción sobre las capas geológicas que atraviesan y, por tanto, sobre la vegetación.

Por otra parte, hace algunos lustros, los agrónomos intentaron —al parecer, con cierto éxito— activar los cultivos levantando antenas capaces de recoger la electricidad estática atmosférica, que luego era distribuida por el suelo mediante diversos procedimientos.

No se descarta que el menhir —aunque la piedra no sea buena conductora—, ejerza una acción del mismo orden, especialmente cuando está húmeda, por ejemplo, mediante el «agua de la Luna», o sea, el rocío.

Entonces podríamos pensar que los menhires fueron levantados más o menos altos, según la intensidad de la corriente telúrica, para establecer un equilibrio benéfico.

En este sentido se podrían emprender estudios agronómicos muy interesantes.

Ya hemos dicho que en las civilizaciones pasadas —las lejanas— hubo extraordinarios agrónomos, y forzoso es admitir —no importa lo que pensemos del famoso «progreso continuo»— que aquellas civilizaciones prehistóricas poseyeron una ciencia de la tierra, junto a la cual parece pueril la nuestra.

Y esto explica por qué la ciencia tradicional ha quedado tan «oculta». Es evidente que los individuos capaces de conseguir una «mutación» en la planta o el animal debían tener un «poder» sobre la naturaleza, que no podía ponerse en manos de cualquiera.

Sea lo que fuere, y volviendo a la agricultura, cuando se ha querido obtener un rendimiento aceptable, ha habido que paliar, de un modo u otro, ciertos déficits de la tierra. Sería chocante que gentes capaces de producir cereales, frutos y legumbres, no hubieran tenido conocimientos lo bastante amplios

sobre la importancia de las tierras y las formas de remediar sus insuficiencias, como para mejorarlas de forma que permitiera esas «mutaciones».

...Por ejemplo, utilizando las corrientes telúricas, equilibrándolas, en mayor provecho de la vegetación. ¿Y puede ser tan ilógico creer que aquellos hombres hubieran practicado una acupuntura terrestre, cuyas agujas-menhires están aún en su sitio en determinados lugares?

Vayamos más lejos. ¿Sería sorprendente que esa piedra «equilibrante» pudiera prestar el mismo servicio al hombre y a los animales y mitigar ciertas carencias que originan la esterilidad? Sería verdaderamente extraño que, durante milenios, las mujeres se hubieran frotado contra las «piedras de la fecundidad» si no hubiesen conseguido jamás ningún resultado. No cabe duda de que la superstición inclina a hacer muchas cosas; pero imaginar que esto pudiera durar milenios sería la consecuencia de una enorme credulidad.

Si se considera —como yo hago— que algunos menhires son factores de equilibrio análogos, en su esencia, a las agujas de los acupuntores, se puede creer también que su acción puede regularizar y hasta neutralizar corrientes capaces de causar perturbaciones físicas en la textura de las tierras.

De estas corrientes hay dos muy conocidas por la Ciencia moderna, porque se pueden detectar con relativa facilidad: son las originadas por los cursos de aguas subterráneas y las engendradas por las fallas y los corrimientos de tierras.

Con su movimiento, el agua subterránea produce una corriente eléctrica, que se manifiesta por medio de un campo magnético, campo que los individuos sensibilizados perciben muy bien y que permite detectar el agua; es lo que ocurre con los animales y los zahoríes.

En el municipio de Blasimon, en Dordogne —en ese Entre-Deux-Mers del que he hablado—, hay una fuente que presenta el aspecto en forma de hoyo, de un enorme pie humano. Está situada cerca de una capilla en ruinas, hacia la que desfila, desde la antigua abadía de Blasimon, una peregrinación anual. La capilla se llama Notre-Dame-de-Bonne-Nouvelle. Y supongo que el nombre es un arreglo de la «Nouvelle Bonne Dame», la Virgen Cristiana, la que sucedió a la antigua «Belisama».

Ahora bien, entre la capilla —construida junto a una losa megalítica— y la fuente hay una especie de cañada por debajo de la cual discurre el agua que va a parar a la fuente; y esta cañada queda señalada por una alineación de pequeños menhires, instalados sobre la corriente telúrica producida por el agua subterránea y que, sin duda, protegen los cultivos del vallecito contra las perturbaciones que pudiera originar la corriente.

Pese a la molestia que deben de causar, el propietario los ha dejado prudentemente en su sitio.

En realidad es una alineación que se puede llamar de fecundidad y de protección.

Cuando las corrientes telúricas son engendradas por fallas —consecuencias de antiguos corrimientos de tierras—, es posible que el problema se haga más complejo.

Cuando dos terrenos se han deslizado uno sobre el otro, el corrimiento de las capas geológicas pone en contacto tierras de distinta naturaleza, y entonces se produce el fenómeno bien conocido utilizado en el termómetro de aguja. Cuando se ponen en contacto dos materias distintas, toda variación de temperatura origina una corriente eléctrica. Es un fenómeno que puede ser débil o fuerte, según las materias empleadas, pero que es constante.

Así, pues, dondequiera que exista una falla de terreno, todo cambio de temperatura engendra una corriente eléctrica. De ahí que aparezca un campo magnético, el cual puede tener una mayor o menor influencia sobre la fecundidad.

Pero existe una acción más directa sobre los terrenos: la debida a la electrólisis, una electrólisis que a la larga —y quizá más rápidamente de lo que se cree— deteriora las capas en contacto y que, a causa de ello, puede engendrar más amplios corrimientos, capaces de provocar cataclismos, sobre todo a orillas del mar.

En Francia hay dos regiones amenazadas desde siempre por corrimientos de tierras: el Macizo Central, nido de volcanes apagados desde hace relativamente poco, y el Macizo Armoricano, sometido a las embestidas del mar. Tales macizos están recorridos por fallas.

Ambos se hallan sometidos a diferencias de temperaturas: el Macizo Central, por la proximidad del fuego subterráneo, y el Armoricano, por las alternativas de las mareas.

Y sucede asimismo que estas dos regiones son las más ricas en monumentos megalíticos y, especialmente, en menhires y alineaciones... La coincidencia es, cuando menos, desconcertante.

También son desconcertantes ciertas leyendas.

En las inmediaciones del Mont-Saint-Michel, en las tierras de cultivo, hay menhires que llevan extraños nombres: en Pontorson, Vieux-Viel, al sur de Pontorson, uno llamado Pierre-Bonde, del que se dice que «obstruye la entrada del Abismo».

Si fuera retirado, las aguas del abismo invadirían las tierras.

Hay otro, llamado La Cié, que, según parece, puede girar sobre sí mismo; pero si se le diera la vuelta, quedaría abierta la puerta de las aguas.

En Saint-Samson, cerca de la Ranee, el menhir de *La Thiemblaye* es una de las tres compuertas del infierno (se encontraría en ella una de las tres llaves del mar; las otras dos se habrían perdido o habrían ido a parar a manos de una bruja). Si se diera la vuelta a la piedra, se precipitaría por allí el mar y vendría el diluvio.

Hay todavía otra *Pierre-Bonde* en Corcept, cerca de Paim-boeuf. Allí fue donde Gargantúa la dejó caer, y la piedra interceptó el río y dio origen a la pantanosa llanura llamada de Maraichedeau.

Ahora bien, no se halla tan lejano el tiempo en que el Mont-Saint-Michel, hoy amenazado por el mar, era una colina en las tierras cultivadas. Se conserva incluso el recuerdo del bosque que la rodeaba, y que se extendía muy adentro en lo que hoy es una bahía.

Sabemos que cuando los bretones de Gran Bretaña, expulsados por los sajones, fueron a buscar refugio en el país de Armor —que se convirtió más tarde en Bretaña—, eran ya cristianos, contrariamente a los ismios, vanesos y coriosolitos, que luchaban aún contra la Roma cristiana y contra los francos; y se sabe con seguridad que los enfrentó una especie de guerra religiosa, en la región del Mont-Saint-Michel, con los «paganos» que veneraban aún las piedras verticales.

De estos monumentos megalíticos, llamados por los sacerdotes bretones «piedras del Diablo», destrozaron gran número, entre ellos, el Gran Dolmen que coronaba el Monte y era lugar de peregrinación para la Galia.

Y poco después de aquella invasión bretona, el mar invadió la bahía del Mont-Saint-Michel.

Sin duda, coincidencia...

Y coincidencia también el hecho de que fuese después de la invasión cristiana bretona cuando se produjo el hundimiento del golfo del Morbihan —que no existía aún en época de César—, en tiempo de los vanesos.

Los recién llegados, fervorosos cristianos, al ignorar las tradiciones locales, ¿trajeron mala suerte para alguna «compuerta» o para alguna «llave»? Lo cierto es que las aguas se lanzaron al asalto de las tierras cultivadas, aislando el Mont y Tombelaine y sumergiendo una parte del territorio de los vanesos.

¿Y cómo estar seguro de que la sumersión de Ys, en la bahía de Douarnenez, no fue el resultado de alguna destrucción de ese orden?

Porque la existencia de Ys no parece del todo legendaria. Esta ciudad existió, sin duda, y la prueba nos la da el nombre mismo de los pueblos que ocupaban el Finisterre (departamento): los *ismios*.

Era una ciudad sagrada, como indica ya su nombre de Ys, y fue especialmente santa, ya que el pueblo lleva el nombre de la ciudad, lo cual permite, por otra parte, suponer que los ismios eran anteriores a los gaélicos y a la invasión céltica del siglo XV antes de Jesucristo.

El nombre de su rey es también revelador. Se llama Gradlon, lo que parece indicar un «guardián del Graal».

¿Qué es lo que dice la leyenda cristiana? La ciudad de Ys estaba protegida del

mar por un dique, y existía una «llave» de este dique. Si se «daba la vuelta» a la llave, se abría la puerta del mar y la ciudad era engullida.

¿No recuerda nada esa *llave* y esa *puerta de las aguas*? No es la primera vez que nos encontramos con ellas, puesto que hay también otras en la bahía del Mont y cerca de Paimboeuf.

¿Y qué era aquel dique que protegía la ciudad contra los embates del mar? Desde luego, no un dique en el sentido en que lo entendemos hoy, porque para proteger la ciudad, habría hecho falta que estuviese más elevado que el nivel de las aguas más altas, y si la ciudad hubiera podido quedar sumergida, el dique, en cambio, no habría corrido tal suerte.

¿No se trataría de «compuertas del mar», de «llaves» a las que no se había que dar la vuelta, es decir, «invertir»?

Si fue así, ¿no habría sido cristianizada la leyenda, trastocando los papeles?

En la leyenda cristiana se nos presenta al rey Gradlon como justo y bondadoso y, por supuesto, como buen cristiano. Su hija Mahu, pagana, llevaba una vida disoluta y se entregaba a todas las empresas del Diablo. Cierta mañana, tras una noche de orgía, y por consejo del «Maligno», ella sustrajo las llaves de la puerta del dique que contenía las olas del Océano y abrió las puertas del mar. Entonces, éste se precipitó por la puerta abierta e invadió la ciudad con la velocidad de un caballo a galope. Tan aprisa como el rey Gradlon, que huía —evidentemente a caballo— perseguido por el mar y llevando a su hija a la grupa.

Entonces, una voz dijo al rey que abandonara a su hija, causante de todo el mal; y como Gradlon la dejara caer, el mar se la tragó, y entonces se detuvieron las aguas. Pero la ciudad quedó abismada bajo las olas, que habían alcanzado una altura superior a la del campanario más alto, de la torre más elevada.

Las leyendas tienen su propia lógica, que no es forzosamente la de todos los días; pero la que nos ocupa presenta extrañas lagunas. Y a buen seguro que hay inverosimilitudes, puesto que se trata de una leyenda...

¿Y si, no obstante, la historia fuese verdadera, pero a la inversa? ¿Cómo se ordenaría en seguida más lógicamente!

Es evidente que toda la península de Armor está «en el peligro del mar», y sin duda se encontraba especialmente amenazada la punta extrema del Finisterre y la ciudad de Ys, en su extremidad, y podrían producirse corrimientos de tierra.

Sin embargo, en tiempos muy remotos, gentes muy sabias —aunque esto es una leyenda como otra—, por medio de alineaciones de piedras verticales habían logrado estabilizar el suelo y poner un «dique» a la invasión del mar. Un dique semejante al que aún vemos en Carnac, entre cuyas piedras verticales, las había que eran piedras «llaves», que no había que «hacer girar», invertir; y este dique guardaba a la antiquísima ciudad sagrada de Ys, cuyo rey

custodiaba la «copa» del saber, razón por la cual se le llamaba Gradlon.

Y puesto que la tradición era ésta, las piedras del dique, y en especial las «llaves», se consideraban como sagradas, y el pueblo las veneraba.

Pero llegó un tiempo en que la Galia fue cristianizada y empezaron a ser perseguidos los druidas, que eran los guardianes del saber y de la tradición. Y ocurrió que un panonio que evangelizaba el país e ignoraba sus tradiciones, interpretó las piedras verticales como ídolos paganos. Quizás estaba animado de la mejor buena fe, pero como desconocía todo lo de allí, y especialmente que los galos no tenían ídolos, inducía a los neófitos a destruir las piedras antiguas, reverenciadas por el pueblo.

Dicho evangelizador fue san Martín, sin duda anterior a Carlomagno, el mayor destructor de megalitos.

Ahora bien, el rey Gradlon, en su ciudad de Ys, tenía una hija llamada Mahu, la cual sería discípula del panonio, pues un día, a ejemplo de su maestro, empezó a derribar las piedras sagradas, «haciendo girar» entre ellas, las «llaves» del dique.

Entonces, bajo las embestidas del mar, los suelos se disgregaron, y la bahía de Douarnenez, con su ciudad de Ys, se sumergió bajo el mar.

Yo diría que la leyenda contada así, suena mucho mejor...

Y es reconfortante pensar que si Gradlon se desembarazó de su ignorante hija, salvó, sin embargo, su yegua.

O ésta lo salvó a él. Como se quiera.

Quedan aún alineaciones en otro lugar de la Bretaña muy amenazado, también porque justamente en aquel paraje existe, según los geólogos, una falla muy importante. Se trata de Carnac. Y quizá porque todas estas alineaciones no fueron respetadas antaño, se hundió una parte del suelo que ahora forma el golfo de Morbihan, sumergido también en la Era cristiana.

Sin duda se han hallado en las alineaciones de Carnac orientaciones que darían motivo a preguntarse si no se trataba allí de una especie de templo solar. Se han encontrado también, en las separaciones entre las piedras, medidas que tendrían algún valor de enseñanza. E, incuestionablemente, existen en tales alineaciones otras muchas cosas relacionadas con la Tierra y el Sistema Solar...

Pero tratar de reducir estos monumentos a un solo dato sería, sin duda, un error. La Tierra es un todo, igual que el mundo solar, que engloba el de la Tierra, y una obra sólo es válida mientras «armoniza» con ese todo terrestre y ese todo solar. De la misma forma que un árbol sólo puede ser un árbol en concordancia con todas las fuerzas cósmicas.

Sea como fuere, desde el siglo VIII, los bretones dejaron de destruir las «piedras del Diablo», y empezaron a «cristianizarlas» por medio de cruces

(¿debido a qué experiencia?), y desde entonces no se ha movido el suelo. Pero como es probable que estas piedras lleguen a molestar a algún constructor o arquitecto y sean, por tanto, demolidas, no dejará de ser curioso ver lo que pasará...

CAPÍTULO XVII LOS CROMLECH

Los crómlech son recintos de piedras, por lo común, de pequeño tamaño, dispuestos casi siempre en círculo, aunque los hay también rectangulares, y no es seguro que su destino primitivo haya sido el mismo.

Hasta ahora no ha dado nadie una explicación válida de estos recintos. Sin embargo, una cosa es cierta: que cercan un lugar. Por tanto, podemos suponer que estos lugares son lo más importante, la base misma de los monumentos.

Los crómlech debieron de ser muy numerosos, pero han desaparecido muchos. Como la mayoría de entre ellos no ofrecían interés monumental y como además las piedras que los delimitaban eran pequeñas y fácilmente transportables, su desaparición es bastante normal, ya porque en su lugar se levantaron construcciones, ya, simplemente, porque sus piedras fueran utilizadas para otros fines. Así, existía uno en Nanterre cuya mitad era aún visible en el siglo XVIII, en que desapareció.

Había en todos los lugares en que se han encontrado monumentos megalíticos, lo cual podría sugerir la pregunta de si son de la misma época y si desempeñaban algún papel en la actividad de las poblaciones megalíticas.

Tengo la impresión —y ya diré por qué— de que si los «megalíticos», u otro pueblo anterior a ellos, fueron sus iniciadores, la costumbre persistió durante varios siglos, hasta los tiempos modernos, aunque el lugar no estuviera señalado con piedras ni exactamente cercado. Y relaciono esta costumbre con el *sabbat*, o aquelarre.

Nadie ha dado una explicación satisfactoria de los crómlech, sin duda porque la noción de corriente telúrica ha sido ajena a la Ciencia moderna durante largo tiempo. Los sabios del mundo de hoy son librescos, y su género de vida atenúa necesariamente su sensibilidad física. Los libros no les enseñan que hay corrientes telúricas, y su sensibilidad tampoco se las revela.

Por consiguiente, no existen.

Por lo menos no existían, aunque instrumentos muy sensibles empiezan a detectarlas. Durante largo tiempo se consideró la geomancia como una farsa y superstición, aunque Europa esté cubierta de pozos excavados gracias a las indicaciones de «zahoríes» que sabían conocer el agua.

Para gentes que siguen teniendo una sensibilidad no embotada, señalar un lugar significa que éste tiene un valor o importancia.

Se ha admitido que entre estos recintos y la religión había algún nexo, pero la soberbia contemporánea no podía por menos de ver en ese nexo alguna superstición surgida no sabemos, a punto fijo, de qué «miedo prehistórico» o de qué «magia» originada por ese miedo.

En realidad, creo que se trata de religión, pero en el sentido más amplio del término, y, lo que es más, de religión *activa*.

No se ha reparado lo suficiente en que la mayor parte de los crómlech que quedan son llamados a menudo «salas de danza». Danza de los *korrigans*, danza de las hadas o, como en Stonehenge —que en gaélico se denomina *Cathoir Ghall*— danza de los gigantes.

A veces falta el recinto de piedras, que es remplazado por un talud o una zanja, llamado todavía círculo de las hadas.

De aquí que considere los crómlech originalmente como «pistas» de danza, cuyo lugar se había escogido cuidadosamente a causa de las corrientes telúricas que en él se manifestaban.

Con los menhires y las alineaciones se trataba de una acción «mágica» sobre las tierras; con los crómlech se tratará de una acción mágica sobre los hombres.

La forma circular, regularmente empleada, ha hecho pensar en que su erección guardaba alguna correspondencia con el movimiento del Sol y de la bóveda celeste en general. Es bastante probable, y no quiere decir gran cosa. Toda danza sagrada se asemeja siempre, mimética o analógicamente, a la «danza» universal. Y la diferencia entre lo profano y lo sagrado es algo muy reciente, que señala una retirada del hombre fuera de la naturaleza.

Es evidente que los antiguos no establecían esa distinción entre profano y sagrado; todo cuanto estaba dotado de vida, incluida la piedra, revestía su aspecto sagrado como portador de ese principio de actividad, con lo cual se mostraban —filosóficamente hablando— más avanzados que nosotros, que nos ocupamos más bien de una tarea de desacralización. El falo —objeto de uso común— tenía para ellos su aspecto divino de símbolo, lo cual no tiene nada que ver con el erotismo pornográfico de algunos enfermos de nuestro tiempo.

La danza era, entre todos, un ejercicio sagrado, ya que constituía el medio de participar en el movimiento universal, cuyos signos son incontestables en el cielo y en la tierra.

Ciertamente no habría que tomar la palabra danza en el sentido que le damos hoy de «placer gratuito», por más que el placer no puede nunca estar ausente de este ejercicio rítmico.

Me siento algo coartado al tener que desgranar las trivialidades que se relacionan con el vocablo ritmo; pero ¿no será éste el único medio de recordar que todo en el Universo es sólo ritmo? Cuando hablamos de las leyes que rigen los astros o los planetas, nos limitamos a poner en términos modernos los ritmos solares, lunares, planetarios y galácticos. Año, mes, estación y día son ritmos que manifiestan para nosotros la vida de la Tierra, del cielo y del Universo.

Desde el mineral al hombre, estamos incluidos en tales ritmos. Tenemos nuestro ritmo de primavera, de verano, de otoño y de invierno. Vivimos dentro

de estos ritmos. El celo animal no escapa a esta ley estacional y, como tal, el erotismo tiene su aspecto sagrado.

Por otra parte, cada ser tiene sus ritmos personales, cardíacos, respiratorios, etc., y todos ellos se hallan en estrecha dependencia entre sí.

Vivir en otro planeta exigiría una adaptación de los ritmos personales a los de este otro astro. Y lo mismo ocurre de un lugar a otro. El equilibrio perfecto del ser requiere precisamente la adaptación de su ritmo propio a todos los que rigen el lugar.

Desde este punto de vista, danzar se convierte en un ejercicio de incorporación a los ritmos del lugar, a unos ritmos más generales que los que son peculiares del individuo.

Esto ocurre también, incorporando el ser físico a un ritmo determinado, al adiestrar en él no sólo lo mental y cerebral, sino, además, la parte espiritual del hombre, que encuentra la ocasión, voluntaria o no, de desenvolverse y hasta de ponerse a «funcionar».

En esto, la danza constituye un medio religioso por la relación que establece entre el hombre y la vida de todo el Universo. Bien dirigida es un yoga; y así es como la considera la secta súfica llamada de los «derviches», que hace de la danza un medio de llegar al éxtasis, un medio de superar la naturaleza humana, de ir más allá de la animalidad, empleando justamente esa parte animal que es el cuerpo.

Todas las religiones se han servido de este medio, que es, sin duda, el más eficaz de todos. Se bailaba en los Misterios de Eleusis; se bailaba en las bacanales, en que el vino se empleaba como coadyuvante para poner en «estado secundario»; David bailaba, y sin duda no sólo él; las druidesas de la isla de Sein bailaban antes de alcanzar la condición de sibilas. Hasta la oleada que barrió todo el ritual cristiano en el siglo XIV, se bailaba en las iglesias, ya en danzas en corro, como en Chartres, en que el obispo las dirigía, ya procesionalmente; el aquelarre de los brujos era, ante todo, una reunión coreográfica en un lugar elegido.

Durante la danza en grupo, y aun en el ejercicio de nuestros actuales bailes «mundanos», se producía un fenómeno completamente normal, que es, por la unanimidad del ritmo, la creación de una unanimidad de los danzantes. En una palabra, hay creación de un «egregore».

Incluso los bailes mundanos, prefabricados y sin relación, en general, con los grandes ritmos naturales, dan el resultado antedicho y, con mayor razón, los bailes «calcados» de tales ritmos. El cine nos ha familiarizado lo bastante con las danzas rituales y tribales del África negra como para que cada uno haya podido experimentar la creación del «egregore» de que hablaba, ya se trate de danzas de fecundidad —evidentemente eróticas—, ya de danzas guerreras, capaces de transformar en «ejército» a algunos portadores de azagaya.

Pero si, además, la danza es ejecutada en un lugar en que las corrientes telúricas proporcionan una «ayuda» gracias a la energía que desarrollan,

podemos estar seguros de que los resultados serán decuplicados. Aparte el ritmo, y junto con él, el «pisoteo» constituye, en cierto sentido, una «extracción» de las propiedades de aquel suelo, que ha podido ser elegido tanto para las danzas de fecundidad como para las guerreras, o bien para las sagradas.

Por las razones expuestas, creo que los crómlech fueron ante todo, y especialmente por lo que concierne a los crómlech circulares, «salas de danza» y creo también que éste es el motivo por el que la mayor parte de crómlech no pueden fecharse, ya que esta práctica de iniciación ha persistido hasta nuestros días.

En el aquelarre.

Conviene decir algo sobre el aquelarre, en el que veo —y no creo equivocarme— la persistencia desviada y supersticiosa de las reuniones de danzas de iniciación de los tiempos prehistóricos.

El aquelarre está reservado para los «brujos» y «brujas», es decir, para aquellos que, atávicamente o de otro modo, tienen aún cierto conocimiento de las fuerzas naturales, que fue privativo de los «magos» y druidas.

Puesto que la religión secular cristiana persiguió a estos últimos sostenedores de una ciencia antigua, era forzoso celebrar aquellas reuniones clandestinas y, por contraste, se hizo «regidor del juego» al Diablo en persona, con atributos animales, como la cabeza de macho cabrío y la cola.

Pero a propósito de la cola, sabemos que podría tratarse aquí de un símbolo de sensibilidad a las fuerzas de detección. Para ciertos animales, entre ellos los cánidos, la cola es un órgano de detección, que parece actuar a modo de una antena, como se puede comprobar observando un perro que rastree la caza desde los amplios movimientos del apéndice caudal que «barre» un espacio en busca de ondas detectables, hasta el estremecimiento, que es una adaptación a la onda recibida de la pieza oculta.

En cuanto a la cabeza de macho cabrío, a la que se atribuye una idea simbólica más o menos pornográfica, es olvidar que no hace tanto tiempo los rebaños de corderos eran conducidos generalmente por machos cabríos, que, sin duda, barruntan mejor que los demás los parajes «benéficos» de los campos. Es algo muy extraño haber querido hacer «conductor» del rebaño a un diablo cualquiera.

Aquellos aquelarres no tenían lugar en cualquier parte, y se sabe de algunos que se celebran aún a veces —aunque, por desgracia, ya son muy raros— en lugares en que hay crómlech, antiguos crómlech o círculos de hadas...

Conozco aún, en el bajo Berry, dos lugares de aquelarre de gatos que fueron, sin duda, aquelarres de jars. Se dice que los gatos bailan allí por Navidad.

Por lo que respecta a los «conocimientos» o a los «poderes» que brujos y brujas sacan de esas reuniones rituales, acompañadas de danzas —incluso eróticas—, erraría uno si lo tomara a la ligera.

Los crómlech rectangulares parecen tener otra significación y destino. En efecto, el de *Crucuno*, en el Morbihan, que forma un cuadrilátero muy regular, se halla orientado, en su gran eje, en dirección Oeste-Este, y sus diagonales están situadas de forma que señalan los ortos ilíacos en los solsticios de invierno y verano. Además, sus proporciones, 34,25 m × 25,70 m, son las del triángulo de Pitágoras (3 × 4 × 5).

Se trata aquí, sin duda, de recintos rituales, pero que ponen de manifiesto cierta ciencia, tanto geométrica como celeste.

Y esta ciencia ha sido demostrada en estos últimos años a propósito de *Stonehenge*.

Stonehenge no es ya un verdadero crómlech desde que en el recinto primitivo muy antiguo se construyó lo que Diodoro llama el «Templo circular de Apolo». *Estaba allí —explica— en un bosque maravilloso, donde los hiperbóreos cantaban, acompañándose de la cítara, alabanzas al dios Sol.*

He aquí cómo describe el templo propiamente dicho Iñigo Jones, enviado por el rey Jacobo I de Inglaterra para explorarlo. Un círculo exterior, compuesto de enormes piedras verticales de 4 metros, 4,50 m y aún más, separadas por espacios de 90 a 120 cm y rematadas por una corona de grandes losas formando dinteles.

El ábside central consta de una losa, colocada horizontalmente; una herradura de 12 monolitos o más se levantaba a 2,50 m, dominada por 5 trilitos, situados directamente tras de ella, 5 pares de piedras verticales, cada uno de ellos con su dintel. El par central tiene una altura de 6,60 m, y su dintel, una longitud de 4,50 m y un espesor de 1,50 m. Una avenida jalonada por dos taludes parte en sentido Noreste.

A menos de cien metros de la avenida se alza un monolito, no tallado, que se llama desde antiguo *Heelstone* (la piedra del talón). La línea trazada desde esta piedra al altar representa el eje del conjunto, y desde el centro de aquél al comienzo del solsticio de verano, el Sol se levanta por encima de la *Heelstone*.

A causa de la constante variación de la oblicuidad de la eclíptica, en 1901, *Sir* Norman Lockyer, astrónomo real, midiendo el desplazamiento angular pudo calcular la fecha de erección del monumento central hacia el 1850 a. de J. C, cálculos que fueron corroborados por el fechado, mediante el carbono 14, de un fragmento de carbón de leña encontrado en 1950 en uno de los agujeros abiertos en el momento de la erección de las piedras.

Nótese que se trata de un monumento bastante reciente, aunque date de antes de la invasión celta. Y cuando Diodoro hablaba del templo de Apolo, pensaba, sin duda, en Apolo-Beleño.

En 1953, utilizando una técnica fotográfica adecuada de iluminación lateral, pudieron obtenerse algunos grabados del gran monolito, unos signos regulares semejantes a los conseguidos en los megalitos de Irlanda, Bretaña, Noruega y Suecia, así como un hacha y un puñal labrados.

El puñal es del tipo corriente en la Grecia micénica, y data del 1500 a. de J. C. En fin, se descubrió que el procedimiento de talla de las piedras era el mismo que el de los egipcios.

Se comprende que no emitiera yo la opinión de que había existido una corriente constante de cambios entre «hombres de oficio» de Oriente y Occidente sin hallarme en posesión de algunas pruebas de ello.

Todos estos misterios de Stonehenge incomodaban mucho a los especialistas en Prehistoria, los cuales mantienen obstinadamente a su homínido occidental en un estado de atraso hasta que Roma le hubo revelado los esplendores de la civilización cesariana. Se obtuvieron, pues, todos los datos «numéricos» que pudieron hallarse en el paraje de Stonehenge, y se sometieron al calculador electrónico de la Universidad de Harvard. Y éste respondió que las alineaciones y disposiciones de las piedras de Stonehenge constituían un calculador que permitía computar las posiciones lunares y solares.

«Sin tener que calcularlas», precisaron incluso dos sabios australianos: los profesores R. C. Colton y R. L. Martin.

Todavía no se han aplicado los cálculos más que a la parte astronómica.

En cuanto a los constructores, he aquí que aparece de nuevo el «caballo». Mrs. Janette Jackson, que estudia actualmente las rutas —en efecto, las rutas— de la antigua civilización de Stonehenge, centradas en *Avesbury*, a algunos kilómetros, me llamó la atención sobre este caballo labrado en la toba de forma que quedaba al descubierto la creta subyacente del país, debajo de la meseta de *Uffington-Castle*.

«Nadie sabe —me escribe Mrs. Jackson— por qué, ni cuándo, ni por quién fue trazado en la pendiente de la colina este antiquísimo caballo blanco... Sigue siendo un misterio saber si pertenece a la Edad de Piedra, a los celtas, a los sajones o a los daneses...»

Pero poco importa su edad. Es evidente que el caballo no pertenece ni a una edad ni a una raza, sino a una tradición y, más especialmente, a una tradición de constructores, y que ésta —y aquí tenemos lo verdaderamente extraordinario— no ha desaparecido, puesto que los Compañeros de Trabajos de hoy llevan aún su «caballo».

Como es natural, no voy a iniciar aquí el estudio de todos los monumentos transmisores de esta tradición; no obstante, conviene decir algo sobre Glastonbury, donde se ve dibujado en el suelo, por las piedras, por aldeas y caminos, un zodíaco completo de dieciséis millas de diámetro y cuyo origen y edad son completamente desconocidos. Se ha hablado de 2700 antes de Jesucristo; pero tal vez se trate de 2.000 años antes, lo cual sería anterior a los astrónomos caldeos...

Además, cerca de Glastonbury se encuentra el pozo céltico conocido con el nombre de *Chalice Wells*, «Pozo del Graal».

Es un pozo rectangular, como el de la catedral de Chartres, pero cuya talla de

las piedras y ensamblaje revelan una técnica egipcia.

Glastonbury y Chalice Wells se hallan situados en la colina de Avalon, que fue antaño una isla, aunque ahora esté en las tierras a consecuencia de los aluviones.

Aval o *Abel* —en inglés, *Aple*— es la manzana y, en la mitología celta, Avalon era la isla afortunada a la que iban las almas de los héroes...

¡De nuevo la manzana!

Pero nos falta hablar de los dólmenes.

CAPÍTULO XVIII LOS DÓLMENES

En su origen, el dolmen era una mesa de piedra, más o menos gruesa, de mayores o menores dimensiones, colocada sobre tres o cuatro pilares. Es una definición muy general, ya que existen diversos tipos de dólmenes, que respondieron quizás a necesidades distintas.

Algunos fueron contruidos al aire libre; otros, enterrados bajo túmulos. Es lógico pensar que tuvieron destinos diferentes, pero los hay que se hallaron bajo un túmulo y están ahora al aire libre o sólo enterrados en parte, lo cual no simplifica, desde luego, las investigaciones.

Se han dividido, según su tipo, en dólmenes de varias mesas, en dólmenes de mesa simple y en galerías cubiertas, y resulta difícil, por no decir imposible, diferenciar verdaderamente los de varias mesas de las avenidas cubiertas.

Añadamos a esta confusión el hecho de que hubo ciertamente dólmenes *verdaderos* y dólmenes *imitados*, porque es probable que se siguiera erigiéndolos cuando su razón de ser estaba ya olvidada, igual que se siguió edificando iglesias góticas cuando los datos de base de ese estilo no eran ya conocidos ni enseñados, y se siguió construyendo pirámides cuando ya se habían perdido sus principios y datos cósmicos.

Además, los «verdaderos» y los «falsos» tienen una cierta identidad de apariencia, pues la técnica duró más tiempo que el principio, y la «Era del dolmen» fue indudablemente muy larga. A principios de nuestra Era seguían erigiéndose pequeños, a modo de tumbas...

Ello nos lleva a hablar del uso de los dólmenes, a los que casi todo el mundo está de acuerdo en considerar como tumularios. Y, sin duda, esto es cierto *también*, como *también* lo es en lo que respecta a las pirámides.

Sin embargo, como dólmenes y galerías cubiertas eran, a buen seguro, monumentos sagrados, contrariamente a los menhires y crómlech, se plantea la cuestión: ¿fueron tumularios por ser sagrados, o sagrados por ser tumularios?

Por las razones expuestas, sólo pueden ser conjeturales los estudios acerca de dichos monumentos; y, como los demás, seguirán siendo así hasta que se descubra el «principio» que está en el origen de su erección.

Toda la parte documental de lo que viene a continuación ha sido tomada del excelente librito de Fernand Niel *Dolmens et Menhirs*, que encierra, en forma condensada, una extraordinaria cantidad de informes geográficos y de otro orden^[36]. He hecho amplias transcripciones de dicha obra...

El aspecto tumulario actual de estos monumentos es innegable. En los dólmenes se halla gran número de esqueletos, incluso demasiados y de tipos

excesivamente dispares... *Se encuentran* —dice Niel— *en un mismo monumento restos de incineración e inhumación, como en el dolmen de Truans cerca de Saint-Affrique* (Aveyron). *Además, los cuerpos se hallaban tanto acurrucados como tendidos. En la galería cubierta de Ossun (Bajos Pirineos) aparecían con la espalda apoyada en la pared, y en el dolmen de Collorgues (Gard), una quincena de esqueletos habían sido dispuestos “como los radios de una rueda de coche”... Los esqueletos de niños no son tan raros, y aun el de un cachorro de perro al lado del de una anciana en el dolmen de Eyford (Gloucestershire, Inglaterra).*

Pero el aspecto más curioso de estas tumbas reside en el número, relativamente elevado, de esqueletos hallados a veces en un mismo dolmen. Citemos algunas cifras: 80 esqueletos en el dolmen de Monte Abrão (Portugal), 62 en el del Monastier (Lozère), 50 en el de Port-Blanc (Morbihan), 64 en la avenida cubierta de Épone (Seine-et-Oise), 100 en la de Chamant (Oise), 300 en el dolmen de Sainte-Eugénie (Aude), etc. En Escandinavia, cuando el dolmen no podía ya dar cabida a las osamentas, éstas se dejaban fuera del monumento...

Es evidente que durante siglos el dolmen que se encontraba allí sirvió de necrópolis; pero ¿fue ése su destino original? ¿No sería un medio de poner a los muertos bajo la protección de un monumento sagrado, aunque su origen se ignoraba?

Por otra parte, Niel reconoce muy razonablemente:

Habría varias reservas que formular en cuanto al destino del dolmen-tumba. Algunos de estos monumentos, compuestos de soportes en forma de pilares, no se prestan a un destino funerario. Igual ocurre por lo que respecta a otros erigidos sobre bancos de rocas naturales. Se han visto contruidos sobre fuentes o en el lecho de los ríos. Sería posible, pues, que, en diversas circunstancias, monumentos del tipo dolmen hubieran sido edificadas con un fin distinto del de cobijar restos humanos...

Finalmente, el hecho de encontrar esqueletos en los dólmenes no significa nada en absoluto o, cuando menos, no proporciona informe alguno acerca de la razón de ser de tales monumentos, como tampoco los restos que reposan en las criptas de nuestras iglesias y catedrales, y cuyo número va aumentando de siglo en siglo. Como máximo, podemos afirmar que los dólmenes sirvieron de tumbas individuales o colectivas, pero no cabe aseverar que ésta fuese su finalidad primitiva, y, en efecto, aparte los cuerpos, en estos monumentos se encuentra de todo y de todas las edades: sílex tallados, hachas pulidas, espadas, puñales y hachas de bronce, estatuillas de divinidades galas o romanas, monedas romanas..., y hasta liarás^[37] con la efigie de Luis XIII.

Tampoco nadie ha podido explicar jamás de modo satisfactorio cómo pudieron ser contruidos los dólmenes, no los pequeños, sino los grandes, cuya realización deja a uno pensativo.

Conviene dar algunas cifras, pues son más elocuentes que todas las explicaciones.

He aquí las dimensiones y pesos aproximados de mesas de algunos dólmenes: *Bagneux* (Maine-et-Loire), $7,50 \times 7 \times 0,50$; 52 toneladas; *Mané-Ritual* Locmariaquer (Morbihan), $11,50 \times 4,50 \times 0,50$; 60 toneladas; *Antequera* (España), la gran mesa: $8 \times 6,50 \times 1$; más de 100 toneladas; *Bournand* (Vienne) pesaría 110 toneladas y, en fin, en *Gast*, en Calvados, una mesa, de la que no se está seguro que sea dolménica, mide $10,60 \times 3,50 \times 4$, o sea, 148 m^3 , y pesa, como mínimo, 300 toneladas.

Ahora bien, todas estas piedras fueron *extraídas* del lugar donde se encontraban, *transportadas* —y, a veces, a enormes distancias— y *erigidas* sobre montantes puestos en el lugar y, a menudo muy altos, ya que algunos dólmenes están a 3,50 y a 4 metros sobre el suelo.

En Pépieux (Aude) —dice Fernand Niel—, *un dolmen se encuentra sobre una eminencia aislada, de amplia cima, pero de declives tan acentuados que se pregunta uno cómo pudo ser acarreada hasta allí arriba una mesa de treinta toneladas por lo menos*.

No se entrevé más medio que la construcción de una enorme calzada enteramente en forma de terraplén y formando un plano inclinado desde el llano hasta la cumbre. Por supuesto que no queda la menor huella de esa vía sobre la que habría avanzado la colosal mesa.



Distribución de los dólmenes en Occidente (según Fernand Niel).

Desde luego, tratamos de imaginarnos cómo debieron de realizarse aquellos desplazamientos, y lo hacemos en función de la idea que nos forjamos del desarrollo de la sociedad de aquel tiempo, lo cual equivale a decir que tomamos el problema al revés: nos imaginamos a hombres de quienes sabemos bien poco y, según lo que nos hemos imaginado, buscamos los medios empleados. Es tan poco lógico como es posible.

Y esto lo falsea todo, porque se admite *a priori* que se trata de primitivos subdesarrollados. Y constituye un procedimiento mental bastante común en nuestro tiempo, que niega todo saber a aquellos que no tuvieron o no aplicaron *nuestra* ciencia.

Es más *científico* admitir —como hace la tradición popular—, que, no habiendo podido ser transportadas estas piedras por hombres corrientes, fueron manejadas por gigantes. Y el problema es realmente éste: si las piedras eran demasiado pesadas para hombres comunes, las tendrían que desplazar y erigir individuos para los cuales el peso no era un obstáculo insuperable.

Y ello, mediante el empleo de máquinas de las que no tenemos idea, o bien por

efecto de una maestría desconocida sobre las fuerzas de gravitación.

Ninguno de los medios imaginados es válido para las mesas más pesadas: ni los trineos sobre un camino de arcilla húmeda, ni el acarreo sobre troncos de árboles. Sólo una ciencia extraña para nosotros pudo realizar esos transportes y construcciones.

Se ha lanzado la idea de que estas piedras pudieran ser puestas «en vibración» hasta obtener, por ultrasonido o infrasonido, una especie de «impulsos» que permitieran desplazamientos mínimos, pero repetidos...

Las observaciones más interesantes en este campo me parecen las hechas por Gérard Cordonnier, ingeniero jefe del *Gente maritime* y expuestas —aunque no a tal respecto— en una publicación en que se estudian los fenómenos espaciales^[38] :

Es bien sabido —escribe Gérard Cordonnier—, que, a raíz de las sesiones de “espiritismo”, las personas reunidas en “cadenas cerradas” para “hacer girar mesas” han sido testigos a veces de levitaciones extraordinarias. Muebles de un peso considerable se han levantado y perseguido a los asistentes de forma amenazadora..., escapando a todo control... Entre los místicos cristianos y otros se encuentran casos de levitación, atestiguados también por tantos testigos (véase también el caso de Françoise Fontaine, de Louviers, citado anteriormente), que no cabe ya la duda... Los testigos de tales hechos han comprobado que el cuerpo del extático se había vuelto tan ligero, que oscilaba al menor soplo de aire. No se trataba, pues, de un cuerpo en equilibrio entre la gravedad y una fuerza antagónica, sino de un cuerpo que había alcanzado un grado de máxima levedad y cuya masa se había anulado, tal vez bajo la influencia de un campo “biopsíquico”.

Gérard Cordonnier emite al respecto una hipótesis de trabajo muy sugestiva, según la cual la estructura de masas elementales podría ser «vectorial»; una polarización, una «orientación» de esos vectores podría «hacer transparente» un cuerpo a los efectos de la gravitación en un sentido determinado. *Se obtendría el efecto de polarización si se supiera crear un campo de orientación que actuara por resonancia.*

No parece —en la teoría de Gérard Cordonnier— que esa «polarización» de las fuerzas gravitacionales requiriera una «energía» en el sentido en que nosotros la entendemos, sino sólo un «saber» como el exigido para abrir un candado de letras.

La hipótesis es tanto más atractiva cuanto que reúne ese aspecto de la Ciencia tradicional según el cual el hombre, y más especialmente el «místico», está dotado de extraños poderes, algunos de los cuales reconoce humildemente san Bernardo haberlos recibido de Dios...

De lo que no cabe la menor duda es de que, sea cual fuere la Ciencia que permitió la erección de los dólmenes, quienes los construyeron o los hicieron construir tuvieron, al hacerlo, un objetivo que no debía de ser específicamente tumular, y podemos estar seguros también de que el fin perseguido no era personal ni el resultado de una superstición.

Se les puede, sin duda, conceder bastante altruismo como para creer que tenían presente un instrumento de evolución humana. En efecto, ya hemos visto que aquellos sabios daban, a los pueblos entre los que residían, la agricultura, la ganadería y unas «técnicas». El dolmen hubo de inscribirse entre esa aportación civilizadora.

¿Cómo? Con igual título, supongo, que todos los templos y catedrales: como instrumento de acción directa sobre el hombre. Y para eso hacía falta la ayuda de la tierra, es decir, del lugar.

Es indudable que los lugares fueron escogidos. *En efecto* —dice Fernand Niel—, *los constructores de dólmenes erigieron a menudo sus monumentos muy lejos de los lugares de extracción. Se citan los materiales de la galería cubierta de Essé (Ille-et-Vüaine), entre los cuales figura una mesa de 45 toneladas de peso, que habría sido transportada a una distancia de 4 kilómetros... Las losas del dolmen de Saint-Fort-sur-Né (Chórente), a 30 kilómetros; las del dolmen de Moulins (Indre) a 35 kilómetros, y una losa del dolmen de Soto (España), a 38 kilómetros. Igual ocurriría en Corea, donde los materiales de 22 dólmenes de Sune-Sane-Hi habrían sido transportados por vía fluvial...*

Así, pues, se trata de «utilización» del lugar y de sus propiedades...

¿De qué manera? A este respecto, me gustaría emitir una hipótesis:

En cuanto a las galerías cubiertas o los dólmenes bajo túmulo, parece que se quiso «rehacer» allí la caverna, o sea, el paraje donde las corrientes telúricas se hallan —diría yo—, en estado puro. Y no creo que los pitagóricos siguieran otro imperativo cuando construyeron la «basílica» de la Puerta Mayor^[39].

Por otra parte, conviene advertir, a este propósito, que gran número de galerías cubiertas están acodadas exactamente como la mayor parte de las grandes iglesias de la Edad Media o de los templos egipcios, lo cual sea tal vez una persistencia de la tradición.

Por lo que se refiere a los levantados «al aire libre», muchos presentan una particularidad muy digna de nota. Se hubiera creído que «mesas» de piedra de tanto peso habrían sido instaladas con el máximo de «base»; no es así, antes al contrario. Se tuvo buen cuidado en no hacer descansar la mesa, sino sobre el mínimo de su superficie, casi en los extremos, de suerte que tuviera el menor contacto posible con los montantes.

A veces hasta se consiguió el resultado de hacer descansar la mesa, en cierto modo, sobre «unas puntas de agujas», introduciendo, entre el montante y la mesa, un minúsculo tejo redondo, que soporta así todo el peso sobre puntas.

Habría allí una especie de absurdo, de reto a la solidez, si no fuera probable —dado que la cosa era evidentemente deseada— que hiciese falta que fuese así para la utilización que se pretendía.

Además, en muchos dólmenes, ese «apaño» se mantuvo más allá de los milenios; es preciso, pues, que este aspecto algo «bárbaro» que les

encontramos porque nos hemos habituado a las piedras «escuadradas», no lo sea realmente, ya que presenta esa perennidad, esa resistencia.

Por tanto, nos vemos inducidos a creer que si las piedras de las mesas parecen ser toscas, es precisamente porque se quiso que fuesen toscas, sin «talla» previa.

Así, pues, hay tres elementos: el lugar, la piedra y su modo de «suspensión».

Respecto al lugar ya hemos tratado.

¿Y la piedra? Al ser tosca, se toma como una entidad; una formación natural considerada en su plenitud. La piedra es una creación lenta de la tierra, del agua, del fuego, de las presiones y de las corrientes. Sacada del suelo, es la materia misma de éste. Sólo ha podido formarse, ya sea gresosa, calcárea, esquistosa o lo que se quiera, de acuerdo absoluto con todas las leyes terrestres, solares y cósmicas. Nada hay que sea terrestre que no esté en ella. Tiene su vida propia, según su textura y su lugar, que está en concordancia con la vida de la tierra. Su misma división laminar y su separación en bloques pertenecen a la historia de la Tierra. La herramienta no puede sino destruir esa unidad.

Su segunda propiedad es la de ser un acumulador. Si calentáis la piedra, el calor se acumula en ella; lo conserva y lo suelta sólo lentamente. En el lenguaje de los físicos, se dice que es refractaria como su hermano artificial el ladrillo. Y, por supuesto, es acumulador no sólo del calor, sino también de magnetismo y, sobre todo, de vibraciones. La piedra se pone fácilmente en resonancia, vibra sin dificultad. Toda vibración que esté de acuerdo con ella, según sus dimensiones, encuentra eco en la misma.

Ahora bien, este acumulador resonante va a ser colocado justamente en las mejores condiciones de resonancia, es decir, sobre unas puntas que no sofocarán las vibraciones. Además, la piedra, en virtud de su peso, que tiende a doblarla —a lo que se opone su cohesión—, se encuentra «bajo tensión», o sea, que sus propiedades de resonancia son acrecentadas. Tenemos entonces que habérmolas con un conjunto que se asemeja mucho a un instrumento musical.

Que la tabla de armonía existe es, desde luego, un hecho, y yo lo he comprobado personalmente; pero saber cómo y por qué se utilizaba esta tabla, qué clase de acción se buscaba, eso rebasa ya el dominio de la conjetura.

En *Los misterios de la catedral de Chartres* hice notar que un resultado análogo de tensión de la piedra se había obtenido, en el edificio gótico, mediante el sistema de la intersección de ojivas; al ser la acción buscada un «acondicionamiento» del hombre en un sentido evolutivo, no es imposible que ocurriera lo mismo con la erección del dolmen. Con la diferencia de que éste es edificado por algunos individuos, y la catedral gótica, por una multitud.

Aunque los dos monumentos se asemejan a las antípodas entre sí, existen otros puntos de aproximación entre la catedral y el dolmen: el de una utilización de capas de agua subterránea. Como las catedrales, los dólmenes tienen generalmente su pozo, el pozo dolménico, que parece haber pertenecido al

conjunto que debía de constituir el dolmen y su recinto. Y muy a menudo, el agua de esos pozos tiene algunas propiedades terapéuticas. El nombre de *Bonneau* para dólmenes no suele ser tan raro.

Parece verosímil que exista cierta correlación entre esta agua y la acción buscada en el dolmen y, sin duda, también en las catedrales.

Por todas estas razones, considero el dolmen como un instrumento de enseñanza directa por «puesta en estado» del neófito.

Y probablemente como la acción de los dólmenes difería según los lugares e «instrumentos», una iniciación completa exigía el «viaje de iniciación» de un lugar dolménico a otro igual...

Por otra parte, el viaje de iniciación siguió siendo una tradición que observaban los filósofos griegos y practicaban los druidas, herederos de un saber antiguo, viaje que terminaban, en tiempo de César, en Gran Bretaña, quizás en el «templo» de Stonehenge.

No queda descartado que aquel «viaje» de los iniciados fuese anterior a la sumersión del canal de la Mancha.

Porque los druidas figuran como los herederos de un saber anterior.

CAPITULO XIX LOS DRUIDAS

Liguria y, según parece, la civilización de los dólmenes, cesan con la Era del toro. Es remplazada por la céltica, así al menos es como el mundo antiguo designaba a Occidente, desde la Europa central hasta el Atlántico, desde el desconocido Norte, hasta más allá de los Pirineos.

Los primeros tiempos de la Era del carnero son testigos de la invasión celta, y la hipóstasis de la divinidad se convierte en Bélen y su páedra en Belisama.

Generalmente se fija la fecha de la primera invasión celta hacia el 1700 a. de J. C.

A los celtas, a la tradición céltica, están vinculados los *druidas*. El nombre mismo es celta y significa «muy sabio». Sin embargo, la tradición no asigna a los druidas un origen céltico. Sus orígenes son completamente legendarios, tanto el de los celtas como el de los druidas.

Veamos primero el de los celtas.

Los celtas eran arios. Hablaban una lengua indoeuropea, y, según los historiadores, procedían del Irán, mientras que la leyenda los hace «partir» de mucho más lejos y de mucho más antiguo.

Según ésta, habría existido, antes del último período glacial, en las tierras del extremo Norte y en tiempos en que el hundimiento del mar del Norte no debía de haberse producido aún, un gran continente hiperbóreo que había alcanzado ya un muy alto grado de civilización.

Cuando los hielos empezaron a invadir el Norte, este pueblo habría ido descendiendo poco a poco, a medida que aquéllos se extendían hacia el Sur, y así habría acabado por alcanzar el Asia Central y, más especialmente, el Irán, en cuyo país, con el nombre de ario, habría prosperado, y de donde —como consecuencia del incremento de la densidad de población— debió de dispersarse en varias direcciones, llevando consigo su lengua, filosofía y saber.

Bajo el mando del jefe «Ram» habría conquistado la India, a la sazón poblada por una raza negroide, y sería la historia de esa conquista la que narraría el Ramayana. Aquellos arios serían los creadores del sánscrito —que está, efectivamente, en la base de las lenguas indoeuropeas—, del brahmanismo y de la organización social en castas.

Como quiera que Ram significa «carnero», puede suponerse que la citada conquista se llevó a cabo a principios de aquella Era, es decir, hacia el 2000 a. de J. C.

Una parte de este pueblo se habría quedado en Irán, donde sus filósofos debieron de convertirse en «magos» —antepasados de los «sufíes»—, y donde

mantendrían durante largo tiempo una religión de rito solar que habría sido la de los «parsis», los cuales dieron su nombre a Persia.

De esta Asia Central se habrían dispersado otros pueblos, acaso muy pronto, siguiendo la retirada de los hielos en el momento del «recalentamiento» del hemisferio Norte. Debieron de remontar el Caspio y desparramarse por las llanuras de la Rusia blanca, formando la rama de los eslavos y germanos.

Otros se habrían encaminado hacia el Oeste y, por Crimea (Ucrania era entonces un pantano), habrían arribado a la Europa Central, de donde debieron de «irradiarse» en forma de estrella.

A Grecia, donde constituyeron la invasión dórica.

A Europa Occidental, donde constituyeron las invasiones goidélica, gaélica y gala.

A Escandinavia, donde constituyeron la invasión noruega.

Y, sin duda, al Lacio.

Los gaélicos penetraron también en Inglaterra, donde formaron otra Galia, la actual Gales.

Parece que fueron ellos quienes intentaron tomar también Irlanda con el nombre de «Fomorés» y que lo lograron hasta cierto punto.

¿Invasiones? Creo que nos equivocáramos si viéramos en ello el despliegue de innumerables hordas. Eso es la historia novelada, un género de historia como la de Mario ajustándoles las cuentas a trescientos mil cinabrios y teutones en la llanura de Pourrières. Trescientos mil seres humanos no habrían tenido jamás en el país el sustento suficiente para llegar del Rin a los Alpes inferiores. Esta historia de Mario es la del salmo: *Saúl mató a mil, pero David mató a diez mil...* Simple licencia poética.

Conviene reducir las cosas a una proporción más justa; así, se ha calculado la invasión burgundia, hacia el siglo III o IV, en tres mil combatientes. Y el gran ejército musulmán que invadió España debía de ser del mismo orden, con la evidente ayuda de la población ibera, que estaba ya harta de los visigodos.

No debió de ocurrir de otro modo con las invasiones celtas, que no parecen haber penetrado en la Galia de cualquier manera, sino haber sido «distribuidas», y de forma muy inteligente.

Aunque hubo hospitalidad en cierto modo «en casa de los parientes», la cosa no es imposible. Se renovó para los bretones expulsados de Gran Bretaña en el siglo VII por los sajones...

No es imposible que, pese a las diferencias de lenguas y —esto no es tan seguro— de tradiciones, el recuerdo de un origen común haya sido conservado.

No es imposible tampoco que esa hospitalidad la hubieran establecido unos

«sabios», que no podrían ser entonces más que los druidas y los que hubiesen tenido bastante influencia sobre las masas, lo mismo ligures que gaélicos, como para organizar una «distribución» de tribus, cuyo resultado parece muy considerable.

Tampoco puede afirmarse que todo ocurriera del modo más pacífico y que no se produjeron algunas «fricciones» entre ligures y galos. Esto sería muy extraño, sobre todo con aquellos «goidels», que no soñaban más que con heridas. Pero, ciertamente, no hubo «exterminio», y la prueba de ello está aún en lo que fue la antigua Aquitania, la que va desde los Pirineos al Loira. En efecto, se encuentran allí las dos etnias, perfectamente mezcladas, pero distintas, en el seno mismo de las familias. Después de tres milenios reaparecen las dos razas: rubio alto y moreno pequeño...

Ninguna de las dos razas ha eclipsado a la otra, y esto está de acuerdo con las leyes de Mendel...

Evidentemente, no ocurre lo mismo más al Norte, donde tal vez los ligures eran menos numerosos, pero especialmente donde los germanos hicieron verdaderas hecatombes.

Sea como fuere, antes de la invasión cesariana, la Céltica de Occidente (las Galias) parece haber conocido una importante organización, puesto que su símbolo, el trébol de cuatro hojas, ha subsistido, aunque su significación esté olvidada: la imagen de la suerte.

Siendo los druidas los «directores de conciencia» de los pueblos celtas, sólo a ellos podría ser debida esa organización.

Y henos aquí enfrentados con el problema del druidismo y, en primerísimo lugar, con el de sus orígenes.

Hay —creo haberlo hecho comprender— una tradición «operativa», cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, pero que jamás se ha desmentido desde que fueron suministrados a esos «manuales» los datos necesarios y suficientes para armonizar en el sentido musical sus obras con los ritmos — grandes o pequeños— de la naturaleza.

Se sigue de ello que toda obra armonizada es de iniciación en razón de este mismo acorde, puesto que revela directamente las leyes naturales y, acaso, también al arte de utilizarlas.

Lo cual no quiere decir que tales obras sean directamente inteligibles sin medio de lectura.

Pero este «medio», que supone una enseñanza, fue —y sigue siendo— oral, con todo lo que ello implica de variaciones, errores, incomprensiones y desapariciones, ya sea de resultados de incapacidades humanas, ya como consecuencia de cataclismos.

Es probable que la transmisión de la Ciencia esotérica especulativa, filosófica, haya sufrido baches y quizás hasta desapariciones; pero habiendo subsistido

las «obras», en especial las de piedra, ha sido posible a menudo reconstituir lo esencial de ellas.

Bíblicamente, el ejemplo es típico; las leyes están grabadas en la piedra, y Moisés escribe su comentario filosófico y, para que la transmisión no sea falseada, exige que ni una iota sea cambiada en sus libros.

Sin embargo, también hace falta ser apto para leerlos.

En este aspecto podemos preguntarnos si los druidas —notables filósofos a juicio de los autores antiguos— fueron los herederos *directos* de los Antes de Isoré o si formaron primero un colegio de «sabios» que hallaron, en los documentos monumentales dejados sobre el suelo, una parte de la sabiduría antediluviana.

Dos leyendas circulan a este respecto.

Según una, de origen irlandés, los druidas serían los «herederos» del saber de los «thuata dé Danan».

Habría habido en Irlanda seis invasiones o intentos de invasión. Dos que atañen indudablemente a pueblos occidentales: la de los *Fomoré*, que parece provenir de Noruega y que debe de datar de la primera invasión celta del siglo XVII antes de nuestra era, y la de los *Fir-Bolg*, en la que creo reconocer la invasión «belga» del siglo V.

Las otras cuatro invasiones se admiten, por lo común, como salidas del Mediterráneo. A este propósito, Eoin Nesson escribe^[40] : *La creencia general de que varias razas de pueblos distintos, procedentes de diversos lugares —los partos, númidas, thuata dé Danan y milesios— llegaron a Irlanda en oleadas sucesivas, es considerada como cierta por la mayoría de investigadores... Sin embargo, parece... que estos pueblos —que, en efecto, llegaron en oleadas sucesivas— procedían de un mismo lugar.*

Salvo por lo que respecta a los «thuata dé Danan», se advertirá que se trata de fenicios y de sus descendientes númidas.

Las leyendas nada dicen —o al menos nada me han dicho— sobre el origen de los «thuata dé Danan». Thuata, como ya he hecho observar, es un plural que significa tribu, pueblo. Lo encontramos en el nombre de Teutatés, a quien los latinos, y muchos otros después de ellos, tomaron por un determinado dios. Habiendo César preguntado a los galos quién era su dios, éstos le respondieron: *Thuata téos*, que se convirtió en «Teutatés», pero cuya acepción no es otra que la de dios de la tribu o dios del pueblo.

Esto no es galo, sino ligur. Es una forma muy remota y primitiva de plural que encontramos, por otra parte, en el *Galgal*, literalmente *piedra-piedra* y que designa montones de piedras, *cairns* en gaélico.

Danan, *Danaan* o *Danann* designa a una «diosa», ya que los «thuata dé Danan» son llamados a veces *la tribu de la diosa*.

No creo equivocarme al decir que el nombre de esta diosa ha llegado hasta nosotros con el de Ana, santa Ana para los cristianos, la Madre de la Madre, la que es reproducida en el centro de las ojivas alargadas de la portada de los Iniciados de la catedral de Chartres; se la representa negra en medio de los «adeptos» del Antiguo Testamento: Melquisedec, Aarón, David y Salomón.

Es la Tierra-Madre, la «Materia Prima» de los alquimistas, la Virgen-Negra.

En una palabra, la Naturaleza.

Los thuata dé Danan es la tribu, el pueblo, el clan o el colegio de los «hijos de la Naturaleza», de aquellos que la conocen, que actúan por ella y sobre ella; es, «epónimamente», el *Basa-Jaun*, el maestro de la naturaleza de la mitología vasca.

Estos thuata dé Danan eran considerados como algo sobrenaturales en la mitología irlandesa. Lug —al que hemos encontrado ya tantas veces— formaba parte de la tribu de los thuata dé Danan.

Una invasión, en tiempos fabulosamente remotos, de seres fabulosamente sabedores de las cosas de la Naturaleza; he aquí que se parece de modo prodigioso a nuestros «gigantes», a nuestros «Jean» que criaban animales, cultivaban las tierras y hacían erigir piedras de iniciación.

Son reconocidos por la leyenda como antepasados o como instructores de los druidas.

Según otra leyenda, los atlantes habrían dejado en el suelo de Occidente una especie de «alfabeto» de piedra, y los druidas serían un colegio de sabios que, a la llegada de los celtas o algo antes, habrían «exhumado» el mismo y habrían sacado de él el saber que fue el suyo.

Se echa bien de ver que las dos leyendas son bastante semejantes, puesto que hacen a los druidas herederos de un saber muy antiguo; transmitido o hallado.

Son herederos y no «descendientes». No forman una casta, sino un colegio, que se convierte en céltico después de la invasión celta. Irlanda conservó el recuerdo de druidas procedentes de España...

Y he aquí lo que daría alguna relevancia a la posibilidad de existencia de un centro de iniciación superior muy antiguo hacia Santiago de Compostela.

Los romanos, que conocieron a los últimos druidas, los presentan como personajes bastante enigmáticos, a quienes evidentemente estaba fuera de sus posibilidades entender. Se trata de gentes distintas por completo de ellos, a las que no pueden comprender.

Diviaticus, el archidruida amigo de César, que tenía la responsabilidad de la intervención de éste en las Galias, fue huésped del hermano de Cicerón, quien dice de él: *Fue tu huésped y te jactabas de ello. Conocía la filosofía natural a la que los griegos llaman fisiología y tenía la costumbre de prenunciar, parte por don de vidente, parte por conjetura, lo que acaecería en el porvenir.*

La filosofía natural, he aquí la que nos conduce aún —¿no es cierto?— a esta ciencia de la naturaleza que no puede negarse a los constructores de monumentos megalíticos, ni a los pintores de Altamira, ni a los que domesticaron los animales salvajes e «hicieron» el trigo.

El druidismo es un tema que no se puede abordar fácilmente. Pertenece, a la vez, a la Historia, a la leyenda y al cuento de viejas...

Según su humor o conveniencia, los autores han cargado a estos druidas con todo el saber o con todos los pecados. La idea más general que difundieron los autores clásicos fue la de que los druidas eran ociosos sacerdotes de tribus salvajes que adoraban la Luna y el Sol y sacrificaban víctimas humanas cuando la recolección del muérdago con hoces de oro les dejaba tiempo para ello.

Suele creerse que fueron sacerdotes —sin duda por habituación a los tiempos actuales, en que el religioso es casi siempre sacerdote—, sacerdotes de una religión que se presenta ya como monoteísta, ya como politeísta. Y, sin embargo, ni la Historia ni los cuentos confirman esta manera de ver.

Ante todo, porque «monoteísmo» y «politeísmo» son palabras sin significado religioso válido. Si se atribuye a Dios una cualidad de Unidad —y es mucha audacia encerrarlo en una concepción humana—, sería negar rehusarle la de multiplicidad. La presunción de los teólogos al reducir al Incognoscible a sus mezquinas concepciones ha constituido siempre para mí una delicia.

Más directamente, parece que existían sacerdotes, los gutuatri, oradores para las diversas manifestaciones hipostáticas. Había sacerdotes de Ésus, dios de la guerra; sacerdotes o sacerdotisas de Epona, protectora de los caballos; sacerdotes de los lugares sagrados, etc. Y estos sacerdotes no eran druidas.

En el plano religioso, los druidas se presentan no como sacerdotes, sino como «mantenedores» de los cultos. Por otra parte, y según César: *Los druidas enseñaban a la juventud el movimiento de los astros, la grandiosidad del mundo y de la Tierra, las ciencias de la naturaleza y la fuerza y poder de los dioses inmortales*.

Filosóficamente enseñaban la transmigración de las almas y su reencarnación.

Se trataba, pues, de filósofos docentes, pero también de magos. Todos los escritores de la Antigüedad que hablaron de ellos afirman la superioridad del espíritu «céltico» en materia de magia, y Plinio dice que practicaban ésta con tanto ceremonial, que parecían haber sido los profesores de los persas.

Sículo, Timágenes, Diodoro, Hipólito y Clemente de Alejandría se inclinaban a creer más bien que Pitágoras había recibido su filosofía mística de los druidas de la Galia, que éstos de él.

Lo cual era reconocer cierta identidad entre ambas «escuelas» o, por lo menos, grandes afinidades. En realidad, hemos visto que se trataba, *más* simplemente, de un mismo origen.

En cuanto a los poderes «mágicos» que les atribuyen las leyendas, son enormes, y, por lo que a mí respecta, tiendo a creer que, en efecto, lo fueron. Dominaban los poderes de la ilusión, hacían levantar vientos y tempestades, cubrían de nieblas las tierras para sembrar la confusión entre los ejércitos, o bien sustraían a otros a las miradas enemigas. Eran maestros en el arte de transformar los cuerpos y capaces de tener visiones a distancia. Elaboraban misteriosos elixires para olvidar. Eran médicos, puesto que, después de Tiberio, se vieron reducidos en la Galia, según cuenta Plinio, a ejercer esa profesión para poder vivir. Podían secar los arroyos. Profetizaban si se presentaba el caso.

Vemos que se trata sólo de hechos naturales provocados, y toda esa magia nada tiene de asombrosa, aun considerada desde un punto de vista científico. Salvo las visiones, nosotros hacemos otro tanto en la actualidad. Simplemente, poseían medios distintos de los que utilizamos nosotros y, sin duda, más sencillos. Siendo, como eran, muy doctos, disponían de poderes desconocidos para el común de los mortales; he ahí por qué eran muy respetados y tomados como jueces y consejeros.

Vivían su filosofía, adquirida tras un noviciado que duraba, según parece, veinte años, y un autor latino refiere que, a raíz de una batalla contra los galos en la que se hallaban presentes unos druidas, cuando los romanos iniciaron el ataque, los druidas permanecieron inmóviles como estatuas, recibiendo las heridas sin huir ni defenderse.

Sabían que eran inmortales y, además, les estaba prohibido hacer uso de armas y matar (lo cual demuestra la inanidad de las acusaciones hechas contra ellos de sacrificar víctimas humanas).

Aparte esto, nada se sabe acerca de la enseñanza esotérica de los druidas, y ni siquiera de la exotérica; mas no sería imposible descubrir su «sustancia» mediante el estudio detenido de las manifestaciones de Morgan —llamado Pelagio el herético— y, sobre todo, de san Columbano.

Por otra parte, diríase como si se resistieran a desaparecer completamente sin dejar huellas. En efecto, en el suelo de Francia hay algunos monumentos de época galorromana muy remota, que no tienen a primera vista significado ni uso alguno, como ciertas torres macizas del Poitou y la misteriosa «Piedra de Couhard», cerca de Autun.

Según el arquitecto Guétard, que la estudia desde hace muchos años, esta «piedra», que es una construcción revestida, se presenta en forma de un cubo sobre un pedestal redondo coronado por una pirámide, y sería uno de los monumentos «con clave» que los druidas, al ver que todo estaba perdido, habrían erigido en la Galia para transmitir, en forma de jeroglífico geométrico, lo esencial de sus conocimientos.

Las enseñanzas que ha sacado Guétard de su estudio son muy desconcertantes en cuanto dan la solución de una infinidad de problemas humanos y, especialmente, de las constantes relaciones del hombre con la naturaleza, la sociedad y el mundo y —lo que tiene una importancia enorme— una «construcción armónica» de la sociedad.

Pero será el propio Guétard el que revele su trabajo cuando lo crea conveniente.

CAPÍTULO XX LAS GALIAS

Después de la rebelión gala del 21, Tiberio declaró a los druidas suprimidos por *senatus consulte*. Claudio promulgó el decreto de su abolición total.

Se decía entonces que los druidas seguían reuniéndose en lugares inhabitados, en las cavernas o en el fondo de los bosques, donde proseguían su enseñanza.

Eran sólo los postreros espasmos, los últimos residuos retardados de lo que había sido el druidismo en su expansión. La Era del carnero, o de Aries, había expirado, y, con ella, la forma «Bélen» (*Bélier*) de la divinidad, así como el druidismo.

Así lo exige la ley cósmica de los ritmos. Y lo sabemos ahora nosotros, que estamos viviendo también la «gran liquidación» de la Era de Piscis...

Por desgracia, los únicos documentos «históricos» que tenemos sobre los druidas datan de esa época de su extinción. Tienen, pues, sólo un valor relativo.

Pero, como contrapartida, nos han llegado algunos ecos de la organización que dieron a las Galias y, sin duda, a otros países célticos.

Durante todo el tiempo de la guerra de las Galias, Julio César no tuvo dificultad alguna en aprovisionarse, lo cual supone una agricultura organizada, así como una ganadería próspera. Es señal, pues, de que el país se hallaba lejos de ser tan bárbaro como él pregonara y otros después de él.

Por otra parte, sabemos que los galos conocían el arado, arado de reja y de vertedera, puesto que uno de ellos se halla grabado todavía en el envés del gran dolmen de Locmariaquer, y probablemente dicho grabado es muy anterior a los celtas, que lo heredaron de los ligures.

Tenemos también el bajorrelieve, en una piedra encontrada en Tréveris, de una verdadera guadañadora mecánica que llevaba un solípedo, lo cual supone una agronomía organizada... y enseñada.

Otra enseñanza que se desprende de tales grabados es la de que había hombres para construir tales ingenios. Los artesanos habían hecho un aprendizaje y pertenecido, por tanto, a un cuerpo de oficio, fuese cual fuese la organización de éste.

Por otra parte, sabemos que los carreteros de las Galias eran muy expertos y construían toda clase de medios de transporte, en especial, carretas de muy diversos tipos y muy superiores a las de todos los sistemas romanos. La etimología nos lo enseña, ya que el latín toma del galo la mayor parte de las palabras que designan aquellos vehículos.

También los carpinteros de marina habían alcanzado un grado de perfección muy considerable, puesto que el *sinagot* que utilizaban los pescadores vanesianos aun antes de la aparición de los barcos de pesca con red de arrastre, provistos de motor, era considerado como un «resistidor de tempestades». Y la marina de Julio César escapó a un desastre sólo gracias a una calma chicha, que inmovilizó los *sinagots* vanesianos en lucha con las galeras romanas.

Quedan pocos monumentos galos, ya que muchos de ellos debieron de ser contruidos de madera, y la mayor parte de las edificaciones de piedra fueron, como las murallas de Bourges, utilizadas como canteras. Sin embargo, subsisten algunas «gordies» de la Alta Provenza, que ponen de manifiesto un genio extraordinario en el arte de ensamblar las piedras, esas piedras «secas» que se han conservado más de dos mil años.

En cuanto al Arte, las alhajas, la alfarería, los esmaltes y las medallas demuestran que existía una tradición de oficio, que se inscribe en símbolos constantes.

Nada se sabe prácticamente sobre el comercio en las Galias, aunque se descubran de vez en cuando signos que constituyen el asombro de los arqueólogos, como una crátera griega en la tumba de Vix. En realidad, los carreteros galos no construyeron tan gran diversidad de vehículos sólo para contemplarlos. Las Galias tenían una importante red de carreteras, y fue ésta la que permitió a César hacer cubrir a sus legiones, incluido el tesoro y la *impedimenta*, etapas de cuarenta kilómetros por día; y si se vio obligado a tender —excepto el construido sobre el Rin— un solo puente en toda su campaña (sobre el Allier), es porque ya había otros y porque disponía también de «pontífices».

Por otra parte, los transportes se hacían asimismo por vía acuática, como prueban los famosos «nautes» parisienses. Y en cuanto al estaño de las islas Casitérides (Inglaterra), se necesitaba sólo una luna para ir de la desembocadura del Sena a la del Ródano.

En fin, medio milenio antes de Jesucristo, los viajeros griegos recorrían ya las Galias meridionales.

El comercio estaba ya, pues, muy desarrollado.

Pero he aquí un aspecto muy interesante de la cuestión: había un «tabú» sobre los viajeros. El viajero podía transitar por las Galias sin peligro de ser desvalijado ni molestado. El único «peaje» que se le exigía era, según parece, el de «contar» historias a las tribus o clanes que lo acogían. Y este tabú sólo habían podido imbuirlo los druidas, que tenían bastante poder, por lo menos moral, para hacerlo respetar.

Los druidas daban una importancia especial a la profesión castrense. Los considero como los creadores de la caballería de armas, según lo demuestra el «Rameau Rouge», de Irlanda, caballería que fue desviada de su finalidad bajo la influencia de los *equites* romanos primero, y luego bajo la de los *Reiter* germanos, y que más adelante intentó enderezar san Bernardo: caballería de

defensores y libertadores.

Esto se expresa muy cabalmente con la frase de san Bernardo a Thibaud de Champagne: *La espada se te ha dado sólo para defender al pobre y al débil*.

Eran realidad, pues, esas cuatro «castas», que siempre fueron consideradas por los antiguos como necesarias para la sociedad y cuyo equilibrio condiciona la vida misma de un país: el campesino que alimenta, el artesano que provee de herramientas, el comerciante que distribuye y el soldado que defiende, cada uno de cuyas ocupaciones tiene su propia iniciación.

Esto forma un bonito trébol de cuatro hojas, cuyo pedúnculo representa muy bien al druida...

Estoy convencido —porque ello ha subsistido hasta ahora en las costumbres— de que cada tradición de oficio tenía sus tres estadios de iniciación, sus tres grados, que se encuentran señaladamente en el gremio guardián de las tradiciones: aprendiz, cofrade y maestro.

No cabe duda de que éstas son castas, pero no castas de «raza». Según parece, el campesino podía llegar a ser caballero sometiénndose a esa «selección» que tanto asusta a los modernos...

No se sabe si la organización política fue obra de los druidas o si era ya anterior a ellos, pero, desde luego, es muy singular, al menos en lo que concierne a las Galias.

Porque, en efecto, las Galias no eran una nación, sino una confederación de pueblos —como lo es la actual Confederación Helvética—, y los galos no estuvieron nunca prácticamente sometidos a yugo. De consiguiente, las Galias estaban constituidas por la reunión de cuatro grandes conjuntos de pueblos:

El Noroeste, que llevaba, sin duda, el nombre de *Ar-Mor* ; el «País del Mar».

El Nordeste, una parte del cual ha conservado el nombre de *Ar-Duen* ; el «país de los Bosques».

Este conjunto se convertirá en la Galia belga en tiempo de los romanos, pues, en efecto, debió de ser invadida por las tribus belgas hacia el año 500 antes de nuestra Era.

El Sudeste, que llevaba tal vez el nombre de *Ar-Vern* —País de las Alnas» o «País de las Serpientes» (?)— o más bien, el «Verdadero País», con una idea de sagrado.

En fin, el Sudoeste, que se convirtió en Aquitania, cuyo nombre original ignoro, pero que pudo ser el «País de los Caballos», o quizá «de los caballeros».

Estas cuatro grandes federaciones tenían un punto de unión cuyo lugar se conoce aproximadamente. Jullian lo sitúa hacia Saint-Benoît-sur-Loire, pero algunas pesquisas me han inducido a desplazarlo más arriba del lugar (cerca de Lion-en-Sulias), donde unos túmulos han dado a conocer gran número de

objetos galos y, en particular, unos jabalíes de bronce, emblema de los druidas.

Este lugar se halla en la confluencia del Loira y del Quiaulne, en el actual Saint-Gondon, que fue conocido antaño, antes de que fuese santificado, con el nombre de *Nobiliacum*, traducción latina de un lugar «noble» o «de los nobles».

Los autores latinos sitúan este lugar donde se celebraba cada tres años la asamblea política de las Galias *in finibus Carnutum*; ahora bien, el dominio de los carnutos termina precisamente en el Quiaulne, pasado el cual, empieza el dominio de los «bituriges», el actual Berry.

Pero aquí acaban también los dominios de los senones y eduanos y, a causa de ellos, de las cuatro federaciones.

Había también en este lugar, además de los dólmenes y túmulos anteriores a los galos, un campo de piedras erigidas, que fue destruido por orden de Carlomagno. Y tal vez estas «piedras erigidas» señalaban las «juntas» de las Galias, las sesiones políticas en las que se planteaban los problemas concernientes a las cuatro federaciones.

Puede verse aquí una lejana persistencia de lo que Platón dice de las reuniones de los reyes atlantes, quienes, en cada una de sus reuniones, «erigían la estela en la que se inscribían sus decisiones».

En el poblado de Saint-Gondon existe todavía un montículo que muestra restos de «triple recinto», un «dunn» céltico (o anterior), que unos muros en forma de cruz (las alas de la torre, según la terminología local) separan en cuatro partes.

Allí estaba el famoso «omblico de las Galias».

Parece que, en cada federación, los pueblos que la formaban tenían así un punto de unión para cuatro pueblos, donde, sin duda, celebraban sus asambleas políticas regionales.

Uno de ellos está en Gisors, en que se encuentra asimismo, bajo los cimientos del castillo, un «dunn» de triple recinto; y Gisors estaba emplazado en el empalme de los «calètes» (Caux), «bellovaques» (Beauvais), «parisis» y «eburons» (Évreux).

Al sur de Argenton-sur-Creuse se encuentra todavía el punto de unión, cerca de Saint-Benoît-du-Sault, en Luzeret, según parece, de los «pictons» (Poitiers), «bituriges» (Bourges), «arvernes» (Gergovie) y «lémovices» (Limoges). En la región abundan también las piedras megalíticas.

Por otra parte, esa abundancia en megalitos anteriores a los galos en todos estos puntos de enlace es la que nos mueve a creer —como ya he dicho— que las tribus celtas habían sido «distribuidas», a raíz de sus invasiones, de acuerdo con un esquema preconcebido.

Las fronteras entre los pueblos eran ríos, o bosques, sobre los cuales se ponía el «tabú» druídico. Así, la gesta de Irlanda —a la que hay que referirse, puesto

que es la única bastante completa que nos queda—, cita ríos que podían cruzarse con armas por un solo puente. Lo mismo ocurría con los bosques.

De suerte que los druidas habían logrado eso que jamás los reyes de Francia llegaron a realizar, o sea, la paz interior —salvo escaramuzas sin importancia en los lugares de paso—. La centralización «republicana» la consiguió sólo destruyendo la personalidad de los pueblos.

Y he aquí también lo que nos hace volver de nuevo a ese «trébol de cuatro hojas» que el pueblo no ha dejado de considerar como un amuleto, como si tal símbolo hiciera recobrar la memoria atávica de los tiempos especialmente felices.

Veamos todavía una particularidad interesante: parece que los «puntos de enlace» de cuatro pueblos no eran ocupados por ninguno de ellos, sino por «destacamentos» de pueblos lejanos. Así, el enclave «tabú» de Gisors fue ocupado por «tricasses», y el de Nobilia cum Saint-Gondon, por «bo'iens», y supongo también que los «bituriges vivisces», que ocupaban el «Entre-deux-Mers» del Bordelais, se encontraban en el enlace de los «santons», «pétrocores», «nitibriges» y «vasates».

Así se explica aquel *affaire* de Alesia, que suscitó tantas controversias. En efecto, César dice que Alesia, donde venció a Vercingétorix, está en el confín de los «lingons», un enclave mandubiano. De donde algunos «mandubianos» actuales hayan creído poder situar esta Alesia de la batalla en Alaise (Departamento del Doubs).

Ahora bien, la Alesia de la batalla —se han descubierto allí todos los rastros de ésta— está realmente situada en la frontera de los «lingons» (Langres), pero también en las de los «tricasses», «eduanos» y «senos». No era, pues, ninguno de estos pueblos el encargado de la ciudad sagrada; antes bien, eran los mandubianos, y para César, Alesia era un enclave mandubiano.

Estos lugares eran también «tabú», y nadie podía entrar allí armado ni presentar batalla. Siendo así, ¿quién sabe si las Galias no se mostraron reticentes en socorrer al jefe arverne culpable de haber llevado la guerra a un enclave sagrado?

Habría que estudiar de nuevo algunas páginas de historia...

En aquellas asambleas políticas, los druidas no actuaban como «directores», sino más bien como consejeros con influencia preponderante. En efecto, el druida hablaba ante el «Rey», que no era quizá verdaderamente un rey, en el sentido en que se entiende ahora, ya que era elegido y podía ser sustituido. También era el último en hablar. Su palabra era, pues, la más decisiva y la que más influía sobre el voto de la asamblea, ya que era el más respetado y sabio.

Respecto al colegio druídico, podemos afirmar, sin duda, que fue el que rigió las Galias sin tener el menor poder político. Y estoy convencido de que fue el papel que intentaron, y consiguieron a veces desempeñar los grandes abades benedictinos, pero sin que el pueblo pudiera intervenir.

Estoy persuadido asimismo de que fue el cometido que se les asignó socialmente a los Templarios cuando éstos alcanzaron un poder suficiente para contrarrestar la «voluntad arbitraria» de los reyes y grandes señores.

De todo ello me parece poder deducir que la tradición antigua occidental se transmitió por medio de los druidas o bajo su responsabilidad.

Es indudable que se produjo un hiato cuando los druidas y sus discípulos fueron perseguidos: primero, por los romanos, que temían su acción emancipadora sobre gentes a las que se quería mantener esclavas, y luego por los cristianos, por razones de prerrogativas clericales.

Sin embargo, un país celta había logrado escapar tanto a Roma como a las invasiones bárbaras, que imponían su cristianismo en provecho propio: burgundios, visigodos y francos.

Irlanda era un país en que los druidas llegaron a ser cristianos, como lo exigía la ley rítmica de las eras, pero no cristianos sometidos a un cristianismo político, puesto que nadie los forzaba.

Por este motivo, al menos oralmente, conservaron la tradición que san Columbano traería al continente con ayuda de los benedictinos.

Y cuando esa tradición haya sido enseñada de nuevo y se haya unido a la Gran Tradición, se levantarán las iglesias abaciales románicas y las catedrales góticas.

CAPITULO XXI CONCLUSIÓN

He aquí todas las piezas que poseo de este *puzzle* . Habrá, sin duda, otras que ignoro, y aun otras que no se han descubierto aún...

He tratado de colocar en un orden poco más o menos cronológico las que poseo, aunque la cronología de largo alcance es cosa ardua en la que se pierde uno fácilmente.

Los hechos que he citado son ciertos y pueden comprobarse. Cada uno puede coger un mapa de Francia y reconstruir la espiral después de haber encontrado los lugares cuyo nombre recuerda a Lug o Lusina. Cada uno puede comprobar las alineaciones de los lugares Isoré y hallar quizás otros que me hayan pasado por alto.

Cada uno puede encontrar la oca y el caballo, así como los recuerdos marroquíes de Hércules y Anteo; puede encontrar a los gigantes, los Jean y los Jacques, y recorrer el camino de Santiago de Compostela.

Cada uno puede ir a Glozel, comprobar si los objetos hallados en las excavaciones pertenecen a nuestra época y juzgar sobre las piezas.

Pero es posible que no haya colocado siempre las piezas tan dispares del *puzzle* en su lugar adecuado y que, en consecuencia, esté falseado el desarrollo histórico que he pretendido encontrar.

No creo, empero, que la validez de la tradición quede afectada por ello. Esta tradición —no es posible dudar de ella— proviene de gentes muy sabias y fue transmitida por los «operativos», ya que *no puede hacerse de otra forma* . Sólo el símbolo y el signo permanecen invariables, mientras que los lenguajes cambian constantemente.

Atribuyo a los atlantes la paternidad de la domesticación de los animales y de las mutaciones vegetales de las plantas necesarias para la vida humana. Es posible que no fuesen ellos, sino «entidades» procedentes de otro mundo. Es posible también que fuese obra de otra raza desaparecida; pero, sea cual fuere su origen, afirmo que se trata aquí de productos de una ciencia que supera ampliamente todo cuanto puedan haber concebido los más grandes sabios modernos...

El misterio de los orígenes subsiste íntegramente, y el no haberlo descubierto no basta para negarlo. Respecto a las opiniones que puedan tenerse sobre la cuestión, tanto para mí como para todos los demás, conviene considerarlas sólo como intentos de explicación.

Hay quienes ven en los hombres llamados de Cro-Magnon a los atlantes llegados antes del cataclismo, y tampoco faltan quienes consideran a los atlantes como una utopía platónica. Los hay que —como D'Arbois de Jubainville

—, consideran a los ligures mucho más recientes de lo que a mí me parecen. Y abundan quienes opinan que los galos eran atlantes, y otros para los cuales serían hiperbóreos...

Hay quienes creen que el constructor de las pirámides no tuvo más objeto que hacer un enorme montón de piedras —si bien ordenadas con cierto racionalismo— para señalar las tumbas de Keops, Kefrén y Micerino, y quienes sustentan obstinadamente que la época en que se edificaron Chartres, Reims, Amiens y Bourges era «obscurantista» (!).

Las opiniones tienen poca importancia. Lo que la tiene es el hecho de que, aunque deteriorado, Stonehenge está allí, y que las máquinas electrónicas, que carecen de opiniones, han revelado que se trataba, entre otras cosas, de un computador astral.

También están allí los dólmenes, y si tenemos maña y no se han echado a perder en demasía, aún podremos hacer vibrar algunos y preguntarnos por qué...

A falta de Templo de Salomón, siempre podremos echar una ojeada al Partenón, a Tournus y a Santiago de Compostela, y preguntarnos sobre el *porqué* y el *cómo* ...

Sé que estoy mezclándolo todo, y no dudo incluso en añadir aquí las pirámides del Sol en América.

Y lo mezclo porque todo ello se conserva y tiene un mismo «linaje», igual que los templos hindúes y khmers.

¿Puedo dar un ejemplo?

Para hallar el «plano director» de Chartres partí —intuición que no me explico— del llamado «de las tres mesas», el cual es:

Tres mesas han sostenido el Graal. Una es redonda; la otra, cuadrada, y la tercera, rectangular, y las tres tienen la misma superficie...

Y estas tres mesas se encuentran en el plano de Chartres, y ello, como medio de construcción más extraordinario y, por decirlo todo, más extravagante de lo que he osado escribir.

Ahora bien, Mme. Alice Bonner —que, desde hace años, estudia la arquitectura y la escultura de la India medieval y que en la actualidad está realizando unos trabajos sobre el templo dedicado al dios Sol de Konarka—, me escribió a este propósito:

En la arquitectura hindú, el templo está siempre asentado y construido sobre lo que se denomina un “yantra”, es decir, sobre un diagrama místico de forma geométrica que representa la divinidad del templo. El “yantra” lo entienden sólo aquellos que practican el culto a la divinidad en cuestión. Se sirven de él como instrumento ritual y de meditación. Pero este mismo “yantra” debe también ser dibujado y consagrado en los cimientos del templo antes de

comenzar la construcción, lo cual es absolutamente indispensable, y creo que el “yantra” corresponde con bastante exactitud a lo que ustedes llaman “dedicación”. El “yantra” deja de ser visible una vez recubierto por la construcción.

El templo de la diosa del que querría hablarle está construido en tres partes independientes, unidas por puertas y corredores. Estas tres partes son el santuario (adytum), la sala de asambleas y el vestíbulo, que se levantan sobre tres “yantras” distintos, el primero de los cuales es redondo; el segundo, cuadrado, y el tercero, rectangular. Ya sabía esto, pero lo que ignoraba es que los tres citados “yantras” habían de tener una superficie del mismo tamaño... Ahora bien, dibujados de forma que tengan una superficie de la misma dimensión, estos tres “yantras” determinan exactamente el plano arquitectónico del templo en sus grandes líneas y proporciones.

La diosa a la que está dedicado el templo es Mahagayatri, gran páredra del dios Sol. Ella es la esencia y el poder supremo de este dios, y ha de ser objeto de adoración y meditación al salir el Sol...

Existen demasiadas relaciones proporcionales entre la pirámide de Keops y la catedral de Chartres para que pueda ser obra del azar. Hay demasiadas relaciones «cualitativas» entre algunos dólmenes y Chartres para que todos estos monumentos, bajo las diversas formas exigidas por los tiempos —y según las posibilidades de éstos—, no procedan de una misma tradición.

Esta tradición y su perennidad son las que me importan, y cuando digo «perennidad», lo justifico:

El llamado plano de las tres mesas, empleado en Chartres en el siglo XII y en la India hacia la misma época —y que demostraré algún día por lo menos para un templo de Egipto— lo he tomado de Raoul Vergés, llamado *Béarnais l'Ami du Tour de Trance*, eficiente oficial *Charpentier du Devoir de Liberté*, transmisor actual de una tradición milenaria, que graba aún en las naves y los capiteles de las iglesias que edifica actualmente.

En cuanto a la relación armónica de la superficie de tales mesas con la tierra y el cielo, su búsqueda constituye una empresa que ha de seguir siendo personal.

Notas

[1] Platón: *Timeo* . <<

[2] Naturalmente, la longitud habría debido de ser de 6.000 estadios. Da la impresión de que Platón, que sabía contar, se limitó a transcribir. El canal es «interior» de la isla. <<

[3] Latón o metal desconocido. <<

[4] Platón: *Critias* . <<

[5] A propósito de la era herculeana de Cáncer, existe en Tarragona una pintura muy curiosa descubierta en el siglo pasado y que el coronel Braghine menciona en su *Énigme de l'Atlantide* (Ed. Payot). «*Estaba en los muros de un antiquísimo mausoleo, y Braghine la describe así: «Representa la constelación de Cáncer en el momento del solsticio de verano. Bajo el signo de Cáncer se ve a Hércules separando, con un movimiento de sus potentes brazos, los peñascos que cerraban el istmo. Junto al promontorio de Calpe, del lado de Europa, se representó a un gallo y un conejo para caracterizar a España, y junto al promontorio de Abila, a un ibis y un escorpión para representar a Marruecos»* . ¿A través de qué tradición perdida conoció el pintor la precisión de que la apertura del istmo se había producido bajo el signo de Cáncer? <<

[6] Estas cifras han sido reducidas a millas por el coronel Braghine: *L'Énigme de l'Atlantide* . <<

[7] Jullian: *Histoire de la Gavie* (Ed. Hachette). <<

[8] Presences. <<

[9] Véase, a este respecto, Franc de Ferrière: *Toponymie de la Gaule Aquitaine* (Société Archéologique de Blasimon). <<

[10] Doutenville: *Dits et Récits de la mythologie française* (Ed. Payot). <<

[11] Véase *Les Mystères templiers* (Ed. Laffont). <<

[12] Sobre Lussac-les-Châteaux, véase el libro de Robert Charroux: *Cent mille ans de l'histoire des hommes* (Ed. Laffont). <<

[13] Francis Bavoux: *Hantises et Diableries dans la terre de Luxeuil* (Ed. du Rocher, Monaco). <<

[14] Fernand Niel: *Dolmens et Menhirs* (colección «Que sais-je?», P. U. F.). <<

[15] Robert Chauvelot: *Une colonie atlante dans le golfe de Guinée* («Sciences et Voyages», agosto de 1934). <<

[16] Gl. Brémond: *Berbères et Arabes* (Ed. Payot). <<

[17] Henri Dontenville: *Mythologie Française* (Ed. Payot). (Casi todo lo que sigue está tomado de este apasionante libro). <<

[18] G. Poisson: *L'Atlantide devant la science* (Ed. Payot). <<

[19] Véase: *Les Mystères templiers* (Ed. Laffont). <<

[20] Marcelle Weissen-Szumlanska: *Les Origines atlantiques des premiers Égyptiens* (Ed. Omnium Littéraire). <<

[21] Lenormant: *Histoire des peuples d'après la Bible*. <<

[22] Véase en esta colección *El enigma de la catedral de Chartres*. <<

[23] Fulcanelli: *Las moradas filosofales*. Plaza & Janes, S. A., Barcelona, 1969. Publicada en esta misma colección «Otros Mundos». <<

[24] En Atlantis. <<

[25] Durante tiempo he creído que el nombre de los lugares llamados *L'age* era una forma celtogermánica de *l'aa*, el agua, tanto más cuanto que gran número de tales lugares contienen charcas o lagunas; pero ahora me inclino a pensar que se trata de las *aases*, o sea, de lugares en que se manifiestan importantes corrientes telúricas. <<

[26] Adviértase que 63 es la casilla «puerta». Si el centro estuviera numerado, su número sería 64. Tantas casillas como el tablero de ajedrez. <<

[27] Véase: *Las moradas filosofales*, de Fulcanelli. <<

[28] Jacques Duchaussoy: *Le Bestiaire divin* (Ed. La Colombe). <<

[29] Dontenville. <<

[30] Ed. Laffont. <<

[31] Salomón Reinach: *Éphémérides de Glozel* (Ed. Kra). <<

[32] Hiram quizá sea una designación fenicia de Horas y, en cuanto a Abhiram, parece que significa servidor de Hiram, lo cual equivaldría a servidor de Horas. <<

[33] Raoul Vergez: *La Pendule à Salomón* (Ed. Julliard). <<

[34] Véase, a este respecto, *Le Trésor cathare*, de Girará de Sede (Ed. Julliard). <<

[35] Hoy se conoce en todo el mundo con tal nombre. —N. del T. <<

[36] Fernand Niel: *Dolmens et Menhirs* (colección «Que sais-je?», P.U.F.). <<

[37] Antigua moneda de cobre. (N. del T.). <<

[38] *Phénomènes spatiaux*, setiembre de 1966. <<

[39] Jérôme Carcopino: *La Basilique pythagoricienne de la porte Majeure* (Ed. L'Artisan du Livre). <<

[40] *Irish Myths and Legends* (Merrier, 1965). <<

